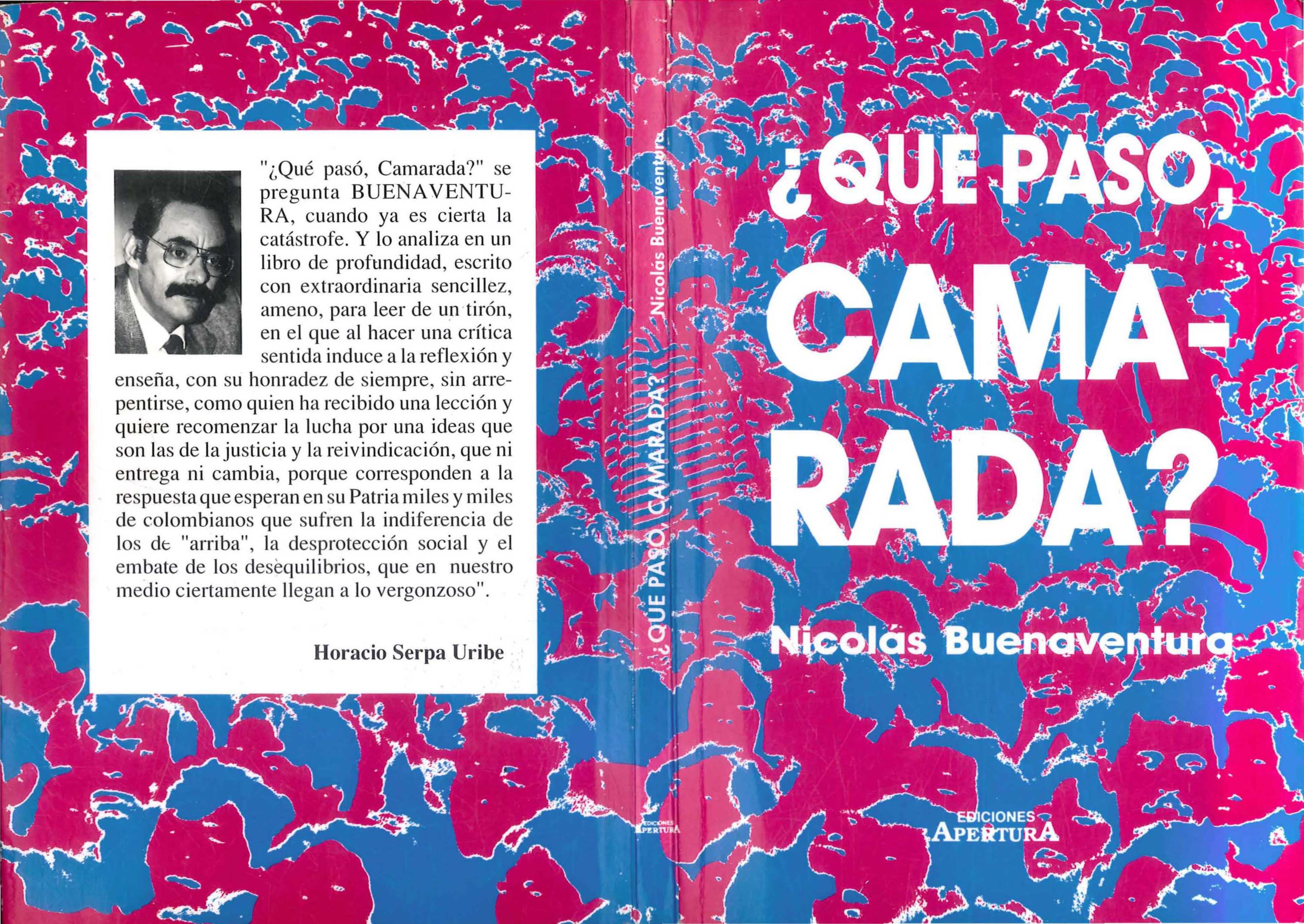

"¿Qué pasó, Camarada?" se pregunta BUENAVENTURA, cuando ya es cierta la catástrofe. Y lo analiza en un libro de profundidad, escrito con extraordinaria sencillez, ameno, para leer de un tirón, en el que al hacer una crítica sentida induce a la reflexión y enseña, con su honradez de siempre, sin arrepentirse, como quien ha recibido una lección y quiere recomenzar la lucha por una ideas que son las de la justicia y la reivindicación, que ni entrega ni cambia, porque corresponden a la respuesta que esperan en su Patria miles y miles de colombianos que sufren la indiferencia de los de "arriba", la desprotección social y el embate de los desequilibrios, que en nuestro medio ciertamente llegan a lo vergonzoso".
Horacio Serpa Uribe
¿QUE PASO CAMARADA?
Nicolás Buenaventura
EDICIONES APERTURA
¿QUE PASO, CAMA-RADA?
Nicolás Buenaventura
EDICIONES
APERTURA

¿QUE PASO, CAMARADA?

Nicolás Buenaventura

EDICIONES
APERTURA

Primera Edición: 1992

ISBN: 958-33-0024-1
Textos: Contextos Gráficos Ltda.
Impresión: Editora Géminis Ltda.

Ediciones Apertura
A.A. 12868
Santafé de Bogotá D.C. - Colombia

INDICE

PROLOGO

NICOLAS BUENAVENTURA no es solamente un hombre. Es una referencia. De intelectualidad, de investigación, de análisis, de pedagogía. Es una identificación personal, claro, pero es también la manera de identificar el proselitismo intelectual del Partido Comunista Colombiano, en el maestro de su filosofía, en el encargado de enseñar la doctrina, de aclarar confusiones y dudas, de estimular la lucha hacia el objetivo común de brindar a todos por igual satisfacciones sociales, respeto, libertad y desarrollo.

NICOLAS BUENAVENTURA fue durante años, durante todos los años para ser más claros, el principal encargado del trabajo de educación de masas, que es mucho decir cuando se trata del Partido Comunista. Lo hizo con seriedad, con entrega, brindando en esa especie de apostolado todo de su conocimiento y de su convencimiento, todo de sus recursos intelectuales y de sus medios particulares, en pos de un ideal que avizoraba cierto y pronto, y que de un momento a otro, por lo que ocurrió en el mundo, se tornó dudoso, irreal, impracticable.

"Qué pasó, Camarada", se pregunta BUENAVENTURA, cuando ya es cierta la catástrofe. Y lo

analiza en un libro de profundidad, escrito con extraordinaria sencillez, ameno, para leer de un tirón, en el que al hacer una crítica sentida induce a la reflexión y enseña, con su honradez de siempre, sin arrepentirse, como quien ha recibido una lección y quiere recomenzar la lucha por unas ideas que son las de la justicia y la reivindicación, que ni entrega ni cambia, porque corresponden a la respuesta que esperan en su Patria miles y miles de colombianos que sufren la indiferencia de los de "arriba", la desprotección social y el embate de los desequilibrios, que en nuestro medio ciertamente llegan a lo vergonzoso.

En esta obra llena de anécdotas y de parábolas, según el conocido estilo del escritor, se alude desde luego al caso soviético, al Partido, a las experiencias de 70 años, venidas a menos en un santiamén como por imperativo histórico. Se desacralizan dogmatismos, se recuerdan por el Maestro internas observaciones de antaño y se ponen sobre la mesa vivencias, como la de una Conferencia Regional en Palmira, en la que un campesino en trance de iniciación pregunta con insistencia: "Camarada, dígame usted, es verdad eso que dicen, que después de la Revolución toda la tierra va a quedar en manos del gobierno?". Fue grande, nos cuenta BUENAVENTURA, la desazón del Secretario del Comité Central, quien se explayó en explicaciones sobre el cooperativismo y la propiedad estatal, sin que el campesino

entendiera por qué esa propiedad si verdaderamente era suya no podría venderse, o arrendarse al menos, para terminar argumentando! "Lo que pasa es que va a resultar cierto lo que me decían a mí. Que toda la tierra, en el Socialismo, será del gobierno".

"Pero es que el gobierno va a ser usted mismo, camarada, usted mismo, le dijo el otro, el del Central". Y agrega el autor: "Recuerdo que cuando oyó esta última explicación, el campesino comenzó a darle vueltas a su sombrero de paño con las dos manos sin decir palabra".

Las observaciones contenidas en la obra, sin duda van a dar mucho de qué hablar. Es la disección del Partido. Sus procedimientos, el contentarse con el poco avanzar en lo interno para aplaudir su desarrollo más allá de las propias fronteras, la mistificación de los objetivos, la mentira creadora de que el "sistema estaba en constante crecimiento y por lo tanto estaba destinado a dominar el mundo". Y la idea socialista. Porque "no hubo socialismo. Hubo sólo la idea. El salto por encima de la vida. Un inmenso capital burocrático siempre buscando lo imposible, cambiar el mercado como orden tentativo y empírico por el "plan" regulador. Pero un plan rígido, que no reprogramaba, que no iba con la vida, que en definitiva no era plan tampoco".

Y así, en el discurrir de esa "soledad" del Partido, propia del que se cree depositario de la verdad absoluta –"esa es la esencia de todo doctrinarismo"–, "del

que sabe, del que ya tiene resueltos los problemas y ordenadas todas las soluciones, del que ya no necesita preguntas", NICOLAS BUENAVENTURA lleva a pensar en la necesidad de resultados en toda gestión política. Porque eso faltó en la experiencia comunista. Más allá de arengas y de dialéctica, más allá de compromiso intelectual y partidista, estaba la esperanza de lo concreto, de las realizaciones, de lograr efectivamente "hacer felices a todos los hombres, del mundo, absolutamente todos y no por un rato o un día sino en forma definitiva". Y los resultados no llegaron, ni después de la primera generación del Estado Socialista, ni después de las otras.

Ni siquiera las restricciones en materia de libertad hicieron el milagro. "El Estado" se hizo ineficaz, y se hizo represivo. Y lo advirtió el hombre, que sabe comprender, que aprende a esperar, pero que mantiene siempre la esperanza de que se le haga justicia.

De ahí que en un país como el nuestro suenen a mentira las explicaciones amañadas que algunos dan al colapso del Imperio Soviético, como manera de afirmar que sencillamente se impusieron, porque así lo señaló el destino y la historia comunista, la ley del mercado, el neoliberalismo económico y la fórmula pragmática del "sálvese quien pueda", y que así ha de ser por siempre, como si todos hubiesen escuchado el pistoletazo de largada estando juntos en la misma línea del partidor.

No es verdad que lo social sea desueto, anacrónico, desactualizado, irrelevante. No es cierto que haya pasado de moda mirar los desequilibrios sociales y luchar por morigerar las diferencias económicas entre los componentes de un mismo pueblo. El fracaso del Este, fue otra cosa: el del burocratismo, el del Estatismo, el de las restricciones sociales y democráticas, el de la estrategia de pretender jalonar un proceso político sólo en el teórico convencimiento de lograr algún día satisfacciones y realidades. Pero en materia de cosas ciertas, nada más verdadero en Colombia que la miseria, ni más urgente que propender por las soluciones que tan deprimente situación demanda.

No tienen razón, entonces, los pregoneros del nuevo sistema económico, cuando proponen que el Estado se torne indiferente frente a lo que ocurre en el seno de la comunidad, que terminará por arreglarse sola, dicen, en el simple devenir de la libertad económica. No porque se considere que la lección del Este sea insuficiente, sino porque en la advertencia del poder atropellador del capital surge como necesaria una instancia reguladora, que no lo domine todo, que no lo determine todo, que no lo oriente todo, pero que pueda intervenir para evitar los arrasamientos y brindar las oportunidades que permitan alcanzar el implantamiento de un ético sentido del equilibrio.

Sigue, pues, vigente lo social. Y han de seguir los gobiernos atendiendo el objetivo del mejoramiento ciudadano, a pesar del desastre comunista. Una mejor calidad de vida para el hombre, pareciera ser la definición más sencilla y profunda de esa meta. Y, claro, un sentido realista, cierto, de la democracia.

BUENAVENTURA nos lo enseña con claridad absoluta. "Democracia es lo contrario de esa pirámide centralista ideal en la cual la cúpula, cortada o aislada de las bases, se endiosaba siempre, convirtiéndose en una dinastía. Democracia es descentralizar. Es ir desamarrando por dentro, interiormente, cada vez más, el partido y el Estado. Es participar: que todos los organismos de poder, desde los más inmediatos hasta los más elevados, en el partido y el Estado, sean elegidos directamente por los asociados individuales y tengan correo con ellos, o sea, mecanismos viables de revocatoria del mandato. En una palabra, democracia es cada vez menos gobierno en el partido y en el Estado, más autogobierno de la sociedad civil".

"La democracia es precisamente todo lo contrario de lo que nosotros hacíamos en el Partido y el Estado", concluye lapidario BUENAVENTURA.

Y cómo es de importante este criterio en Colombia, donde durante tantos años se consideró que democracia era igual a la elección Presidencial y Congresional cada cuatro años. Por fortuna se avanza sobre el particular. La nueva Constitución incluye en sus cláusulas los elementos de la Soberanía Popular, a partir de los cuales los ciudadanos se van a acercar a la función y a la responsabilidad públicas. Que en adelante, la política no sea sólo cuestión de los políticos. Que sea "propiedad" del pueblo. Por medio de su participación, de sus observaciones, de su fiscalización. Que el ciudadano opine y que valga esa opinión. Que investigue, que oriente, que tome determinaciones y elija, que censure, que sea veedor y protagonista, que escoja y decida, en lo del Congreso, en lo del Gobierno, en lo de los Partidos, en las Comunas, en lo referente a la prestación de los servicios, porque esa vinculación y ese poder identifican la presencia de la democracia, cuyo ejercicio excluye perentoriamente la utilización de la fuerza como instrumento de "persuasión".

Resulta apropiado a propósito de estos comentarios, volver a la situación colombiana, afectada en esta crisis general por la presencia perturbadora de la violencia guerrillera. De una guerrilla alejada en muchas de sus instancias del ideal social y afanada en algunas de sus jerarquías por "venderle" al país un modelo al que "primero faltó la democracia, faltó la disidencia, faltó la minoría", y luego le "vino la quiebra de la producción, la ineficacia, la obsolescencia".

Se mantiene la idea, criticada insistente pero insensatamente por los apologistas de la guerra a

ultranza, de que la aguda confrontación debe ser superada mediante Acuerdos de naturaleza política que pongan fin al alzamiento armado. Es un criterio válido hoy, frente a las circunstancias políticas del mundo, objetivamente presentadas en cada una de las interesantes frases de este gran libro. Será válido también mañana, por la diaria tragedia que vivimos y el rechazo a la violencia que se advierte en las diversas manifestaciones sociales, sólo que con muchos más cientos de miles de muertos de por medio, más frustraciones, más revanchismos, más pobreza general. Pero poco probable parece que en un término más o menos cercano se logre este objetivo que es preocupación de la inmensa mayoría de los colombianos.

No hemos arribado a la democracia que necesitamos, es cierto. A ella llegaremos impulsados en las cláusulas de la Constitución vigente, si al mismo tiempo que desarrollamos y ponemos en práctica sus normas, nos preocupamos por ser eficaces en lo relativo a garantías para el ejercicio de la actividad política y partidista, lo que no da espera. El respeto a los Derechos Humanos, lo relativo al pernicioso paramilitarismo, la impunidad, las reglas claras para el ejercicio de la oposición, son aspectos de riguroso tratamiento inmediato, como aporte fundamental a la lucha por la convivencia.

Pero para alcanzar la paz hace falta el aporte del movimiento guerrillero, que no cesa en el violento

batallar a despecho de sus reiteradas manifestaciones de querer el entendimiento y la conciliación. Es lo que se anhela por parte de la ciudadanía que agobiada por las dificultades y la pobreza ha resuelto desestimar la lucha subversiva como procedimiento de reivindicación. Pero no se logra porque ausentes de la realidad nacional y entusiasmados por la protesta pública, los protagonistas de la repulsa sediciosa, en cambio de tomar la decisión política de dejar las armas para defender sus ideas en la democracia, insisten en medio del general estupor en pregonar la legitimación y vigencia de una opción que no merece consideración ni respeto a los ciudadanos que queremos una Colombia con justicia y en paz.

La guerrilla, precisamente por lo que denuncia BUENAVENTURA, ha estado comentando de un nuevo socialismo. No es extraña esa postura. Frente a los cambios en el mundo y en el país, se habla con insistencia de la nueva democracia, de la nueva Colombia. Algunos incluso nos atrevemos a incursionar en el planteamiento de una nueva izquierda, social, ciertamente democrática, alejada de todo sectarismo, sin que esté tocada por lo extremo ni lo radical, enfrentada resueltamente al uso de la fuerza como medio de lucha política, realista y colombianista. Pero la guerrilla no se resuelve a decir en qué consiste su novedad, ni de qué manera piensa implantarla. Como no ha decidido, o no ha podido por

falta de "material", expresar en desarrollo del llamado Proceso por la Paz, cuáles son sus planteamientos políticos, sociales y económicos, cuáles sus demandas para los Acuerdos, en qué fundamenta su rebeldía armada, qué le cuesta al país en conveniencias, en transacciones, su vinculación a la lucha política democrática, en un momento en el que el Gobierno insiste en su voluntad para los Acuerdos, dispuesto a "jugársela" como está, si es que hay la perspectiva cierta de resultados en materia de tranquilidad, seguridad y convivencia.

Para lograrlos se ha venido urgiendo a la guerrilla que reflexione sobre tres circunstancias, estimadas de trascendencia.

En primer lugar, vivimos en un proceso de cambio en el cual la subversión no puede convertirse en obstáculo. La situación demanda que en un marco de civilidad, todos nos integremos para construir un futuro de paz y de progreso.

Además, hoy por hoy, el destino de los pueblos se fundamenta en que el entendimiento está por encima de la discrepancia y la hostilidad. Mejor que la lucha irracional, es el acuerdo razonable. La guerra todo lo destruye, en la guerra todos somos perdedores. En la convivencia, hay unión de esfuerzos para superar obstáculos y, entre todos, aspirar a lo que queremos.

Y finalmente, la necesidad de ser realistas. La protesta revolucionaria fundamentada en la violen-

cia y destrucción está superada. El dogmatismo y la ortodoxia, no tienen cabida ya en la conciencia colectiva de los pueblos. Más importante que los modelos de guerra, son los criterios para superarla.

Pero dejemos este aspecto con la esperanza de que finalmente se imponga sobre todas las precariedades que vivimos, la sensatez, el patriotismo y el criterio de supervivencia, y regresemos al elogio de la obra de NICOLAS BUENAVENTURA, quien explicablemente, en medio de sus agudas observaciones, de nada se arrepiente, porque le ha quedado "de todo eso un tesoro, el amor, el reconocimiento inagotable de la tierra y de la gente".

Grata la lectura de estas páginas llenas de verdad, de realismo, de autocrítica, de optimismo, presentadas con gran autoridad, abriendo fuegos contra la "estadolatría", gritando un alerta por el burocratismo partidista y el aislamiento, reflexionando sobre la soledad de la arrogancia y la verdad excluyente, clamando por la democracia que surja de la comunidad y anhelando continuar la lucha por el pueblo comenzando de manera diferente.

"Un hombre salió de su casa a buscar el tesoro anhelado, su salvación. Entonces recorrió el mundo. Y de pronto, por fin, encontró ese lugar, allí estaba el tesoro. Pero no era fácil creerlo porque otra vez estaba ante la puerta de su casa.

"Yo creo en esto. Pienso que debemos volver a hurgar la tierra. Creo en el socialismo aquí. Quiero hallarlo acá. Pienso que todo el futuro está enterrado aquí mismo, que simplemente hay que hurgar la tierra de otra manera".

HORACIO SERPA URIBE

A la memoria de
Pedro Luis Valencia Giraldo

LA SOLEDAD

La soledad en la cárcel es grande, pero cuando usted está en la cárcel y la soledad va más allá, porque nadie sabe que usted está en la cárcel o, peor aún, nadie entiende el por qué, cuando el hueco ya es así, sin fondo.

La primera vez que me pusieron preso por comunista fue sólo un par de horas. Estábamos repartiendo a la mano un volante clandestino y la patrulla motorizada de la policía nos asaltó a pesar de que teníamos campanero. Entonces nos embarcaron con toda la remesa.

Cuando yo vi, en el camino a la cárcel, que el volante pasaba de mano en mano entre los agentes, y luego que aparecía un nuevo lector, el oficial, entonces me entró pánico. Pero no, el problema era otro, simplemente la policía no entendía de qué se trataba.

–¡Cabrones! gritó el oficial, ya yo tengo sospecha qué quiere decir esta hoja, ¡entonces vamos a reseñarlos mientras se hace la investigación!

La reseña sólo duró dos horas y en seguida nos largaron sin más ni más.

Sólo recuerdo que el texto se refería a aquello de la "táctica del frente único antifascista" que entonces estaba al orden del día.

La soledad de la cárcel es grande, pero si a usted lo llevan por una hoja que ni la misma policía la entiende, eso ya es otra cosa.

Después de esta primera experiencia, empecé una discusión en el partido: –Camaradas, debemos cambiar la forma de hablar, la jerga, el lenguaje cabalístico, ojalá habláramos en refranes como lo hacía Sancho Panza, era mi estribillo.

Pero no, allí no estaba el problema. Se trataba del "esquema" mismo de la necesidad de partir siempre y para todo, de formulaciones o premisas absolutas.

Por ejemplo: –El problema es la "dependencia"!, Camarada, no le dé más vueltas, no se ponga a divagar. Es eso, la "dependencia". No se vaya por las ramas, no se enrede, el problema es ese: la dependencia, "el imperialismo".

Entonces cada palabra asumía el papel de conjuro, era como la cruz de Cristo espantando el demonio. Se sacralizaba el concepto en tal forma que bien podíamos hablar como Sancho y aun así ni la policía misma nos entendía.

Era la soledad peculiar del partido.

Estuve en la cárcel una vez, con Diego Montaña Cuéllar, en tiempos de la "primera violencia", cuando Laureano Gómez.

El partido era la cueva de Montesinos, algo así como un hueco para fabricar quimeras. Toda su vida Diego Montaña estuvo entrando y saliendo del hueco pero nunca pudo quedarse allí, nunca se "asimiló" al Partido como era el decir entre nosotros.

Cuando ese carcelazo, Diego llegaba de Uruguay en los azares de la primera campaña mundial contra el empleo del arma atómica, el famoso "Llamado de Estocolmo".

Recuerdo bien el sitio donde estuvimos recluidos. El patio trasero de una casa vieja que servía de "cárcel" a la policía secreta. Amurallado entre cuatro paredes muy altas, había un cobertizo lateral donde estaba la "reja" o sea el calabozo colectivo, además de tres calabozos individuales y un cuarto que hacía de sanitario con taza y ducha.

El "patio" para tomar el sol era a la vez basurero y arrume de trebejos. Había una montaña de galones de pintura con tubos de latón desparramados encima, cajones de madera al garete, medio deshechos, asientos sin patas, tableros.

Con Diego y once compañeros más nos echaron a la "reja" a pesar de que en ella había otros 17 presos. Allí dormíamos entonces los treinta reclusos en quince metros cuadrados de mosaico, contra el

suelo, cuidando los zapatos porque los bolsillos habían sido vaciados en la requisa.

Después de muchos ajetreos los 13 "delincuentes políticos" logramos ser ubicados en una buhardilla o desván montado encima de los calabozos. Era algo así como el vagón de primera clase en ese tren. El piso de madera era más muelle como colchón pero ocurría que la altura del recinto apenas llegaba un metro y medio de manera que debíamos estar día y noche acostados o en cuclillas. Entonces fue cuando descubrí la enorme importancia de aprender a sentarse en el suelo enredando las piernas como hace el yoga. Porque nosotros, los "occidentales", somos la civilización del asiento. Así que sufrimos, días y semanas añorando un banco, una butaca, un taburete, una silla, un burro cualquiera. Después, toda mi vida desde ese carcelazo, he tenido una relación distinta, muy cercana con ese mueble ortopédico, maravilloso, que complementa tanto nuestra humanidad occidental.

En ese tiempo yo estaba leyendo mucho a Goethe. Incluso me había inventado una manera de retraducir el Fausto comparando varias traducciones porque no conozco el idioma alemán. Y esa lectura me iluminó la personalidad de Diego Montaña. El tipo siempre fue Mefistófeles, el "espíritu que siempre niega y con razón", pues según él, "todo lo que existe merece ser aniquilado".

Cuando se abría "la reja" a la madrugada y se comenzaba a mover todo ese hedor, toda esa inmensa mugre humana y el carcelero contaba los presos, Diego entonces los volvía a contar con humor. Cuando entraban nuevos huéspedes, les hacía una segunda requisa festiva. A menudo organizaba tertulias de historia de Colombia. Siempre repetía las órdenes de los carceleros. A veces volvía a llamar a lista y entonces se contestaba él mismo. Así le daba un tinte de heroicidad al escarnio o al ultraje que se hacía contra la gente. Así introducía a cada rato el germen de la inseguridad en el alma de los carceleros, por ejemplo, jugando con el candado de la "reja".

No me quejo de la cárcel. Siempre uno se enriquece con ella y con las compañías que allí tiene.

Pero la cárcel, más allá de cualquier pena o tortura, es dura por razón de la soledad. Allí se cuentan los minutos, se anotan los días uno tras otro. Porque usted no sabe, no tiene seguridad, de cuándo va a volver a recorrer las calles, a perderse por allí, a salir y entrar, a ver la tarde o la montaña, a estar encerrado en su casa. Es la soledad de la cárcel.

Sin embargo, insisto, teníamos la otra soledad y era que no nos entendía nadie.

En esos años, en Cali, nosotros teníamos una muy pobre logística guerrillera. Por ejemplo, un pequeño taller para producir granadas de guerra artesanales, hechas incluso con cacho de res. De otra

parte editábamos en mimeógrafo y repartíamos boletines clandestinos ilegales exaltando la heroica guerrilla del Llano, con Guadalupe Salcedo. Al mismo tiempo que recogíamos, de casa en casa, legalmente, las firmas para el "Llamado de Estocolmo", en contra del uso del arma atómica, juntábamos votos aquí y allá para que Baldomero Sanín Cano recibiera el premio Stalin de la Paz. Que tu mano derecha no sepa lo que hace tu izquierda, como reza el evangelio.

Era ya en 1950 la "combinación de formas de lucha". Pero ¿quién la entendía?

Voy a contar la historia de un camarada "especialista" en el trabajo militar, enviado de Bogotá por la dirección del partido. El mismo día que llegó y se presentó lo conducimos a una trastienda de confianza en un cafetín donde hacíamos contactos. Allí, en una mesa, los tres, ese emisario, un hermano mío, Enrique Buenaventura y yo, le mostramos el artefacto explosivo que estábamos improvisando. Por supuesto habían parroquianos conocidos en otras mesas, lo cual era garantía de la clandestinidad y además procedíamos de la manera más discreta. Sin embargo el hombre, el "especialista", tan pronto vio o entrevió la bomba sobre la mesa, se levantó de su silla y se precipitó, desaforado al baño. Nosotros le seguimos los pasos y luego esperamos con paciencia su regreso. Pero no volvió a aparecer en el resto de la vida a pesar de que podíamos jurar que la

puerta de ese sanitario no volvió a abrirse sino cuando nosotros, desesperados, lo requisamos.

Poco después Enrique se salió de la cueva de Montesinos y nunca regresó. Nos dejó unos poemas sin rencor. Nunca tuvo rencor. Pienso que, a su modo, lo sabía todo pero jamás dio el brazo a torcer. Siempre estuvo alerta a ver si algo cambiaba. Siempre, cuando era difícil, como Diego, allí estaba con los comunistas.

Más allá de la cárcel, más honda que cualquier cárcel, era esta soledad.

A veces incluso no acertábamos a saber nosotros mismos por qué íbamos a la cárcel. Una noche, por ejemplo, llegaron los tipos esos a buscarme. Estábamos en la casa con un grupo de amigos oyendo música negra norteamericana, blues, jazz. Entonces la gente se alarmó por la premura y la brutalidad ya que no tuvieron tiempo a cargar ni siquiera las frazadas. Sin embargo nadie siguió al vehículo de la policía porque en esa época de la "primera violencia" en Colombia, lo más seguro, sin duda, era que a uno lo llevaran así a la cárcel, por ejemplo en carro de prisiones. No había las "desapariciones forzosas" oficiales porque la misma policía mataba sin agüero, a la luz del día, en calles o cafés, mientras en el campo se organizaban las masacres y los incendios de vecindarios enteros con bandas que incluían agentes uniformados junto con "pájaros" o matones de civiles.

Era una violencia inaugural, sin sofisticaciones, donde la legalidad carcelaria seguía indemne.

Me echaron pues "a la sombra" esa noche, como dicen los reclusos y recuerdo que no encontré sitio más seguro que un hueco debajo de una banca de cemento adosada a un muro. Allí me tallé como en un ataúd apenas a la medida. Al otro día temprano rescaté el espíritu de Diego Montaña, organicé la brigada para dejar el calabozo perfecto, sin la más leve mugre. Todo no era fácil. Por ejemplo la taza del baño estaba en el centro del recinto, al descampado, de manera que había que cagar como en tribuna, así que la salvación fue organizar "guardia de honor" para cada turno digestivo.

Pasaban los días. Hacíamos gimnasia y acertijos y cursos. Pero, –¿Por qué estaba yo allí? –¿por qué estaba preso? Nadie, ni el partido, ni mi misma mujer, lo sabía, pero eso no era lo más grave. Lo fatal era que yo tampoco logré averiguarlo allá adentro.

Fueron muchos días después ya libre, cuando, gracias a una casualidad descubrimos el secreto. Resulta que la policía presumía de un sabotaje del partido a un congreso de la central sindical creada por la dictadura, congreso del cual nosotros no teníamos noticia

Era este tipo de soledad, la del absurdo.

Una soledad distinta, una soledad que a veces la usábamos incluso como medio para descubrirnos entre nosotros mismos, para dar con el partido.

–Camarada, me dijo un día el secretario político, hemos resuelto que usted viaje a Manizales y haga contacto allá con el partido porque usted sabe, hace ya casi un año que no tenemos noticia de ellos. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

Como es obvio yo estuve de acuerdo y definimos sólo fecha de salida porque lo demás, llevar cualquier correo, era un riesgo grande.

¿Tienen ustedes alguna seña, una guía, cualquier dirección vieja?, pregunté.

–Mire, camarada, allí esta el problema. Las direcciones que había se perdieron en una encaletada y el compañero que hacía esos contactos también se perdió. Así que usted verá cómo se las arregla.

Entonces yo me instalé en Manizales en un hotel y ya llevaba previsto mi plan de trabajo así que muy temprano, al día siguiente, inicié la "investigación". Era algo de simple lógica: el partido debía estar escondido en algún taller artesano de Manizales. Conocía yo bien la historia.

Ese había sido el semillero inicial en los pueblos. En la más dura violencia, por ejemplo, en el Magdalena Medio, yo había descubierto, de ese modo, el partido, en Puerto Salgar. Fue algo como si usted se encuentra un libro viejo, intacto, en medio de los escombros de un incendio. El partido era allí, en Salgar, un sastre muy viejo que ya no hacía más oficio sino eso, ser el Partido.

De manera que, con toda mi experiencia eché a andar por las laderas de Manizales, hermosa ciudad, hecha como un oleaje de piedra, detenido de pronto, antes de que se precipite en los abismos.

Encontré primero las zapaterías. Por lo demás siempre estuve familiarizado con camaradas zapateros. A uno de ellos, un guarnecedor que llegó a ser secretario de zona, me costó mucho trabajo quitarle el vicio de saludar a sus clientes diciéndoles: –A los pies de usted!

Para entonces ya estaban bien entrados los años cincuentas. Era la dictadura militar de Rojas Pinilla y había comenzado la "segunda guerra", con Villarrica en el Tolima, en el centro del país.

Tenía preparada una pieza teatral que repetí muchas veces ese día y el día siguiente hasta dar con el objetivo.

–Señores, recitaba yo, al entrar a la zapatería, estoy por mandarme a hacer un par de zapatos a la medida pero me gustaría ver algunas muestras. Me importa más la calidad que el precio. Y, luego, sin tomar aire, echaba el anzuelo. – Bueno, también me importa el precio porque la situación está muy difícil. Ya no sólo es la violencia sino la carestía. Todo está por las nubes y no hay empleo. Yo digo una cosa, yo creo esto. No sé ustedes qué piensen. Con mucho respeto. Yo digo que a Colombia sólo pueden arreglarla tres personas. Tal vez ustedes las conocen, puede ser, digo yo. Tres

personas y sólo tres. Ellos son, añadía, pronunciando los nombres sílaba por sílaba, son ellos Gilberto Vieira, Filiberto Barrero y Jaime Barrios.

Recuerdo bien cómo representaba este sainete de taller en taller.

Si no picaban la carnada del anzuelo, si los zapateros, ilustrados con mi cuento, se quedaban impávidos, no había qué hacer. Allí no era, allí no estaba el partido.

Era una prueba absolutamente infalible porque era seguro que nadie, fuera de los comunistas, conocía esos tres nombres, la nómina de la máxima dirección del partido, del llamado "Secretariado Nacional".

Así fue como encontré el Partido en Manizales. Recuerdo bien el júbilo que se produjo en el taller, tan tenazmente buscado, cuando pronuncié allí la fórmula mágica.

–Camarada, seguro usted viene desde Cali, estábamos esperándolo! Me dijeron como si fuera un complot conjunto.

El partido cumplía entonces sus bodas de plata, un cuarto de siglo de existencia y el gobierno militar movía todo su inmenso poder para declararlo ilegal en una llamada "asamblea nacional constituyente".

Entonces sólo vino a quedar la eterna raíz del partido: las zonas de guerra o de autodefensa.

Pero no hablo sólo de la soledad impuesta por la ilegalización y la violencia. Hablo de esa soledad

que está mucho más allá: De la soledad política. Algo que nosotros sentíamos aún entre la multitud.

Esto lo conocía, por ejemplo, casi desde el primer día, cuando recién ingresaba al Partido, fue en 1946. Ingresé al Partido como bibliómano, buscando una librería del "Barrio Obrero" de Cali que atendía un sastre llamado Julio Rincón.

Recuerdo que cuando salí de allí, con un arrume de libros, se armó altercado entre el librero Rincón y un parroquiano, vecino o cliente, porque yo había escogido entre otros textos, una historia del Partido Comunista Bolchevique. Un verdadero tesoro stalinista que aún conservo. No sé por qué el hombre tenía encono especial contra ese manual.

Me llevé conmigo el Manifiesto, el primer capítulo del Anti- Duhring de Engels y El Capital en un mamotreto inmenso de edición española. Eso fue todo.

Después, gracias a Rincón, asistí a un "círculo de estudios" y solicité ingreso al Partido.

Era una célula ferroviaria.

Recuerdo la primera sesión. En aquella época no había distintivos entre un automóvil de servicio público y un carro particular, de manera que todo el grupo pensó allí, en esa reunión, cuando estacioné mi carro a la puerta, que yo era el "compañero motorista".

–Compañero motorista, me dijo el dueño de casa, luego de la presentación. Usted llega a buena

hora porque necesitamos de urgencia una carrera en su automóvil.

–Eso no es posible, le repliqué yo al camarada, agarrando el lío en el aire. Eso no puedo aceptarlo porque es la primera vez que llego al Partido y no me quiero perder un minuto con ustedes. ¿Me comprenden?, camaradas.

De todos modos se sometió a votación mi súplica y gané. El dueño de casa, comedido, un fogonero del ferrocarril, insistía a mi oído mientras se contaban los votos. – Un peso, compañero, un peso estamos pagando por la carrera.

Había llegado al partido como lector desaforado, como educador, pero sin vocación política. Sin embargo, había sido siempre un liberal y ello por puro atavismo, porque mi padre me había educado así, desde niño, viendo a los godos como unas sanguijuelas del bien público, como una amenaza de la cual había que salvar al país. Esa corteza liberal congénita era demasiado dura, de manera que nunca logró perforarla el hecho de que mis mejores maestros, en el bachillerato, los más críticos y rebeldes hubieran sido conservadores:

–Profesor, le dije alguna vez a uno de ellos, llamado Armando Romero Lozano, profesor, usted qué opina de esta sentencia de Epicteto: "Siempre estoy alegre de lo que sucede porque opino que lo que Dios escoge es mejor que lo que yo escojo". Y

añadí, ¿no quiere decir esto que la vida o la realidad es más rica que todo lo que uno piensa?

–No, ni por pienso, me dijo Romero y se rio estrepitosamente. ¡No, no lo crea! Epicteto era un esclavo y tenía alma de esclavo. Siempre estoy contento con lo que sucede!, quería decir para él, siempre me conformo o me someto alegremente.

Sin duda este hombre, este profesor me inculcó a mí tenazmente el más profundo sentido de la dignidad humana, la rebeldía. Sin embargo, era un conservador a ultranza. En el colegio pasaba incluso por una especie de cura laico.

El profesor de historia, el que amarró mi vida a esta disciplina, don Gustavo Arboleda, era un conservador que enseñaba "materialismo histórico" en el sentido más preciso del término, es decir, que enseñaba la historia siempre ligada a la cotidianidad, a la crónica de la vida diaria.

Mi padre, que era liberal radical a morir y leía a Victor Hugo como a Dios, tenía un hermano menor que era godo y que me enseñó a leer a Voltaire. Muchas veces yo los oí conversar a ellos dos, cuando era niño y los diálogos eran de este porte:

–Si mi Dios ayuda, decía mi padre, vamos a salir adelante en este negocio.

–Si nosotros nos ayudamos, si sabemos hacerlo, si lo tomamos a pecho, le cortaba mi tío godo, salimos adelante.

Sin embargo yo seguí siendo liberal atávicamente. Era la corteza. No era cuestión de reflexionar o pensar, era una cosa congénita.

De pronto el liberalismo se me iluminaba. Uno de estos momentos fue la llegada al colegio Santa Librada del Ministro de Educación, don Luis López de Mesa, y su discurso para nosotros, los colegiales.

Hizo primero un panegírico desproporcionando del señor rector que era miembro del Opus Dei, de verdad un cristero conservador. Le alabó eso: su credo, su religiosidad, su devoción católica y luego, sin más ni más, con la mayor naturalidad, nos dijo a nosotros, los muchachos, dejándonos locos, nos dijo que él, el Ministro, en cambio, era ateo, que no creía en Dios. –Es el liberalismo, añadió, sin inmutarse, serenamente, es la república liberal.

Pues bien, el partido comunista era igual, fue siempre liberal, así, por atavismo. Siempre estuvo metido debajo de esa corteza liberal. Porque los nidos o los rincones en los cuales se incubó el comunismo en Colombia en los años veintes, cuando el "socialismo revolucionario", fueron los baluartes o refugios de la oposición a una hegemonía conservadora que venía durante casi medio siglo. De una parte los enclaves artesanos rebeldes, en ciudades y pueblos, fueron la materia prima y el molde del socialismo urbano. De la otra los colonos campesinos herederos de las guerrillas de los "mil días", del general Herrera.

Esos colonos que vinieron a constituir en definitiva la almendra del Partido.

Cuando yo entré al Partido, en 1946, había leído ya hacía tiempo, inducido por un excondiscípulo de familia ultragoda, junto con la "Ley de tierras" o reforma agraria de la "República Liberal", el primer tomo de El Capital de Marx.

Pero desde que entré, desde ese mismo día, aprendí a vivir y a racionalizar la soledad del partido, es decir, el sentido o la lógica de esa soledad.

Porque yo en ese momento era liberal de la corriente de Jorge Eliécer Gaitán. Sin embargo, al entrar al Partido, al otro día, tuve que cambiar la vocación. Tuve que convertirme y convencerme contra Gaitán. Fue cuando viví así, de entrada por primera vez, una nueva forma de soledad. Me quedé solo. Cuando llegaba a la casa paterna, mi madre apagaba discretamente su radio con el discurso de Gaitán y hablaba de cualquier otra cosa, por ejemplo de su reloj de pared que siempre estaba dañado. A veces me daba cuenta de que mi madre y mi mujer habían calculado que una salida mía coincidiera con un discurso de Gaitán, para oírlo juntas. No era, de ninguna manera, que hubiera limitaciones o intolerancias de mi parte. Simplemente no querían contrariarme. Siempre habían comprendido mi discurso, más cotidiano que político. Eramos liberales–gaitanistas por lógica, en mi casa y en mi otra casa y donde el amigo y el hermano.

De pronto me quedé solo. Porque sin duda Gaitán, entonces, en ese momento, era la vida, la corriente de lo nuevo. –¡El hambre no es azul ni roja, decía, es pálida como la muerte! Evocando ese mote que el pueblo le pone a la muerte, cuando la llama "la pálida". Ciertamente convencía la elocuencia de Gaitán pero sobre todo su previsión: Todo aquello de que la "República Liberal" estaba sirviendo ya sólo de soporte a una "oligarquía liberal- conservadora":

Las cosas tuvieron lugar así: Era la primera directriz oficial que yo recibía en mi vida de militante. Entonces de alguna manera tenía que ser "verdad". Y precisamente ese hecho el que estuviera contra todo sentido común y contrariara todas mis afinidades y se estrellara contra la vida misma, se convertía en la prueba, en el criterio de verdad.

Esa es la esencia de todo doctrinarismo.

Uno entraba al partido comunista por eso: porque tenía la certeza de que el partido era, en el país, la pieza correspondiente en la armazón de la verdad universal. Porque pensaba que era algo así como el engranaje, en el país, de una verdad que venía conquistando todo el mundo. Habíamos leído el Manifiesto Comunista. Se entendía que al llegar al "partido" no se seguía jugando, así, a la buena de Dios, con cartas o datos sólo de aquí, del pueblo o el país de uno. Y por eso, ante ese mesianismo, ante ese programa sobrenatural, ante esa verdad que

tenía consulta y sabiduría en el mundo entero, Gaitán se iba achiquitando, se iba convirtiendo en un accidente.

Así fue como comencé desde la llegada, desde el primer día, como recluta, ese oficio que luego iba a hacer siempre, el de la soledad.

Acababa de entrar al Partido y hacía la experiencia. El deleite, el orgullo de la soledad. De saberme más allá, más lejos que todos. De tener la verdadera verdad, la que no alcanzan los profanos. Por primera vez miré con cierta piedad a mi mujer, a mi madre, a mis vecinos. Había entrado al reino. Ellos ni siquiera sospechaban, ni siquiera podían suponer dónde me encontraba yo, hasta qué altura había logrado llegar en la visión de los hechos.

Entré al Partido y comencé de inmediato a caminar por el mundo de otra manera, con un sentido mesiánico.

Sin embargo, pronto ocurrieron los hechos que mostraron cruelmente la realidad. Que la posición del Partido contra Gaitán, contra el movimiento gaitanista, tenía que ver más bien con intereses mezquinos o inmediatos de camarillas o de grupos en la organización.

Después, poco tiempo después, cuando vivimos el asesinato de Gaitán, no tuvimos tiempo de evaluar, reflexionar, porque nos metimos en el alzamiento popular. Porque ya teníamos que ser gaitanistas sin duda, sin vacilar, desesperadamente.

Eramos de pronto los más gaitanistas, los que sabíamos, los de la verdad, los que dirigíamos.

Y el otro, el que estaba afuera, el que estaba a la vera del camino, mi compañera, por ejemplo, mi madre, mi hermano, no podían entender nada. Es la soledad del predestinado.

El gran edificio de la razón y de la verdad en la doctrina del Partido no se resintió en esa ocasión, porque todo lo que había ocurrido, según se explicó en el Comité Central, había sido algo extraño a la organización en sí misma. Todo había sido producto de una "desviación". Después aprendí esta forma de salvarse de los errores humanos, las desviaciones.

Las "desviaciones" eran de "izquierda" o de "derecha", es decir eran acechanzas desde afuera, desde los lados. Eran herejías. Porque nosotros, no, el partido con su ser internacionalista y su doctrina marxista-leninista, era la verdad y el camino.

Nunca se hizo el balance de la cuota que aportó entonces el partido comunista al desastre posterior del país por el hecho de votar contra Gaitán en las elecciones de 1946. La verdad era que en ese momento, por razón de su influencia en los sindicatos obreros y colonias agrarias, un partido muy pequeño podía dividir suficientemente al pueblo como para poner un peso importante en el balance.

Pero además ese balance no era necesario por dos razones. La más importante porque nosotros, los comunistas, salimos a pagar la cuota que nos corres-

pondía por el desastre, sin ninguna avaricia. Hicimos la resistencia y la guerra, como los que más, contra el régimen terrorista que se pudo afianzar rápidamente en el país a raíz del asesinato de Gaitán como candidato a la Presidencia de la República. Y lo otro, la otra razón, porque ya estaba claro que el error no había sido del "partido", de su "doctrina", de su esencia, sino de afuera, de una desviación. Incluso estaban ya sancionados los responsables.

No estoy hablando de la soledad en el sentido del culto al heroísmo de unos pocos que a veces hacen realmente milagros. No hablo de eso. Hablo de la soledad de aquel que tiene la verdad, del que sabe, del que ya tiene resueltos los problemas y ordenadas todas las soluciones, del que ya no necesita preguntas. Es otra soledad, una soledad incluso llena de gente.

Voy a explicarme: Hacía poco tiempo estaba en el Partido cuando tuve el siguiente diálogo:

–Camarada Nicolás, me gusta su comienzo, usted empieza bien. Esa es nuestra línea, el trabajo de masas. Ayer observé cuando usted estaba haciendo su trabajo de masas. Eso es lo importante.

Semejante discurso me produjo una enorme confusión. Era del camarada Quintero, un fogonero ferroviario que siempre estaba haciendo cátedra, en cualquier alero o refugio o a campo raso. La verdad que no entendí nada. Todavía no me había asimilado a la jerga partidaria, pensé que el camarada quizás

había confundido mi voz en algún programa por la radio, con la voz de Gaitán o alguno de sus seguidores, porque mi referencia más inmediata sobre el término "masas" era la de los medios masivos de comunicación. De todos modos había leído literatura como la de Ortega y Gasset sobre el tema. Masa era para mí la multitud sin pueblo, es decir, sin diálogo.

–Camarada Quintero, creo que usted me está confundiendo. Yo no tengo esa posibilidad. No sé pero usted está equivocado.

Sin embargo un rápido intercambio de datos lo despejó todo de inmediato. El camarada simplemente me había visto a mí, en camino a la sesión de la célula, conversando, en una esquina del barrio, con dos vecinos que no eran militantes del Partido.

Se llamaba "masas" a la persona o personas que no eran de la organización. Un término como el de "gentiles" en el cristianismo de las catacumbas romanas. Por ejemplo en las zonas agrarias donde realmente había echado raíz el comunismo, las "masas" eran la minoría. Pero en la ciudad a menudo la "escuela de masas" tenía menos matrícula que la "escuela de partido".

Durante mucho tiempo yo me empeñé en lograr que hubiera comunistas "infiltrados" en toda "escuela de masas" en forma que el proselitismo del maestro se apoyara en las relaciones entre los cursillistas. Porque todo curso tenía en definitiva un

solo fin: ganar adeptos, lo cual, naturalmente, tenía un nombre más edificante, se decía "construir partido". Sin embargo, mi empeño era en vano. Siempre había que proteger el lindero entre "partido" y "masas", era el principio fundamental de la organización porque, se repetía siempre, nosotros no éramos liberales ni social-demócratas, éramos comunistas. Y esto se tenía que reflejar en la educación. Por ejemplo, en la "escuela superior" que era para becarios, en el extranjero, no se podía ni pensar en las "masas". Esto era obvio.

Ser comunista en cualquier parte del mundo y yo creo que a mí casi no me quedó partido que no conociera, gracias a mis constantes contactos en la "Escuela Superior", siempre con un cuaderno de notas a la mano, gracias a mis peregrinaciones por quién sabe cuántos países, ser comunista era trazar ese lindero puro y claro que buscaba la escolástica entre el género y la especie.

Como había enseñado Stalin, los comunistas éramos hechos de una madera especial. Es ésta la soledad de que estoy hablando. No que no fuéramos a la gente, que no estuviéramos con la gente y entre la gente. Esto ni pensarlo, fue algo que no ocurrió jamás. Al contrario, nosotros éramos en la izquierda el ala "democrática" si se puede hablar así. Eramos el grupo que siempre nos aguantábamos las ganas de dar el salto con la preocupación de no ir solos, de meter la gente en la pelea. No creíamos en el

poder de los héroes. Siempre la norma era "acción de masas, organización de masas, nada de aventuras". Y cuando otro grupo de oposición, más audaz o más claro, ocupaba realmente un terreno, entonces nosotros estábamos afanados de meter allí la gente.

Nunca tuvimos duda en eso, en consolidar las posiciones. Buscar la gente era como el aire para nosotros.

Nunca conocí un comunista en el barrio de invasión o en el sindicato o en la colonización que fuera ermitaño o misántropo. Al contrario, eran tipos que se le metían hasta en los huesos a la gente, que sabían meterse a las casas no por el zaguán sino por la cocina. Tipos comadreros, compadres, amigueros, confianzudos.

La soledad estaba más allá, más a lo hondo. Era la soledad que iba segando esa cosecha de la vida, del militante raso. De la savia generadora del Partido. La soledad construida metódicamente, de arriba hacia abajo, por el mesianismo, por ese terrible privilegio de poseer la verdad en el mundo.

Lo que ocurrió en 30 años en Cuba, la historia de cómo se le fabricó la soledad actual a esa revolución pletórica, sin duda la más abierta y llena de regalos que hayamos conocido jamás en América, es algo que en nuestra vida se repetía gota a gota y día a día.

La inmensa catástrofe actual de los partidos comunistas, en el mundo, no fue otra cosa sino el

descubrimiento por el pueblo de que su rey estaba desnudo cuando creía vestir el mejor traje.

El descubrimiento de la soledad del comunismo.

Carlos Marx había propuesto que la felicidad de los trabajadores fuera obra de ellos mismos, en otras palabras había propuesto que no hubiera más el "pueblo escogido" en la historia humana.

Incluso en el Manifiesto Comunista parece claro que el "partido" no es tal, que no tiene programa o función de poder, sino que es un medio de coordinación de los movimientos obreros de todos los países. "Los comunistas no forman un partido aparte, dice el documento, no tienen intereses algunos que no sean los del conjunto, no proclaman principios especiales a los que quieren amoldar el movimiento proletario".

Sin embargo, de todos modos apareció una vez más en este mundo, en este planeta, el "pueblo escogido".

Ese grupo encargado de asegurar, que los trabajadores, es decir, que todos los humanos fueran felices. Apareció el grupo de la felicidad.

Durante casi toda mi vida, al igual que millares de mis camaradas golpeados, acosados, asesinados, siempre tenía la urgencia de esta misión: Estaba siempre pendiente de ella, era la tarea del partido del comunismo: hacer feliz a la humanidad.

Es muy difícil hacer feliz por ejemplo a una sola persona, a un hijo, a la compañera de uno. Esta es

una tarea difícil. Sin embargo, en el partido quedaba muy poco tiempo para eso, había que fugarse para lograrlo.

Un futbolista dispara de pronto, encontrando un hueco que nadie podía imaginar entre las defensas del equipo contrario y hace el gol produciendo felicidad de millones de personas durante un minuto.

Un cómico o un cantante puede hacer felices a miles de personas una noche y aun miles de noches gracias al cinematógrafo. Un novelista también fabrica una cuota determinada de felicidad.

Uno mismo puede hacer feliz un rato a un grupo pequeño de pronto con un diálogo mayéutico, con una pregunta creadora en una clase, en un aula.

Pero la tarea de nosotros, los comunistas, era hacer felices a todos los hombres del mundo, absolutamente todos y no por un rato o un día sino en forma definitiva.

Hace doscientos años, Condorcet andaba buscando cualquier refugio para esconderse del terror jacobino y poder escribir su teoría sobre la felicidad futura del género humano gracias al progreso indefinido de la razón razonadora.

Era la soledad del Partido. Aquella que está más allá de la cárcel, más lejos. La soledad de todo dueño de la verdad verdadera, del "pueblo escogido".

–Camarada, me dijo un día el anfitrión, un responsable de los asuntos de Colombia en el partido

checo, camarada, ¿usted está expresando el pensamiento de su partido o su propio pensamiento?

La pregunta era frecuente.

–Camarada, le respondí, ¿cómo puedo yo pensar otro pensamiento que no sea mi propio pensamiento?, explíqueme.

Sin embargo, eso era posible y además era lo normal. Hablar como leyendo un texto ajeno memorizado.

Italo Calvino piensa que la sociedad humana ha logrado en los últimos tiempos descifrar de tal manera sus logros, precisar su equipaje, que pueden asegurarse ya algunas virtudes con las que debe contar el tercer milenio. Por ejemplo, la liviandad: que el discurso de las cosas y de las palabras sea más ligero.

Después de leer estas propuestas de Calvino uno queda por mucho tiempo con la tentación de ver así el mundo. Entonces le parece que se puede pensar en una sociedad más acompañada para el tercer milenio. Una sociedad donde no haya más la soledad. Donde no haya nunca más el "pueblo escogido", el grupo de la verdad, el encargado de asegurar la felicidad de los humanos.

LA DEMOCRACIA

Nosotros, los comunistas, hicimos con el título de socialismo, la aplicación de una lectura obvia de la historia del Estado moderno. Por ejemplo, leíamos que la sociedad había utilizado el Estado para abolir la esclavitud. Leíamos y releíamos los decretos de manumisión y libertad de esclavos, el siglo pasado, en América Latina, en Europa, en Estados Unidos. Leíamos también de qué manera ese Estado había impulsado, en muchos países, las reformas agrarias democráticas, a través de las cuales había sido liquidada la antigua servidumbre medieval.

Por ejemplo, nos ocupábamos constantemente de cuestiones como ésta: acá en nuestro país, se mantuvo hasta principios de siglo, el confinamiento por deudas del campesino en el feudo-hacienda del señor y es el Estado colombiano, el que lo libera por ley de esa cárcel.

Entonces de allí deducíamos "obviamente" que ese Estado también estaba encargado de abolir la "nueva forma" de esclavitud, la que impone el capital sobre el trabajo asalariado. En una palabra, que también el "capitalismo" se debía liquidar o suprimir por obra del Estado moderno, por un decreto suyo tal como ocurriera con sus dos antecesores; la esclavitud y la servidumbre.

Entonces toda nuestra misión de comunistas consistía en desarrollar el Estado moderno cambiándole su carácter de clase, es decir, transformando la "democracia burguesa" en "democracia obrera" o socialista.

Y digo que era esta una lectura obvia o simplista porque pasábamos por alto lo esencial: que el Estado moderno, el de Maquiavelo o Hobbes, no es sino un resultado de la creación de la "sociedad civil" por el binomio mercado-democracia.

Que por lo tanto, no es el Estado el encargado de cambiar la "sociedad civil" y su funcionalidad o sea la democracia sino al revés. Es el desarrollo de la sociedad civil y su democracia, el que da cuenta del Estado.

Así que nosotros vivíamos de ese mito que Gramsci llamara la "estadolatría". Y son precisamente las consecuencias de tal mito las que podemos ver en el penoso testimonio que doy en seguida y que tuvo lugar no hace mucho tiempo.

El caso es que yo estaba de asesor en una asamblea sindical destinada a resolver sobre contratación

colectiva y en la cual un grupo de obreros se había empeñado en hacer pasar una resolución de protesta por el confinamiento en presidio del científico Sajarov como disidente del régimen político en la Unión Soviética.

La misión mía era sencillamente detener esa resolución.

Y voy a explicar cómo lo logré.

Recuerdo que el auditorio era muy amplio, sobrado, y que, a pesar de eso, el ambiente estaba pesado no sólo por la cantidad de gente y el clima mismo sino por lo duro del debate. Algo quería estallar allí.

Ahora debo reconstruir mi discurso casi al pie de la letra aunque resulta como un acto de masoquismo, como una suerte de expiación de culpas.

Y, sin embargo, mi discurso era honrado y coherente.

Compañeros, decía yo, veamos ahora, con calma, sin decirnos ninguna mentira, sin engañarnos acá, entre nosotros, veamos en concreto, en la vida, en nuestra vida, en qué consiste la democracia capitalista, esa democracia que nosotros tanto conocemos y padecemos día a día.

Pienso que no es difícil hacer un experimento, añadí. Ustedes han aprendido en la escuela que el Estado aquí en Colombia como en cualquier país, somos todos. El Estado es Colombia. Por ejemplo, desde el siete de agosto en 1819, cuando Simón Bolí-

var derrota al general español, Barreiro, en la batalla de Boyacá, nosotros dejamos de ser provincia o colonia española y nos hacemos Estado. Así que en esa fecha cumplimos años como Estado y por eso también, ese día, se posesiona el Presidente de la República.

He allí nuestra escuela, nuestra educación.

¿Pero es verdad esto? ¿Es verdad que el Estado es Colombia? ¿No hay un dueño del Estado colombiano, un pequeño dueño, un pequeño grupo dueño del Estado? Pienso que cualquiera de nosotros, digamos, el presidente del sindicato, puede ahora, a la salida del teatro, al terminar esta asamblea sindical, hacer una prueba Es sencillo. Yo los invito a hacerla. Se trata sólo de tomar un teléfono y presentarse. Decir soy fulano, soy directivo del sindicato y necesito por favor hablar con el señor ministro de Trabajo. Eso es todo.

Yo los invito, compañeros. De pronto las cosas más obvias, más simples, hay que probarlas.

Porque ustedes todos saben y de ello no tienen la más leve duda que si el dueño del consorcio, el patrón con el cual tenemos conflicto, el que nos tiene aquí reunidos, el dueño de la empresa, otro señor como nosotros, si él toma el teléfono, es seguro, por Dios que es seguro, que el señor ministro del Trabajo pasa.

Y hasta aquí la primera parte del discurso mío.

Entonces dejamos un espacio para comentarios y preguntas y luego continuamos así:

¿De quién es el Estado?, compañeros, ¿quién es el dueño del Estado?

Pues bien, añadí, en eso consiste precisamente la democracia capitalista. Así que resulta muy fácil definirla. Se trata de un sistema político donde la minoría manda, donde una muy pequeña minoría gobierna.

Pero, ¿y la mayoría? ¿Qué ocurre con la inmensa mayoría? Pues bien, la mayoría protesta, la mayoría llora, chilla. Aquí estamos nosotros chillando por ejemplo, en este teatro, chillando. Pero si es necesario saldremos también afuera a chillar, a corear, a cantar nuestra protesta. Es la democracia capitalista. La minoría manda y la mayoría chilla. Por Dios, la mayoría tiene un derecho, le queda el derecho de chillar.

Entonces se hizo una nueva pausa comunicativa buscando congregar a la gente al debate. Absolviendo preguntas. Y en seguida concluimos así:

–Bien compañeros, ustedes lo saben: es muy diferente la democracia obrera. Es bien diferente. Es esencialmente distinta a la democracia capitalista.

Y ello por una razón fundamental, por una lógica clara. Se trata de que en la democracia obrera es al contrario, allí es precisamente la mayoría la que manda o gobierna. Por eso allí todo el problema, todo nuestro problema es saber construir esa mayoría desde abajo, de grupo en grupo, de casa en casa, de fábrica en fábrica, en una espiral ascendente.

Pero, en la medida en que lo logramos hacer, en la medida en que esa mayoría se afiance o se consolide, entonces ella hace gobierno.

A esta altura de la exposición abundé mucho en la historia universal contemporánea, en la democracia soviética, hija de la Comuna de París. En la idea de la construcción de una democracia, construida paso a paso, desde la base.

Entonces llegaba la hora decisiva de ganar esa batalla. La hora de aislar a los obreros que estaban empeñados en lograr una resolución de la asamblea sindical a favor de la libertad de Sajarov.

Me dirigí a ellos, que no eran pocos, forzando casi un diálogo directo. A los compañeros que estaban indignados por el confinamiento del científico Sajarov. Y les dije así, palabras más o menos:

–Así son las cosas compañeros. En el capitalismo una minoría, una escasa minoría manda, mientras la inmensa mayoría llora. Incluso a menudo, añadí, esa misma minoría gobernante hace demagogia de oposición. Por ejemplo paga llorones para aumentar el coro de lamentos. Ustedes lo saben, buena parte de los integrantes de la llamada "clase política", sobre todo en el parlamento nuestro, son llorones pagados. Y qué bien pagados. Son algo parecido a aquellos llorones que contrataba la nobleza romana para economizarse las lágrimas en los grandes entierros. Con el estómago lleno los senadores lloran el hambre del pueblo.

Entonces compañeros, dije, convincentemente, la diferencia esencial entre las dos democracias es clara: En la democracia burguesa la minoría manda mientras la gran mayoría llora, protesta, chilla. Mientras tanto, en la democracia obrera, socialista la mayoría manda ciertamente.

Fue entonces cuando hice una pausa pedagógica y pregunté así a los compañeros: –¿Y la minoría, qué hace la minoría, qué puede hacer en esta democracia proletaria?

–¿Qué hace, compañeros, qué debe hacer esa minoría por ejemplo en el socialismo?

Hubo un silencio sostenido. Entonces volví a la carga. –¿Qué hace, qué puede hacer la minoría disidente en el socialismo?

Aquí hubo un tercer debate, un juego de opiniones sobre los derechos de protesta de la minoría en la democracia obrera.

Entonces yo logré completar y poner en orden la lógica de mi discurso así:

–Con todo respeto, compañeros ponentes de la resolución contra el confinamiento de Sajarov, permítanme por favor, poner un ejemplo sencillo, para ser más claro en mi argumentación:

Ustedes bien lo saben: Es posible que, a raíz de esta asamblea sindical, ustedes mismos no tengan otra solución al problema del pliego de peticiones sino la de presionarlo por medio de la huelga. Esto es bien probable. Pues bien, entonces, en esta cir-

cunstancia, nuestro compromiso sería construir metódica y sólidamente una mayoría sindical a favor de la huelga. Luego votar a conciencia por esta determinación o sea someterla a un referendo. De esa manera llegará la hora cero, la hora de la acción y a partir de allí tendremos el gobierno de la mayoría. Por supuesto un gobierno obrero. Así que vuelve a jugar aquí nuestra pregunta ya en un terreno concreto. ¿Qué pasa en este caso con la minoría del sindicato que no votó la huelga y no cree en ella y no la acepta?

Yo pregunto a ustedes, compañeros, les pregunto:

¿Es que acaso le vamos a permitir nosotros a esta minoría? que llore, que chille? ¿Es que vamos a tolerarle que se pasee con carteles frente a la fábrica protestando por la huelga? ¿Es que le vamos a permitir que haga mítines o volantes contra el movimiento?

–¡Yo pienso que no!, compañeros. Y estoy seguro de que ustedes piensan igual, añadí. Y por eso digo: ¡No! En la democracia socialista no. Allí manda la mayoría, una mayoría real, difícilmente construida y estructurada, a menudo con mucha sangre y sacrificio. Pero ¡la minoría no!, no protesta, no llora, no chilla. No tiene ese derecho.

Comencé a insistir sobre la tesis de Lenin en el sentido de que con el gobierno obrero las cosas van en serio. Que allí no hay juego. Y ello por una razón, porque la democracia allí es verdad o sea que es el gobierno de la mayoría.

Fue así como se enterró el proyecto de resolución de la asamblea sindical a favor de la excarcelación de Sajarov en la URSS.

Pues bien, es esta la primera experiencia que me proponía narrar. La segunda tuvo lugar apenas dos años después.

Fue la noticia de la libertad de Sajarov ordenada por el jefe del gobierno y primer secretario del Partido soviético Mijail Gorbachov.

Y ocurre que esta noticia me impactó demasiado por una circunstancia casual. Se encontraba conmigo, cuando la escuchamos, en reunión de partido, a través de un noticiero televisado, el camarada dirigente obrero que me había acompañado a la "asamblea sindical" mencionada y que me había apoyado y felicitado mucho, entonces, por la "claridad" y la eficacia de mi "intervención" en ese momento.

Resumo la narración que hizo el noticiero:

Unos obreros llegan al apartamento que le sirve de cárcel al científico Sajarov y le solicitan permiso para instalar allí un servicio personal de teléfono. ¿Cómo reacciona el recluso? Parece que de la manera más escéptica. Simplemente deja hacer. Seguro piensa que el mundo sería siempre el mundo y que la invención de un teléfono privado no iba a cambiarlo. Será simplemente un control más. Por eso, cuando timbra la primera llamada, Sajarov se apereza, vacila y pasa a desgano. Entonces la conversación es concreta y precisa porque no cabe el

protocolo. Al otro lado de la línea habla Mijail Gorbachov el Jefe de Gobierno y Secretario del Partido. Un saludo breve y luego el mensaje oficial: Camarada Sajarov, usted puede regresar a su casa y a su trabajo, su familia y su país lo necesitan.

Ese fue todo. De allí en adelante el teléfono de Sajarov sirvió poco tiempo. Sólo para concertar los detalles del regreso con sus más allegados.

Concluida la noticia, los dos, él y yo, nos miramos a los ojos.

Eramos iguales, igualmente honrados. Pero no había nada qué argumentar. Esto no estaba en el orden del día. Había que concluir la reunión.

He allí la segunda experiencia.

Ahora corresponde hacer historia y en la historia el comentario pertinente.

Nosotros los comunistas éramos siempre aquí y en cualquier país capitalista, el partido de la democracia. En primer lugar el partido electoral, el del oficio de las elecciones, el del voto.

Si sumamos los muertos que tuvimos, por ejemplo en los últimos años ochenta por la tierra y por el pan, es decir, por la guerra campesina y por la huelga obrera, sin duda la cifra es alta. Pero de ninguna manera puede comparársela con nuestro número de muertos por ir a elecciones, en ese período, por el derecho al voto.

–No pude votar, camarada, me decía un día de 1986 una compañera. Fue un desastre, había perdido

la cédula! Y luego de una pausa, añadía. Pero hasta para mejor sería. Porque habría ayudado a matar al compañero. No ve que lo mataron no más salió elegido.

Nosotros fuimos siempre el partido de esa democracia a medias o formal o burguesa. Defendíamos a morir su menguada libertad de palabra, de prensa. Esa libertad de "llorar" o de "chillar", es decir, la disidencia, la oposición. La libertad de tránsito, de moverse aquí y allá, de empresa, de las empresas del partido, de los camaradas, de asociación, de los sindicatos, etc. Cada orilla, cada rincón, cada resquicio de democracia tradicional, formal, era sagrado para nosotros.

Defendíamos el mendrugo y el retazo, como diría Bertolt Brecht. Pero eso no nos era nunca suficiente. Ese no era el objetivo, era el medio. Buscábamos la democracia total y real. Queríamos el "pan entero".

–¡Sí, sí al mendrugo!

Pero el pan entero, ¿dónde está?

–¡Sí, sí al retazo!

Pero el vestido entero, ¿dónde está?

Defendíamos ciertamente la democracia de ahora, de mientras tanto. Pero que, cuando llegue la hora y todo cambie, que sea esa la hora de la "democracia real".

Entonces ¿en dónde estaba nuestro error? ¿Cuál era nuestro pecado?

La verdad es que hicimos siempre una lectura muy obvia, muy simple, de la historia de la demo-

cracia formal. Una lectura obvia de Marx, de Rousseau, de Montesquieu.

Por ejemplo, siempre razonamos así: Una democracia sin escuela, sin pan, sin tierra, puramente formal, es mentira.

Y de allí en adelante, de esta lectura simplista venía lo demás: la gran deducción: Primero el pan, primero el vestido, primero la tierra y la escuela y después, después, la democracia.

Nosotros veíamos las cosas así: Sin pan la democracia es mentira. Sin techo, sin escuela, sin saber, es mentira la democracia. De manera que todo tiene su tiempo, como dice la Santa Biblia. Por ahora la salud y la educación gratuita, después la democracia. Después la gente sabrá usar o pensar la democracia.

Nunca lo dijimos así, exactamente, en Colombia o en Cuba o en la URSS, nunca lo dijimos con estas palabras precisas. Pero eso era la esencia de nuestra llamada "democracia real" y era por otra parte lo que mejor se adaptaba al mundo del subdesarrollo, sin mayor cultura política o tradición democrática. A ese mundo donde existió precisamente el "socialismo real".

Entonces, para este viaje desde el pan hacia la democracia del futuro, un viaje tan difícil, un viaje además sin calendario, para este recorrido tan accidentado se encargó del mando al "pueblo escogido", al grupo de los mejores, al Partido.

No se trataba de hablar o de protestar o de disentir. Para eso había su hora, su tiempo. Se trataba de construir las bases de la "democracia real".

Después las cosas ocurrieron como todos sabemos. Es un hecho, es una verdad. Primero faltó la democracia, faltó la disidencia, faltó la minoría. Todo era mayoría solamente, una mayoría ideal, plana, unicolor, que se fue convirtiendo poco a poco en su contrario, en unanimidad. Pero después se acabó también el pan. Vino la quiebra de la producción, la ineficacia, la obsolescencia.

Primero se robaron en el Partido la democracia, luego también el pan.

De manera que nosotros aprendimos muy duramente, para siempre, esta lección: La democracia no tiene turno, no tiene espera y no tiene comisario ni delegatario ni guardián. Es usted mismo.

Y lo otro: La democracia ciertamente es el gobierno de la mayoría. Pero, ¿de cuál mayoría?

De una mayoría que yo no llamaría simplemente respetuosa o tolerante de las minorías. Porque todavía estas palabras me suenan a autoritarismo.

De una mayoría enamorada de las minorías, interesada de las minorías, por dos razones. Una porque toda mayoría es abigarrada o múltiple, está hecha de minorías concertadas. Otra porque la minoría de hoy, como es obvio, es la mayoría de

mañana, ya que lo nuevo siempre surge o se anuncia muy pequeño, como una semilla.

La democracia es precisamente todo lo contrario de lo que nosotros hacíamos en el Partido y el Estado.

Todo lo contrario de la famosa pirámide del "centralismo democrático", en la cual los núcleos de base designan a los intermedios y tienen correo con ellos en tanto que los intermedios, a su vez, eligen y tienen correo con los superiores. De tal manera que se corta o se pierde la línea de mandato y de contacto entre la base y la cúpula, entre el pueblo, la gente y el verdadero gobierno, el de arriba.

Democracia es lo contrario de esa pirámide centralista ideal en la cual la cúpula, cortada o aislada de las bases, se endiosaba siempre, convirtiéndose en una dinastía.

Democracia es descentralizar. Es ir desamarrando por dentro, interiormente, cada vez más, el partido y el Estado. Es participar: que todos los organismos de poder, desde los más inmediatos hasta los más elevados, en el partido y el Estado, sean elegidos directamente por los asociados individuales y tengan correo con ellos o sean mecanismos viables de revocatoria del mandato.

En una palabra, democracia es cada vez menos gobierno en el partido y en el Estado, más autogobierno de la sociedad civil.

Y a la par con esto y junto con ésta estará el problema del pan y la escuela y la tierra pensando al derecho: que no se le puede confiar a nadie el pan o la escuela o la vivienda, que ese es el problema de la democracia.

EL PODER

–Camarada, dígame usted, en pocas palabras, ¿cuál es el programa del Partido?

La pregunta venía de una muchacha cursillista en una escuela partidaria.

–En una sola palabra se lo puedo decir, respondí: El poder. Los comunistas sólo buscamos eso, el poder, nada más que el poder, pero tampoco nada menos.

Estoy recordando la escena, ocurrida hace años, porque mi interlocutora, copió de inmediato esa respuesta, a la letra, en la solapa del ejemplar que tenía de mi libro, "El Programa de los Comunistas" y me pidió luego que se la autografiara.

Sin duda este mensaje era irresistible entonces para la juventud.

Y ahora pienso, por ejemplo, que a mí nunca me pasó por la cabeza la idea de que esta respuesta, que

repetía cada rato, pudiera herir a alguien de afuera del Partido. Sin embargo, es obvio que si usted se confiesa un demócrata y no dice que busca el poder para el pueblo sino para su grupo, esto debe herir a cualquiera que no esté en el grupo. Esto incluso tiene, hasta cierto punto, el sentido de una agresión.

No obstante así procedíamos siempre nosotros, los comunistas.

Y ello sin duda honradamente. Porque los comunistas creíamos que nosotros, que nuestro grupo, así fuera muy pequeño, encarnaba el pueblo mismo en cada país del mundo. Algo distinto a lo que pensara cualquier otro partido democrático. Y ello era razonable: Si éramos la "vanguardia del proletariado" debíamos ser la encarnación misma del pueblo.

Incluso nosotros, en nuestra jerga política, en el habla cotidiana nuestra, no necesitábamos mucho de la palabra "poder", así que nunca tuvo ese vocablo el gasto o el trajín de otros como "clase" o "imperialismo", por ejemplo. Y ello se debía precisamente a lo que estoy explicando. El poder para los comunistas no necesitaba mucho reclamo o mucha evocación. Era cosa del destino, por así decirlo. Nosotros "encarnábamos" el pueblo, de manera que el poder era un atributo que estaba asignado por naturaleza a cada partido comunista en su país.

Bien podía otro partido u otro movimiento allanar el camino, como sucediera en Cuba, por ejemplo, con los "Ortodoxos" y el "26 de Julio", pero en definitiva el poder sería comunista: era la cuota particular, nacional, por pertenecer a esa comunidad internacional.

Realmente era así: Cada partido comunista se sentía matriculado definitivamente en el sistema mundial de los turnos del poder y debía acostumbrarse a hacer fila.

Esto quizás explica el milagro increíble de partidos pequeños que tuvieron siempre el coraje de sentirse revolucionarios durante casi un siglo de vida militante sin haber cometido nunca el pecado de meterse en la aventura de una revolución.

Recuerdo que en la "Escuela Superior", en Moscú, sufríamos mucho los colombianos, después de la Revolución cubana, por este problema de la jerarquía en los turnos del poder. Sufríamos porque había mucho celo en este sentido entre los partidos hermanos. Por ejemplo, los camaradas chilenos, a pesar de su increíble cordialidad, eran rigurosos: Ellos no admitían fácilmente que un partido, con menor opción de poder, llevara la iniciativa o la voz cantante, por ejemplo en un seminario.

Había siempre los tres niveles jerárquicos en la familia de los partidos comunistas: los que tenían el poder, los que estaban en vísperas, bordeando el poder y los otros, los que todavía estábamos dejados de la mano de Dios.

Y los camaradas chilenos estuvieron mucho tiempo en el segundo nivel hasta que tuvieron la dignidad de lanzarse a la aventura y equivocarse.

Alguna vez y esto hace harto tiempo, a propósito de que los líderes del partido de Brasil entraban y salían del Palacio Presidencial de Rio, como Pedro por su casa, un profesor soviético nos consolaba a los colombianos así:

–Camaradas, no le hagan caso a los celos de los brasileros. Porque, créanme lo que les digo: Los que tienen armas, como ustedes, en Colombia, están más cerca del poder que los que pisan alfombras presidenciales.

Pero, aunque ello parezca cómico o tal vez por eso mismo, en esta encrucijada del poder, en la vida de los partidos comunistas, había una gran tragedia humana. Una tragedia de los de abajo, del militante raso. Y era así:

Realmente los altos directivos del Partido, los dueños del balón, eran los que tenían jerárquicamente esa articulación del poder como turno obligado, como puro destino. Incluso ellos, además palpaban, con sus manos, constantemente, ese privilegio, en sus estaciones periódicas en los países "socialistas", siempre a cuerpo de rey. Por esa razón ellos, sin duda, podían sobrevivir, extrañamente, como políticos, sin ningún riesgo de poder, sin opción alguna, concreta, de poder. Podían resistir así, por años y años, la tentación del poder. Podían

sobrevivir como "revolucionarios" sin necesidad de hacer nunca la revolución, de estar preparándose para el asalto, sin afán de conspiración alguna.

Pero los otros, los más, los que no estaban ligados a esa preeminencia, a ese vínculo directo internacional, los otros, en la base, no podían acostumbrarse a hacer siempre solamente, el rito, la asamblea, la tarea, la actividad, el curso.

Los otros, los más, todos aquellos que habían llegado al Partido, con la idea de que ese era el filo de la navaja, de que allí, en el comunismo, estaba lo más cortante, lo más radical de la sociedad. Toda la militancia nueva del Partido, que venía siempre con angustia revolucionaria, ellos necesitaban, como fuera, una opción real y propia del poder.

He allí la tragedia. Allí está el secreto profundo que le explica a usted por qué, en el movimiento comunista mundial, mientras en lo alto, la "nomenclatura" internacional, era un mundo aparte y tranquilo, una suerte de masonería que afiliaba, con nombres propios, a unos pocos millares de "secretariados", unos en el poder y otros en el turno del poder. El secreto que le explica por qué, mientras esto ocurría arriba, abajo, en la tierra, en la vida de cada partido en cada país, había tal capacidad de heroísmo comunista, tan alta cuota de sacrificio y de dolor.

Escribo el testimonio de esta tragedia de miles de comunistas colombianos que dieron la vida por

el derecho a vivir dignamente, es decir, por lo que creíamos una opción del poder popular, una opción real de la democracia.

Y ciertamente no tengo nada contra los hombres, contra esos personajes que, en mi partido, pertenecieron a la "nomenclatura" internacional comunista, al eterno secretariado, pocas veces renovado. Los conocí bien. Eran gente limpia y me enseñaron mucho en la vida.

Otra cosa es que esa masonería de que hablo, a la cual pertenecieran, se perdonara siempre cualquier crimen a favor de la unidad, tal como ocurre con las masonerías tradicionales del capital. Y en esta apreciación vale la pena recordar la opinión humanista de Marx que aparece en el prólogo de la primera edición de El Capital, dice: "No he pintado color de rosa al capitalista y al terrateniente. Pero aquí no se trata de personas, salvo en la medida en que son personificación de categorías económica y puntales de intereses de clases determinadas. Mi punto de vista, añade, según el cual el desarrollo de la formación económica de la sociedad es asimilable a la marcha de la naturaleza y la historia, puede, menos que ningún otro, hacer responsable al individuo de relaciones de las cuales es socialmente la criatura, haga lo que hiciere por desprenderse de ellas".

Y ahora me propongo narrar paso a paso, mi propia experiencia sobre la "tragedia" de que vengo hablando. La acción concreta, metódica, incansa-

ble, de las militancias comunistas en mi partido, por el poder, por una cuota de poder inclusive, por acceder al poder, acá, en la tierra, independientemente y a menudo en contra de la trama, del sistema de esperar "turnos" en la "nomenclatura" comunista mundial.

Mi respuesta usual, a la muchacha cursillista, recién reclutada al partido: "Los comunistas sólo buscamos eso, el poder, nada más que el poder pero tampoco nada menos".

Y toda la historia del Partido Comunista Colombiano no fue sino esta: una sucesión interminable de rompimientos, de deserciones, a veces masivas, de los llamados grupos "extremistas", que proclamaban o soñaban o descubrían realmente alguna coyuntura de poder, con el nombre convencional de "situación revolucionaria" y entonces, a veces apoyados por las disidencias internacionales, de China, de Cuba, etc., se enfrentaban a la "nomenclatura" ortodoxa y eran expulsados y estigmatizados.

Me propongo hacer la historia del poder en la militancia partidaria.

Un comunista, decíamos nosotros en cualquier asamblea o conferencia o curso, un comunista es alguien que tiene aquí, siempre, entre ceja y ceja, el poder. Que no da puntada sin hacer nudo, que si sale a la huelga, o al mitin o a la marcha o a la toma de tierra tiene una sola mira, una sola idea fija, el poder. Se trata de una acción, así sea la más pequeña, hacia

el poder, de una simple acumulación de fuerza, del entrenamiento, de la escuela del poder.

La huelga obrera fue siempre, ya desde el siglo XIX, pero sobre todo en este siglo, el mayor acicate de la producción y de la productividad capitalista, fue sin duda alguna, el instrumento más dinámico para el desarrollo y la universalización de este sistema. Si el agua no se pudre en su fuente vital, en la moderna industria, si se mantiene viva, si allí se genera el tránsito decisivo a la tecnología microelectrónica y a la automatización flexible, todo esto se produce, con mucho, por la huelga obrera.

Y sin embargo, la huelga se propuso siempre lo contrario: Ser el laboratorio de la insurrección para liquidar el capitalismo, para demoler el dominio del capital. Y en definitiva ella fue la armazón efectiva de las dos revoluciones del siglo XX, las revoluciones rusas de 1905 y de 1917.

Y ahora el testimonio:

¿Cómo era verdad o cómo fue un hecho, en nuestro país, la opción del poder para los comunistas en función de la huelga obrera?

¿Cómo la vivimos nosotros?

A veces escribimos pensando o escrutando más en el futuro que en el pasado. Por ejemplo nos preguntamos: ¿En qué forma, en el próximo siglo, volverán a ser válidas opciones de poder como esta, de la huelga obrera, que influyeron tanto toda la vida social del siglo XIX y del XX?

¿De qué manera se va a re-anudar el nudo que ahora se está desatando en la historia?

¿Cómo palpamos, cómo asumimos la huelga en su función de germen del poder, acá, en nuestro país? ¿Qué verdad fue esto para nosotros, para nuestra generación?

Recuerdo la primera huelga que viví como comunista. Fue en un ingenio azucarero del Valle del Cauca al final de los años cincuenta.

Las plantaciones de caña del Valle y su beneficio industrial no tenían nada que envidiarle en esos tiempos, poco después de la Segunda Guerra, a las bananeras de Centroamérica o del Caribe a principios del siglo. Eran tierras donde el capital montaba, sin más ni más, un equipo industrial del siglo XX encima de un entramado o un tejido social perteneciente al siglo XVI o XVII, cuando la colonia española.

Un episodio casual, ocurrido precisamente en los días de la huelga, puede apoyar esta caracterización nuestra.

Sucede que un hacendado de la región, secretario del gobierno departamental, lleva a la Asamblea un proyecto de ordenanza por medio del cual se debe confinar a los negros corteros de caña en determinadas zonas urbanas.

Por supuesto la providencia no pudo entrar en debate porque alguien le explicó a tiempo al funcionario que ella no era constitucional desde hacía siglo

y medio, o sea desde que se había creado la República, en 1821.

Pues bien, precisamente en el curso de esta huelga, los negros corteros de caña, que eran mayoría en el sindicato, tuvieron el oficio de parar el mundo entero: las plantaciones, los trapiches, las calderas. Aplicando a su favor el principio feudal, según el cual no se mueve una hoja del árbol sin la voluntad del señor, la "negramenta" montó retenes en forma que el dueño mismo del Ingenio necesitaba salvoconducto para ingresar al predio.

Sin embargo, lo que más me impactó, como señal de poder, fue que allí no se trataba sólo de parar el establecimiento. También los obreros tuvieron que dirigir y controlar la producción en determinados espacios. Por ejemplo, es obvio que las vacas lecheras del Ingenio no pueden hacer huelga.

Era así como adquiríamos los comunistas el sentido o el tacto del poder, del poder como ruptura o como asalto.

Era la antigua escuela obrera del poder, renovada constantemente.

Siempre aprendimos a mirar el poder a través de esta rendija. Siempre fuimos el partido huelguista. El de la noticia de la huelga. Teníamos el olfato de la presa. Allí estábamos siempre, los comunistas, de una u otra manera, cualquiera que fuera el dueño del paro. En una cocina de huelga liberal o cristiana o de la "ultraizquierda", allí estábamos nosotros.

Sin embargo, la huelga obrera sólo mostraba toda su agalla, todos sus arrestos de poder, cuando alcanzaba a saltar los muros de la fábrica y a meterse en las calles, en las plazas, en las barriadas urbanas.

Recuerdo también exactamente la primera vez que asistí a este suceso. Me parece que fue ayer no más. La primera vez que me tocó ayudar para que una huelga obrera calentara toda la ciudad.

Fue en Cali, en 1958. Con ese fin echamos mano a un recurso extremo, la "huelga de hambre". Entonces la encabezábamos, como solidarios, tres agitadores profesionales: Dos liberales, un viviendista y concejal local, Alfonso Barberena y un parlamentario y poeta popular, Natanael Díaz. El tercero, un comunista.

Esa vez no hubo que esperar mucho tiempo. Antes de que se acabara el primer día, la noticia había alzado medio mundo. Constantemente llegaban largas romerías de los barrios populares al cuartel de la huelga. Y de pronto estas delegaciones comienzan a transformarse en columnas de manifestantes que van aligerando las calles de vehículos y cerrando a empujones los almacenes, los bancos, las oficinas. No puedo olvidar la facilidad con que la muchedumbre alzaba en vilo los últimos automóviles que no alcanzaron a escapar, para subirlos a los andenes con todo y conductor y pasajeros.

Todavía estaba allí, en el aire, en la atmósfera de Cali, la otra huelga, aquella que fuera organizada al

derecho, es decir, desde arriba, por los industriales, para echar por tierra, en 1957, una dictadura militar. Y la gente creía que sólo se trataba de voltear la torta, o sea, de hacer lo mismo pero al revés, desde abajo.

Recuerdo un momento de esta faena, cuando ya comenzaba a anochecer. Entonces nos desplazábamos a examinar un territorio descuidado, el de la "gente bien". En esa hora el paro era total. Nada en la ciudad hacía su curso normal o natural, nada ni nadie cumplía su itinerario. Y de pronto, al atravesar el puente, miramos el río y nos reímos: el río se negaba a parar, seguía su curso como si nada, normalmente.

Después, durante mucho tiempo, hasta la década del ochenta, la dinámica de los paros cívicos en pueblos y ciudades intermedias fue tomando fuerza en una progresión casi geométrica.

Recuerdo que a menudo hacíamos en los cursos políticos esta estadística: para los años sesenta se cuenta un municipio en paro cívico cada año, en promedio. Luego, para los inicios de los setenta, ya tenemos uno al mes y al finalizar se cuenta uno cada semana. Entonces, en los ochenta, los paros cívicos alcanzan a cubrir un municipio cada día, 360 por año.

Así durante todos estos años, millones de colombianos, sobre todo en pueblos y ciudades intermedias, se alimentaron de esa mística de la huelga obrera que educa a la ciudad con el civismo del paro.

Sin embargo, todo esto que reconstruyo ahora, la huelga como pedagogía insurreccional de la ciudad, la huelga salida de madre, sacada de la fábrica a la calle, toda esa prefiguración del "asalto al poder", que venía desde muy atrás, en la historia del Partido, desde los tiempos del "putshismo" cuando la "masacre bananera" de 1928. Desde esos tiempos cuando todo aún era "Octubre", todo ello nunca tuvo arraigo de poder real, nunca se cimentó.

La prueba es que al finalizar la década del ochenta ocurre que el mecanismo oficial de la justicia privada paramilitar, logra borrar del mapa prácticamente el movimiento cívico nacional.

Es esta la experiencia de la opción de poder en función de la huelga obrera. En realidad más que opción fue sólo una ficción de poder.

Y ello por dos razones de la historia colombiana contemporánea.

Una, el hecho de que en Colombia el movimiento sindical tardó demasiado tiempo en cortar el cordón umbilical que lo unía al Estado en forma que la huelga no alcanzó jamás la independencia suficiente para poner en riesgo la solidez del "establecimiento". Otra, porque el Partido Comunista nunca llegó a la ciudad realmente aquí, en Colombia, nunca logró urbanizarse en forma de tener arraigo importante en los sectores medios de obreros y empleados. Fue ante todo el partido de colonización

de frontera y de las migraciones en los barrios marginales en la ciudad.

Por eso, por esta razón, si el camino comunista del "poder obrero" en Colombia no se define a través de la huelga urbana, en cambio sí existe un verdadero aprendizaje del poder entre "las bases" o el pueblo del partido, ya no como esa "rendija de luz", como prefiguración de poder, sino como cotidianidad, como costumbre.

Fue así la historia. PCC en definitiva, en cuanto a lo que significa política, es decir, a la tarea del poder, siempre quiso decir aquí partido comunista campesino. El aprendizaje real de poder nunca estuvo, entre nosotros, en la fábrica o en la calle. Estuvo en el monte: El poder local, agrarista, fue nuestra única escuela real de poder.

Pero, ¿cómo estaba construida la escuela? Por ejemplo viví mucho en regiones agrarias del Partido donde a lo largo de décadas la Fuerza Pública no cruzaba la frontera sino para recibir delincuentes de manos de la "justicia" privada partidaria. Ellos recibían uno que otro asesino pero los más eran ladrones de ganado. Más allá de la frontera, hacia adentro, por los caminos o atajos interiores, muy de tarde en tarde también entraban ellos.

Pero esas incursiones policivas ciertamente no valían la pena ya que la Fuerza Pública iba presa por una mano invisible en todo su recorrido. Paso a paso la noticia le sacaba ventaja a la patrulla. Todo el

tiempo le hacía ventaja antes de que llegara a cualquier meta. Allí desaparecía el Estado ahogado por la falta de aire. Más de una vez me tocó ver estos uniformados, verlos, así, acosados, como queriendo tener ojos en todas partes.

Y cuando el Estado, siempre tarde, se empeñaba en hacer borrón y cuenta nueva, usando la política yanqui de tierra arrasada, entonces el poder local, que estaba en crisálida, saltaba y se hacía adulto, transformándose en guerrilla móvil.

De todas maneras era el mismo Estado el que ponía e incubaba los huevos de esa futura guerrilla. En primer lugar porque el Estado metía el desorden dejando la tierra a merced del hacendado, el cual, con ayuda de la violencia paramilitar, corría cerco por encima de baldíos, colonizados o incultos, lo mismo que por encima de resguardos. En segundo lugar porque sólo el campesino o el indígena, organizados por el Partido, salían, las más de las veces, a enfrentar el despojo o a buscar el rescate de la tierra.

–¡Mi Dios santo!, mire camarada, ve esas veraneras allí, entre el rastrojo, ¡en el puro monte! Pues le aseguro que esa es la tumba del Emilio. Allí deben estar también sus huesos.

El compañero dijo esto casi gritando y propuso ahí mismo que nos bajáramos del campero a escarbar la tierra. Hacía más de diez años la violencia lo había espantado de esa zona y al último agregado

que asesinaron en su finca fue a Emilio Barón. Por más que todo había cambiado, al consolidarse la hacienda, allí, el tipo se estaba ubicando certeramente.

Desde entonces cada que recorro el campo colombiano, por cualquier lado, encuentro tumbas. Casi siempre la guía es esa, las flores familiares, caseras, las veraneras, los tulipanes, los júpiter, entre el monte. Las haciendas ganaderas, sobre todo en las vertientes y "pie de montes", no parecen ser sino cementerios de finqueros.

Alguna vez viajaba con un amigo escultor por las vecindades de Popayán, en el alto Cauca. El hombre estaba maravillado porque las faldas verdes de las sierras descendían en gradería, en terrazas sucesivas. Entonces comenzó a hablar de las "pirámides escaladas" naturales y cosas por el estilo. Así que tuve que detenerlo a tiempo, antes de que tomara vuelo, diciéndole que se trataba de la tumba de algún resguardo indígena donde las terrazas contra la erosión, para cultivo de papa, estaban cubiertas de hierba.

El Partido peleó siempre por devolver la rueda, poniéndole sitio a la hacienda, invadiéndola. Y tuvo éxito. Y esta fue nuestra verdadera escuela de poder, la enclave comunista en el campo.

Estudiando historia patria de finales del siglo XVIII, vísperas de los comuneros, uno está tentado a creer que los palenques de negros alzados o cimarrones, también enclaves autónomas, entonces dentro del Estado español, y que iban desde el Llano y el Caribe hasta el alto Cauca, está a punto de creer uno que había algún correo de brujas entre estas primitivas "repúblicas independientes", de manera que funcionaba allí una suerte de articulación conspirativa.

Seguramente nada de eso hubo entonces. Pero sucede que la historia es terca y una y otra vez vuelve a las andadas. Lo que no lograron en su tiempo los esclavos alzados, lo lograron más tarde los campesinos comunistas. Sin embargo, lo que nos importa es lo siguiente: ¿Cómo se logró la articulación de estos "poderes locales" comunistas en forma de que se creara, a partir de allí, alguna opción real de poder ya no local sino nacional?

Porque el poder nunca fue, en el Partido Comunista Colombiano, un plan, o una carta de viaje. Nunca fue una estrategia desprendida de alguna teoría. Nunca fue el proyecto concreto desde arriba. Ya lo hemos dicho, la "nomenclatura", como grupo internacionalizado, andaba en otro mundo. Por eso aquello no ocurrió nunca. El poder real fue sólo una costumbre, entre las bases campesinas partiendo del Partido, una costumbre del "poder local".

Pero ¿cómo se fueron amarrando unas a otras las enclaves?

Las primeras, en el altiplano de la cordillera oriental, las segundas en el Llano, en los Santanderes, en Urabá?

Alguna vez un compañero "camilista", de esos que se amargaban la vida simplemente porque hubiera elecciones y la gente saliera a votar, así no fueran muchos, un compañero de estos vino y me pidió que le mostrara unos mapas míos en papel calco.

–Camarada, me dijo, buscando ganarme de mano, yo no tengo prejuicios. Y a mí me han hablado de que usted está preparando un libro y tiene para eso unos mapas sobre guerrilla y elecciones.

Y la verdad es que se trataba de algo muy obvio pero que había hecho carrera a raíz de una charla mía en alguna universidad. Eran unos mapas en papel calco, que, al sobreponerlos, ilustraban claramente una situación peculiar en Colombia entonces. Se trataba de que las balas y los votos de la oposición de "izquierda" venían coincidiendo, o correspondiéndose hacía años. A medida que se iban oscureciendo en los mapas las convenciones que indicaban zonas de candela, también se apretaban las señales de la participación electoral de la oposición.

De todas maneras el argumento gráfico lo puso a sufrir porque para él los votos eran una verdadera maldición de Dios.

Sin embargo, para nosotros, los comunistas, los votos eran muchas veces el enlace de la guerrilla. Eran, por ejemplo, un medio para hacer rendijas en los cercos militares. En realidad fueron la forma primaria de articulación de los pequeños poderes

locales. Y es precisamente aquí, en esta articulación primaria, de poderes locales, a través del voto, donde toma cuerpo el famoso esquema de la "combinación de formas de lucha".

Un esquema en cuyo sustento ideal evidentemente está ese regusto que tenía el Partido por las contradicciones puras o mistificadas de Mao Tse Tung, tales como aquella famosa de "La Dictadura de la Democracia Popular".

Sin embargo, la segunda y verdadera articulación de esos "poderes locales", hacia un poder con cobertura nacional, vino a hacerla la guerra. Esa movilidad increíble de la guerrilla sedentaria y agrarista a que diera origen la política oficial de tierra arrasada, aconsejada insistentemente por los asesores norteamericanos.

Y fue más tarde, con las "marchas campesinas" empujadas y orientadas inicialmente por la guerrilla fariana. Fue mucho más tarde, a partir de la marcha multitudinaria que llega a Neiva en el Alto Magdalena, desde la vertiente del Amazonas, en 1980, cuando la vida misma empezó a atar cabos, cuando las dos historias comunistas: La del poder local, enraizado en la colonización armada y la otra, la antigua, la de la huelga que se sale de madre en el paro cívico.

Entonces, por primera vez en la historia del Partido, aparece la opción del poder como algo que ya de alguna manera puede aproximarse a la ciudad.

De allí que, poco tiempo después, en 1982, una conferencia del partido armado, en las FARC, utilizando una imagen harto campesina, diagnosticara que en el país "existen asomos de una situación revolucionaria".

Y dos años más tarde, en 1984, es un congreso del Partido el que concluye por primera vez, en sesenta años de existencia de la organización, que efectivamente existe la posibilidad de una "situación revolucionaria".

Pero ya era demasiado tarde.

Precisamente en ese año, en 1984, recuerdo que yo tuve el primer campanazo, la primera voz de alerta del derrumbe del socialismo real, del llamado "poder obrero".

Ello ocurrió con ocasión de un curso sobre sindicalismo. Entonces yo estaba explicando al grupo la relación histórica entre la huelga y la génesis misma del movimiento obrero.

–Camaradas, dije, en realidad podemos afirmar que la huelga es el pulso mismo del obrerismo. Y añadí, palabras más, palabras menos: Ustedes quieren saber si una persona está viva, pues bien, por favor, lo primero es el pulso. Tómenle el pulso. Si hay huelga, huelga sostenida, recurrente, hay clase obrera, hay movimiento obrero. Ese es el pulso.

Tomemos un ejemplo ilustrativo: En Colombia ya existe la clase obrera a partir de 1912. Y ello por el "pulso". Sucede que a partir de esa fecha los

periódicos empiezan a reseñar la existencia de huelgas con alguna continuidad, o sea, desprendiéndose unas de otras. Entonces tenemos ya la señal, el pulso obrero. Así que la "clase" obrera existe, ciertamente, desde entonces, en nuestro país.

Y fue a esta altura de mi conferencia cuando una pregunta de alguno entre el grupo me dejó desconcertado. Porque era el alerta, el campanazo. El compañero dijo así:

–Camarada, de acuerdo con la explicación suya, el único país socialista, donde la clase obrera está viva hoy, es Polonia y agregó: porque allí la huelga recurrente de que usted habla, ya lleva más de cuatro años.

Recordemos: Después vendrían las huelgas masivas insurreccionales contra la "nomenclatura" en todos los países de Europa oriental. Lo que duraría 10 años en Polonia se iba a tomar diez meses en Hungría, diez semanas en Alemania, diez días en Checoslovaquia y sólo diez horas en Rumania.

Los pueblos del "socialismo real" no habían aprendido en vano la lección comunista de la huelga como opción de poder, de la huelga insurreccional, heredera de las jornadas en 1905 y 1917 en Rusia. Así que la usaron precisamente para ajustar las cuentas con la "nomenclatura".

De manera que la huelga obrera, como arma y opción de poder comunista, vino a cumplir, al fin de cuentas, sólo dos misiones después de octubre y hasta final del siglo: Una, obligar al capital a escul-

carse hasta los huesos, hasta lo más hondo, en todas las posibilidades de desarrollo del propio sistema. Otra: echar por tierra la "nomenclatura" que usurpara el puesto del poder obrero.

¿Qué era el poder en el Partido?

Para los comunistas toda la pedagogía del poder era octubre.

Octubre había sido Rusia pero era China y era Cuba. Octubre, o sea, el poder como asalto y el socialismo como confiscación. Ese fue nuestro destino y nuestro credo.

Recuerdo con pelos y señales a la primera persona que me contó esa historia. Yo tenía sólo diez años. El tipo era un artesano que fabricaba escobas en una enramada, casi a la intemperie engrapando a martillo, una por una, cada cinta de paja. Me contaba no solamente la "revolución Rusia" (nunca dijo la revolución rusa, sabrá Dios por qué), sino también las andanzas de María Cano, de la "Flor del Trabajo". Eran los años veinte. Entonces por primera vez oí el nombre de Lenin.

El primer texto de Mao Tse Tung que llegara a Colombia lo recibimos nosotros clandestinamente, en 1950, en traducción al inglés, de manos de un marinero norteamericano. Entonces leímos por primera vez con fruición aquello de que el "poder está en la boca del fusil".

¿Qué fue el poder en el Partido, el poder para los comunistas?

Por ejemplo los comunistas aquí en Colombia, como en cualquier país del mundo, teníamos un culto especial, realmente religioso, por las elecciones, es decir, por la vía tradicional y más avanzada del poder burgués. Recuerdo que nos pasábamos la vida leyendo y enseñando un prólogo de Federico Engels, escrito en 1895, para la edición póstuma del libro "La Lucha de Clases en Francia", de Carlos Marx.

En este prólogo, Engels mostraba fehacientemente que la "clase obrera" puede y debe rescatar, de manos de la burguesía, el poder por la vía del voto, por el mecanismo pacífico electoral. Incluso el texto terminaba con una invocación cristiana que no puedo menos de copiar aquí. Decía así:

"Hace casi exactamente 1600 años, actuaba también en el Imperio romano un peligroso partido de subversión. Este partido minaba la religión y todos los fundamentos del Estado, negaba de plano que la voluntad del emperador fuese la suprema ley: era un partido sin patria, internacional, que se extendía por todo el territorio del imperio, desde la Galia hasta Asia y traspasaba las fronteras imperiales. Llevaba muchos años haciendo un trabajo de zapa, subterráneo, ocultamente, pero hacía bastante tiempo que se consideraba ya con la suficiente fuerza para salir a la luz del día. Este partido de la revuelta se conocía con el nombre de los cristianos".

El ejemplo más impresionante de este culto comunista por la "vía pacífica" al poder, a través de

elecciones, lo vimos, lo vivimos, en 1970, cuando una reunión mundial de partidos comunistas, la última, creo, se encontró con el hecho del triunfo del Frente Popular en Chile, llevando a la presidencia de la República a Salvador Allende.

Entonces el delegado chileno, Corvalán, primer secretario del partido comunista de ese país, recibió una ovación mucho mayor que la del delegado vietnamita, que, en ese momento, sin duda alguna, estaba asegurando la victoria militar contra la intervención norteamericana.

¡Qué dura paradoja! Porque nosotros, los comunistas, nunca consolidamos ningún poder estable, en ninguna parte del mundo, que no fuera concebido y realizado como ruptura, en la escuela de la huelga insurreccional y que no tuviera como garante la guerra.

UN PAIS DE PROPIETARIOS

–Camarada Jonás, nos dijeron que ya usted logró parar su rancho en la invasión, de manera que ahora sí podemos hacer allá la reunión de la célula, ¿verdad?

–Mire, camarada, lo que ocurre es que apenas he podido armar una pieza. Pero estoy ya para armar la otra. Entonces tengo pensado así: la una queda para la familia y la otra será para las reuniones del Partido.

–Camarada Jonás, óigame, sabemos que usted ya logró cuadrar las dos piecitas, entonces ahora sí podemos hacer la reunión en su casa.

–Mire, camarada, lo que usted no sabe es que estoy de buenas. Ya tengo otro lote en la invasión y estoy edificando para asegurar la posesión. Entonces tengo pensado esto, una casa para la familia y otra para las reuniones de la célula. Eso es lo mejor. Así vamos a estar más tranquilos.

–Camarada Jonás, por favor, óigame, como usted ya logró construir el otro rancho, entonces ¿qué nos dice? Será posible al fin hacer allá la reunión.

–Mire camarada, ya tengo es pena. Hace tiempo que ustedes vienen insistiendo en esto. Pero resulta que esa otra casa he resuelto dejarla para renta, porque estoy cuadrándome ya otro lotecito. Entonces he pensado más bien lo siguiente. Una casa para la familia, otra para poder vivir más tranquilo, con el alquiler, y la otra, la que le tengo puestos los ojos, para el Partido.

Y fue así como al camarada Jonás se lo tragó la ballena.

Cuántas veces nos reíamos nosotros con esta historia a costa del camarada Jonás. Pero nunca lo hicimos con rencor. No. Nosotros queríamos eso, que la gente tuviera su tierra, un lote, una vivienda propia. Y si acaso el compañero lograba hacerse a otro lotecito u otros, tanto mejor. Al camarada Jonás "se lo tragó la ballena", significaba otra cosa, por ejemplo, que cambiara el Partido, por eso, por el puro negocio, por la ambición.

Pero por la tierra no. Nosotros veníamos de allá, del fondo, de lo hondo, del partido de los campesinos propietarios. Eramos en la ciudad, la punta de lanza de los exiliados, de los desterrados, de una vasta operación de desquite por medio de las invasiones urbanas. Era algo así como la segunda fase de colonización en nuestra historia.

Además la tierra en la ciudad, aún más que en el campo, era un hueco que le abríamos al capitalismo. Una especie de "hueco negro" con poder de atracción para la plusvalía social. Un lote de tierra cualquiera, así fuera pequeño, con el paso del tiempo, más allá, más adelante, con pocos años, era la alcancía para ir recogiendo un impuesto al progreso o al desarrollo urbano.

La preocupación más constante de una ocupación y loteo de tierra en los suburbios era el título de propiedad, o sea, sanear la posesión.

La tierra teníamos que hacerla a menudo, como se hace un barco, para poder habitarlo. Y, sin embargo, había que comprarla después y no hacerse problema por esto.

Una vez le teníamos puesto el ojo a un lago al cual inclusive venían los pescadores. Lo habíamos vadeado y sabíamos que por ninguna parte era hondo y tenía un suelo duro. Sólo había que "hacer el barco", o sea, taparlo con tierra, con basura, con desechos.

Fue una operación vertiginosa, una suerte de invasión donde la tierra misma era la invasora. Algunos traían tierra en ollas o en bateas, otros, más pudientes, en carretas y algunos en zorras de caballo o camiones. Sobre el lago echábamos el mundo encima, lo que hubiera de sólido en cuadras a la redonda. Y a la medida del relleno periférico, a medida que se iba comiendo agua y asentando piso,

se paraban los ranchos, tapando el viento y la lluvia como fuera, con embutidos, con tejas de asfalto o con papel simplemente.

Recuerdo la inauguración de la "casa de la cultura" en el centro del pantanero, todavía la tierra burbujeante, todavía tembleque la cáscara de tierra que había tapado el lago.

Para dejar libre el lote de la "casa de la cultura" siempre se hacía asamblea de los comuneros y se preguntaba: –¿Ustedes qué prefieren, compañeros, que dejemos el lote para iglesia o para "casa de la cultura"?, a lo cual el líder agregaba con gran sabiduría: Ustedes saben que en los barrios vecinos hay iglesia pero no hay casa de la cultura, entonces resolvamos, ¿qué prefieren ustedes? De todos modos era necesario aliviar los escrúpulos de los creyentes más obstinados.

Y recuerdo la inauguración (era apenas una ramada, un cobertizo sin paredes y piso de tierra) porque ese mismo día llegaron los dueños legítimos del terreno, es decir, del antiguo lago.

Como siempre venían en son de paz. Traían el funcionario y los policías y el plano y la escritura.

–Nosotros no queremos problema, dijeron, venimos a colaborar para que ustedes tengan su título.

Entonces una camarada novata, no veterana en estas lides, empezó a armar problema preguntando cuál tierra estaban reclamando los señores. ¡Porque aquí lo único que había era agua!, dijo. Y empezó a

azuzar sugiriendo que lo que se merecían los visitantes era una bañada.

Realmente era una situación difícil para nosotros. Pues no podía ser que se perdiera la oportunidad, que fuera calva también esta vez como la pintan en el refrán popular, o sea, que no hubiera por dónde agarrarla.

Era el momento preciso de negociar el precio del suelo porque todavía la gente estaba en bloque, porque estábamos en la cresta de la ola invasora. Sabíamos que apenas comenzara a asentarse el movimiento y cada cual sintiera sólida su posición, empezaría la división y luego cada cual a negociar por su lado.

Invadir no era rescatar la tierra. Eso era la consigna o la idea. Invadir era presionar un negocio, una compraventa barata.

¿Cómo detener o sortear la "provocación"?

Nosotros llamábamos "provocación" en el Partido a casi todas las reacciones espontáneas.

A menudo se presentaba esta clase de situaciones "extremistas" con las mujeres. Pero había que sortearlas con cuidado. Porque nunca se nos ocultaba que en la hora del filo, cuando hay que romper, cuando hay que saltar el primer quicio, siempre se necesitaba una mujer. Casi nunca "el valiente" estaba entre los hombres. El abanderado, en las invasiones, aquel que era capaz de clavar la bandera, allá, adelante, en la zona de riesgo, era una mujer casi siempre.

¡Cómo hago para olvidar a Teresa en la invasión de la "Isla"! Estaba preñada, con una barriga que clamaba al cielo. Me dijo: – Camarada, ¿qué hacemos, qué podemos hacer? Teresa era como Dios, siempre estaba en todas partes.

Pero allí, en ese momento, el cerco era absoluto. La tropa había copado todas las posibilidades. Sin embargo, no sé cómo, Teresa, apuntando con su vientre como un cañón saltó la barrera de los fusiles y se encaró directamente con el oficial de mando.

–Perdone señora, le dijo el tipo, haciendo lo peor que puede hacer un militar en estos trances, dar razones. –Perdone, pero ustedes saben que éste es un terreno destinado a dar empleo a ustedes mismos, es la zona para industria pesada.

Entonces la camarada tomándose el vientre inmenso con ambas manos respondió casi a gritos.

–Mi teniente, y usted qué cree, usted cree que hay una industria más pesada que ésta, ¡que criar hijos!

Así las mujeres frecuentemente decidían y ganaban las treguas por su valor. De manera que con ellas había que tener mucho respeto.

Nosotros los comunistas nunca hicimos otra cosa en este espacio fundamental, el de la tierra, que meterle por dentro aire al capitalismo, que redistribuir la propiedad sobre este medio de producción esencial. Como si nuestro destino o nuestra misión fuera ese: hacer un país de propietarios.

Lenin nos había enseñado que el pueblo ruso, en su tiempo, sufría más por el escaso desarrollo del capitalismo que por el mismo capitalismo. Y nosotros aplicábamos la lección en Colombia sin vuelta de hoja. Nos dedicábamos a esa tarea: desarrollar el capitalismo.

A "la tierra para el que la trabaja", nuestra consigna en el campo, añadíamos ahora la otra, la de los migrantes urbanos, la "tierra para el que la habita".

El "socialismo" era otro paseo. Era algo del más allá. Algo que el campesino, ahora tuguriano migrante, sentía como una nueva versión del antiguo "cielo" cristiano que trajeron acá los españoles, hace 500 años.

Así que ese socialismo del "más allá" estaba muy aclimatado al alma de nuestro pueblo y las sectas protestantes acudían siempre con increíble tenacidad, a refrescar el antiguo mito doctrinero católico. Recuerdo, pero no atino a precisar el nombre, un "secretario de zona" evangélico, que en los mítines siempre comenzaba su discurso diciendo: ¡Camaradas y hermanos míos! El "socialismo" era lo otro, era después de la ruptura, luego del fin del mundo.

El partido había estado durante largos años en el campo desamarrando la tierra de sus viejos lazos feudales, rompiendo ese antiguo amarre por las orillas, invadiendo fronteras de latifundio. Abriéndole paso a

la formación de burguesía rural, o sea, la forma más segura del desarrollo del capitalismo. Ahora llegaba a la ciudad, en oleadas sucesivas, a la vanguardia de los migrantes y reiniciaba la misma historia.

Nuestro movimiento pro-vivienda tenía dos orientaciones, una era salir del tugurio, o sea, organizar la parcelación con un plan previo o diseño urbano y módulos para la autoconstrucción de viviendas. Otra era la de prever y asegurar la legalización de la propiedad privada.

Pero yo no quiero dejar un cabo suelto en este discurso, quiero insistir en el papel de las mujeres invasoras.

Recuerdo a Mercedes. Debo citar su nombre con mucho respeto. Siempre estaba en la línea de fuego, en los trances más difíciles, en ese lindero donde se perdía o se ganaba todo.

–Camarada Mercedes, le dije una vez. Estábamos en el exterior, en una casa vacacional de descanso.

–Camarada, explíqueme, usted ha luchado toda una vida contra los inquilinatos. Bueno, digo yo, contra todo lo que sea pago de alquiler. Oigame lo que le voy a decir y no lo tome a mal. Hemos luchado siempre por eso: porque la gente tenga su rancho, su casa propia, porque no pague arriendo.

–Sí camarada, y eso a qué viene, me contestó, agarrando en el aire el hilo que yo llevaba.

–Usted sabe, camarada, me refiero al hecho de que usted tiene ahora el plan de volverle a subir el arrendamiento a sus inquilinos allá en el barrio.

La camarada se rio casi a carcajadas. Se reía de mi ignorancia, de mi teoricismo, no sé, de todo eso. Ella había logrado echar un segundo piso en su vieja casa de invasora y entonces pudo dejar para renta las habitaciones de la primera planta. Y en esto era metódica. Cada año puntualmente, reajustaba los cánones.

–Voy a explicarle, camarada. Mire, yo soy en eso muy estricta. Yo hablo con cada uno de mis arrendatarios cada que se va a vencer el contrato. Entonces les presento el plan que tenemos. Es que las cosas tienen que ser así. Les presento el plan, sea de una ocupación de tierra, o sea de una urbanización comprando lote. Todo esto tiene su riesgo y su lucha, usted sabe. Yo les presento el plan y les digo. –Compañeros, voy a subir el alquiler, ustedes escojan, o se meten al plan o pagan más. Porque yo si no voy a financiar que la gente se acomode. Yo no voy a regalar lo que he pagado con mi lucha para que ustedes no luchen. ¡Eso no!, seguro que no.

Y luego añadió, encarándome. Así les hablo yo a ellos y he conseguido mucho. Varias veces he cambiado de inquilinos organizándolos en un plan. A algunos les gusta luchar, otros prefieren pagar. Eso ya es cosa de ellos.

Nosotros nunca mezclamos el "socialismo" con la lucha por la tierra. Por lo menos no lo hizo nunca el verdadero "luchador". En eso podríamos confundirlos los "teoricistas" como nos llamara Mercedes. Pero la vida no, es decir la práctica del partido no. Allí no había confusión. Por eso jamás, ni el campo ni en la ciudad, nosotros, los comunistas, ensayamos formas de propiedad asociativa o cogestionada. Eso nunca. La idea concreta del socialismo, en el sentido de cambiar la propiedad privada de la tierra y otros medios de producción por formas de propiedad social y asociativa, esa idea nunca nos pasó por la cabeza. Nosotros construíamos el país de los propietarios y aún más, el país de los propietarios privados.

El socialismo era otra cosa, repetimos. Era el futuro estado obrero empresario. Por eso nosotros sólo podíamos ver y enseñar el socialismo a través del capitalismo de estado. Esa era, en cuanto a la economía, la rendija del futuro.

Por ejemplo a través de los Ferrocarriles Nacionales en toda la primera etapa de la vida del partido y a través de ECOPETROL en toda la segunda etapa.

Siempre fuimos, en este plano, esencialmente socialdemócratas. Siempre veíamos el futuro a través del capitalismo de estado. Sin embargo, con una diferencia. Nosotros creíamos que esa empresa estatal capitalista era sólo una escuela mientras ellos

la tomaban mucho más a pecho. Para ellos era ya el socialismo y sólo faltaba perfeccionarlo.

Nunca nos interesó intentar la experiencia de la propiedad solidaria o colectivista o cooperativa como vía al socialismo.

Recuerdo cuando yo me empeñé, en el experimento del cooperativismo, al mediar los años setenta. Realmente nunca pensaba en explorar por allí alguna forma alterna, de propiedad comunal o asociativa, frente a la empresa privada. De una parte por el inmenso desierto de la economía cooperativa en nuestro medio, pero, sobre todo por lo que venimos repitiendo insistentemente, porque, nosotros nunca pensamos el socialismo sin mediación del Estado. En este sentido la resistencia era radical o de principios. Socialismo era sólo política, era el nuevo poder, era la ruptura. Cualquier amago o intento de socializar la producción en micro, en pequeño, rescatando elementos tradicionales del trabajo comunitario, como la "mano prestada" o la "minga", era mirado con sorna. Cualquier experimento solidario por acercar el productor a los medios de producción en forma cooperativa o social, era como un idilio populista. Por esas razones, nosotros incursionamos esa vez, con resultados exitosos, en el campo del cooperativista sin ningún pecado o tentación socialista. Solamente buscábamos que las cooperativas fueran, en el campo, algo así como un

puente para pasar de largo por los retenes del Ejército o las acechanzas del paramilitarismo. Buscábamos con ellas ganar espacios de legalidad para otras acciones más realistas o fecundas. Y acá en la ciudad, el cooperativismo era sin duda una manera de explorar territorios nuevos para construir sindicatos. Teníamos un conflicto, la baja tasa de sindicalización industrial y estatal, es decir, que había poca materia prima para el "partido obrero". Entonces el cooperativismo permitía explorar canteras hasta entonces inaccesibles. El cooperativismo permitía ensanchar los linderos del movimiento agrario y sindical porque no espantaba a nadie ni alertaba mucho a los esbirros.

Sin embargo, y a pesar de tales ventajas tácticas, en el partido se montó guardia en ese tiempo frente al experimento cooperativo, alertando sobre las tentaciones de "socialismo utópico". Nosotros éramos los del "socialismo real", los "duros", se decía. Entonces no podíamos dar el brazo a torcer, no estábamos para hacer juegos de niños.

En realidad fue difícil la empresa y tuvimos que echar mano de la doctrina para defenderla. Mostrábamos cómo cooperativismo y sindicalismo habían nacido el siglo pasado como hermanos gemelos, en los tiempos del "Cartismo inglés" y ello con la bendición de Marx y Engels y argumentábamos que el divorcio de estos dos gemelos había sido muy posterior y como resultado de influencias extrañas

al obrerismo. Citábamos a Lenin en su abundante literatura favorable al cooperativismo.

Pero hay una verdad y es necesario confesarla: Nosotros nunca usamos este experimento para investigar posibilidades alternas, así fuera de puro laboratorio, en el sentido de socialización de la producción.

Para nosotros, acá en este mundo, en la tierra, lo único que había que hacer era propiedad privada, era salirle adelante al desarrollo capitalista, apurándolo, ampliándolo, sin agüero, sin vacilación. Tierra para el que la trabaja o la edifica. Y no más. Bueno, lo otro también, incluso a ratos era lo más urgente: cortar la torta en la fábrica o en el ingenio o en la mina, de manera que la tajada del salario se mantuviera o si acaso mordiera un poco más. Porque lo otro, la "redención" estaba más allá, fuera de este mundo, fuera del "valle de lágrimas". Era el "socialismo real".

Ahora uno se frota los ojos como cuando está encandilado por mucha luz repentina y le cuesta trabajo desacostumbrarse a lo oscuro.

Entonces uno coge un palito y comienza a hurgar otra vez en la misma tierra que lidió y conoció tanto. En la tierra de la vereda donde aún quedan los restos de la fortaleza, el trapiche derruido de la antigua casa de la hacienda, acondicionando como cocina y pesebrera y vivienda del colono. Comienza a hurgar de nuevo en el suburbio, a retomar la breña, el camino que anduvo tantas veces de otra manera.

¿Cómo puede uno dejar la tierra? Durante años y años, decenas de años, anduve y desanduve todos los andurriales de las colonizaciones del partido en campos y ciudades.

Nos queda de todo eso un tesoro, el amor, el reconocimiento inagotable de la tierra y de la gente.

¿Quién se arrepiente de haber sido comunista? Que se arrepienta el otro, el que se sentó la orilla del camino, el que no se equivocó nunca.

Yo pienso, es mi propio pensamiento, es mi idea, que hay que volver a empezar de otra manera.

Un hombre salió de su casa a buscar el tesoro anhelado, su salvación. Entonces recorrió el mundo. Y de pronto, por fin, encontró ese lugar, allí estaba el tesoro. Pero no era fácil creerlo porque otra vez estaba ante la puerta de su casa.

Yo creo en esto. Pienso que debemos volver a hurgar la tierra. Creo en el socialismo aquí. Quiero hallarlo acá. Pienso que todo el futuro está enterrado aquí mismo, que simplemente hay que hurgar la tierra de otra manera.

Sin embargo para este afán, para esta tarea, hay una condición o un imperativo inevitable. Necesitamos rescatar el pasado. Porque estamos condenados, inevitablemente a repetir la historia, en un camino o en otro, en un bache o en otro, sino la asumimos plenamente, sino la castigamos con la crítica.

Es fácil cerrar un libro, cerrarlo e incluso echarlo al cesto, pero eso no va con la historia, o la asumes totalmente o te sale adelante, en el camino.

El pueblo profesa una superstición que es clarividente, cree que el muerto está obligado siempre a "recoger sus pasos". Entonces espanta a sus hermanos y a sus vecinos. Muere para trasegar todas sus andanzas, para reaparecer por todos sus viejos y trillados caminos.

Yo escribo este libro con esta tradición popular. Recoger los pasos no significa repetir la historia sino cancelar con ella una cuenta pendiente. Significa enhebrar o enlazar todos los momentos de esa historia de manera que la trama quede clara.

Es esa la tarea.

–¡Camarada Nicolás, por allí, sí por allí, por la puerta! Me decía el guía en los caminos de "Viotá la roja", la más antigua colonización armada comunista.

–Pero camarada, esa es una casa de familia, le replico, por allí no puede ser.

–Por eso, éntrese a la casa y siga por allí derecho. Así cortamos camino, hágame caso.

Atravesamos juntos la casa, el corredor, el estar que hacía de comedor y alcoba a la vez, la gran cocina almacén y salimos al solar. El perro echado al pie de la hornilla nos miró sin desconfianza. Siempre tuve la sensación de que también los perros en Viotá distinguían a la gente del Partido. Y la verdad era que por allí, por esa travesía de la casa,

franca al caminante, se ganaba un atajo muy ventajoso para cortar camino.

De alguna manera había allí lo que ahora llamamos una forma de proiedad solidaria, así fuera sólo para darle una mano al caminante.

Sin duda había caminos en las colonizaciones armadas o pacíficas o de autodefensa comunista, pero la propiedad del colono, huertas, sembrados, potreros, era permeable y hospitalaria a toda clase de travesías y atajos con tal de que se tratara de la gente nuestra.

Sin embargo, en estas colonizaciones agrarias estaba la mata y la conciencia de ese país de propietarios privados que fue siempre nuestro principal programa. Era de allí de donde venía el agua al molino de las urbanizaciones parceleras, del hambre de tierra urbana.

Y no se diga nunca que esto no tuvo un sentido político en el Partido. Por el contrario, en las ciudades la tierra se convertía en votos, en base del parlamentarismo comunista y en el campo, además de esto, además de los votos por gracia de la tierra, hubo siempre la otra vía del poder local, los fusiles.

Pero jamás tuvo eso alguna intención de cruzar el lindero, de buscar formas comunitarias o asociativas para la propiedad del suelo.

Tengo un recuerdo impresionante sobre una conferencia regional comunista en una colonización campesina.

Sin duda era de la tierra más pródiga que pudiera hallarse. Lo observé, por ejemplo, para el almuerzo inaugural de la reunión. El compañero del casino envió a alguien en busca de la arracacha, que es la papa de los climas templados. El hombre regresó pronto y echó al suelo, a la vista de todos nosotros, una sola mata que se desparramó en tubérculos como en un metro a la redonda.

–Lástima que no hubiera una romana aquí para que el compañero Nicolás viera lo que es esta tierra, dijo uno de los principales.

Pero mi historia es ésta: La asamblea estaba integrada, con pocas excepciones, por campesinos exguerrilleros, en su mayoría bien entrados en años. Entre todos, unos treinta, podían sumar sus dos milenios, contando así, por encima. Así que era algo para irse con cuidado. Sin embargo yo tenía mi obsesión. Aprovechando recesos y comilonas, había inquirido por aquí y por allá, preguntando como quien no quiere la cosa, cuánta tierra tenía cada uno de esos dirigentes del Partido. Tierra buena, por favor!

Sumé y calculé y volví a sumar y encontré que el número total de hectáreas superaba con creces al de la edad colectiva. Pero esa no era mi mayor preocupación. El hecho que salía a relucir, una y otra vez en el debate, era la infiltración allí, en el enclave comunista, en la colonización, de terratenientes del otro mundo, por ejemplo de terratenientes "liberales".

Mi preocupación entonces era encontrar algún mecanismo radical para detener la invasión. En este caso no había sino uno. Intentar una suerte de reforma agraria interna, organizada por el propio partido. Pensaba yo, una reforma con todas las de la ley. Sin expropiación, naturalmente. Vender tierra de la colonia sólo a militantes del Partido, al precio comercial, pero con facilidades de pago en forma que la propia explotación pudiera cubrir costos con el tiempo.

Ni de lejos, ni por pienso, líbreme Dios!, pensaba yo en proponer un mal negocio o un abaratamiento del precio del suelo.

Pero cuidado, ellos habían ganado esa tierra así, abriéndose paso entre las balas. Vaya y tóquelos!

Siempre fue así la historia. Si usted quiere conocer el alma de un colono, de un campesino terrateniente vaya y póngale la mano en su cerco. Eso no. Si usted recorría esos caminos solidarios de la colonización comunista el guía, el camarada de la dirección regional, tenía su orgullo. Conocía cada lindero, donde comenzaba tal o cual propiedad y quién era su dueño. Y de pronto, cuando se salía de la colonia misma y se avanzaba lejos, a otros dominios, usted podía admirarse. Seguía reconociendo fundos no por la vegetación o el río sino por la marca del ganado. Era la marca de la tierra. Y su virtud y su dignidad de colono comunista estaba allí, en diferenciar fundos.

¿Qué voy a contar ahora? No es necesario contarlo. En aquella conferencia yo casi no alcancé, casi no acabo de esbozar mi propuesta de reforma agraria. Tuve que cambiar el tema, convencer a los camaradas de que hablaba de otra cosa.

–Camaradas, tal vez ustedes no me entienden. Estoy hablando de algo que ocurrirá después de la revolución!

Pero esos campesinos guerrilleros no eran tontos. Me oían y se miraban de tal manera, tan tenazmente, que a mí me provocaba desaparecer antes de terminar las explicaciones.

Era el partido comunista campesino.

Y este fue el secreto profundo, la raíz más honda, que explica por qué sobrevivimos siempre, aún en los períodos más empecinados de la violencia colombiana, siempre, sin romperse el hilo en ningún período o momento y sin el refugio del exilio en el extranjero.

No voy a olvidar nunca una noche en el internado de la montaña, en la "escuela nacional". Habían apagado el motor y se había asentado el ajetreo con el peso del sueño. Entonces un grito, todo restregado, corta la oscuridad:

–¡Mameeerto!

Silencio total y luego una carcajada general histérica. De allí en adelante el desenfreno corrió por todo el dormitorio.

–¡Mameeerto! y el chaparrón, –¡Mameeerto! y otra vez el delirio. En seguida se prendió el motor y

con la luz y la presencia del camarada director, un personaje imperturbable absolutamente, se restableció la calma.

No fue más. Pero al día siguiente, a la hora prevista para la "comisión de disciplina" se removió el avispero. Había mucha expectativa porque ya el director y todo el mundo sabía que el culpable había sido el camarada Nicolás.

Por una razón: el día anterior había tenido lugar en plena clase un episodio inusitado. Resulta que un cursillista discute que ¡él si no! que él no acepta provocaciones. –Porque si viene alguno, camarada, y me dice así y me pone ese sobrenombre, tal vez hasta allí llega. Dice el compañero sin nombrar al demonio, sin pronunciar el apodo, sin decir la palabra "mamerto".

Entonces, yo no puedo evitarlo, le enderezo al grupo un discurso así:

–Cuando nosotros empezamos acá, en este país, con el cuento del "comunismo", del "partido comunista", era como quien recibe una carta en otra lengua y la va traduciendo en público, de cada en casa, un poco inventando o quitando, porque no sabe muy bien el otro idioma.

Era así, camaradas. Porque aquí en Colombia nunca desembarcó el comunismo o el socialismo o el anarquismo siquiera. Nunca llegaron hasta nuestros puertos esas oleadas de migrantes europeos, que eran revolucionarios de antiguo, de familia y

que a menudo eran echados del viejo mundo por eso, por mala semilla. Sucede que en nuestro país, hasta nuestras costas, no llegó nunca esta migración que inundó por ejemplo a la Argentina o a Chile, que llegó a Cuba o a Perú o a Méjico. Acá nunca tuvimos el mensaje vivo, el comunismo en mata, en gente, como para resembrarlo. En Colombia el proceso es por eso mucho más difícil. Aquí el comunismo viene por correo, es un mensaje escrito.

Entonces ser comunista en Colombia era ser un animal raro, algo exótico o extraterrestre. Era la planta que en esta tierra no prendía o no pegaba.

–Camaradas, así eran las cosas, así fueron por largos años. Voy a contarles. La primera vez que yo vi escrita esa palabra "comunista" fue de este modo: era un niño, mi padre me había llevado de premio a un paseo por la ciudad vecina y de pronto un tumulto. La policía exhibía un preso que llevaba a empellones por la calle con una leyenda al pecho: "comunista, traidor a la patria".

–¿Qué es eso?, ¿qué pasa papá?, pregunté. Pero mi padre no me dio razón, sólo me repitió aquel sermón de siempre, no meterme en lo que no me importa.

Eran los tiempos de la guerra del Perú, el Partido tenía dos años de fundado y ya era el "apátrida" o el "agente extranjero".

Mi cátedra en ese internado de temporada que nosotros llamábamos "escuela na-

cional" era esta precisamente, la de historia del partido, que en realidad era un esbozo de historia contemporánea de Colombia vista desde acá, desde nuestra parcela.

Entonces había espacio y materia en esa ocasión para experiencias, por ejemplo del Cauca o de Chaparral en el Tolima, para seguir el peregrinaje del partido colonizador con los indígenas o con los blancos, año tras año, porque teníamos allí cursillistas de varias regiones, de Sumapaz y Viotá, lógicamente.

Así que muy pronto estábamos hechos porque el discurso se volvió debate y diálogo de saberes y experiencias.

–Camaradas, han pasado cuarenta años de historia de ese partido exótico y apátrida, de esa mata extraña, que no prendía en el suelo colombiano. ¿Y qué ocurre ahora? Ahora es lo contrario. Tenemos la tierra por ejemplo. Ningún partido, ninguna política en el país le ha dado a la gente el medio o el camino para ganar o rescatar tanta tierra. Somos la tierra, el rescate de la tierra. Y ello no sólo en el campo sino ahora también en la ciudad. Ustedes lo viven, lo vivimos.

–Esta ha sido la historia, camaradas. Hoy el comunismo es quizás la mata que más prende y más enraiza aquí en este suelo. Tenemos un comunismo generacional, de padres a hijos, de abuelos a nietos, el partido de regiones en el país de regiones.

–Entonces estamos llegando a lo que queríamos aclarar, al insulto que tanto encona y eriza a los compañeros, al apodo de mamerto.

–¿Por qué?, ¿por qué ocurre esto? Pienso que el enemigo tiene razón, que ellos, los anticomunistas se sublevan con derecho y dicen que ¡no!, que así no era, que así no es gracia. Que el partido se hizo tradicional, se amarró a la tierra, se volvió viejo y ya no merece sino este nombre que sabe un poco a muerto, es el partido de los mamertos.

Entonces propuse allí, en clase, lo obvio: asumir el apodo como bandera, como caballo de batalla, como símbolo de nuestra victoria o nuestro rescate.

–¡Saludemos el mamerto, camaradas, invoquémoslo, llamémoslo!

El día entero fue así, fue en esta tónica, fue la aclimatación racional. Pero faltaba el hecho decisivo, el único realmente efectivo en este mundo del partido milagrero, faltaba el exorcismo. Y eso fue lo que tuvo lugar por la noche, al apagarse el motor. Un aquelarre, una desendemoniada triunfal.

Hemos dicho que este es el secreto, la raíz profunda de la supervivencia del partido sin que se rompiera nunca el hilo.

Era el partido campesino, el de los enclaves, el de la tierra rural y urbana, el enfeudado, el que se reclutaba generacionalmente, de padres a hijos. El partido con un solo programa real: hacer un país de propietarios.

LA "ESCUELA SUPERIOR"

Es un privilegio, me dijo el hombre, con mucha solemnidad, es un verdadero privilegio.

Me estaba hablando de los cursos para becarios del Partido Comunista en Moscú que entonces recién comenzaban.

Yo ya había hecho mis planes, válgame Dios. Estaría de regreso, en febrero, un tiempo, una o dos semanas en París, mirando pintura impresionista, luego iría a Madrid nada más que por Goya, solo Goya. Cada cual su gusto, cada cual su "privilegio" en ese turismo obrero a Europa para estudiar en la "escuela superior" del partido.

El camarada me aconsejaba como un dios, desde muy alto. Pero ya yo llevaba quince años de militancia y conocía este otro mundo: el "internacionalismo proletario". Una historia así: se trataba de que un pequeño grupo, muy reconocido y selecto, en

cada partido, que se iba acostumbrando a vivir en el Olimpo. Algo tan distinto a su vida cotidiana en Colombia, por ejemplo. No digo por vivir a mantel tendido y con tina en el cuarto de baño, tras tantas penurias y azares en su barrio o en su casa. No, esto no, esto no importaba tanto a un directivo comunista que por lo general tenía ideales y alma grande. Pero lo otro, por ejemplo tener auditorio. El camarada no tenía nunca tanto partido, tanta audiencia, aquí entre su propio pueblo. Allá era como el rey, como el más desproporcionado de los líderes, las grandes fábricas, los museos, los teatros que quisiera visitar, que deseara conocer.

Entonces su alma se rompía por dentro. No necesitaba arraigarse en su patio, en su tierra, afianzarse allí, para ser dirigente. Se consagraba como tal allá, en ese corifeo del "socialismo". Era líder por un acto de consagración universal. Su viaje periódico, una o dos veces al año, al "Olimpo", lo curaba de cualquier soledad entre los suyos.

Era el "internacionalismo proletario".

Así que nada me extrañó cuando el otro me anunció el "privilegio" con tanta solemnidad.

Más de una vez yo había conversado con uno y otro, sobre esta cuestión, sobre este Olimpo donde se sublimaba el pequeño grupo. Le había preguntado cómo era posible en estas condiciones que ellos construyeran y afianzaran sus nexos, su vínculo, con la comunidad que los sustentaba y los seguía en

Colombia. Pero me quedaba con los crespos hechos. Ni éste ni tantos otros, se detenían mucho en estas reflexiones. Siempre dejábamos correr el agua.

Fui pues a la "Escuela Superior" a hacer un curso de seis meses. Eran los primeros años en la década del sesenta.

Y no me quejo. Porque cada cual habla de la feria como le va en ella. Por ejemplo tengo algo para contar: Yo llevaba conmigo un pequeño texto, una monografía mía sobre historia de Colombia con el cual había trabajado más de un año en "escuela de masas" como llamábamos la educación para los otros, para los "gentiles", para los no comunistas.

Y voy a copiar aquí, la primera página de ese antiguo texto, que se quedó inédito, decía así:

> La historia de Colombia que vamos a estudiar es, en resumidas cuentas, un montón de hechos. Lo que ocurre es que estos hechos se cuentan con orden, en el tiempo, a medida que han ido ocurriendo.
>
> Los hechos de la historia son variadísimos pero se pueden dividir claramente en dos clases. Hay hechos colectivos que se realizan lentamente durante años y siglos por el mismo pueblo, como el trabajo diario, los ritos religiosos, las diversiones populares. Y hay hechos individuales realizados por personajes que se destacan como los héroes y los caudillos.
>
> Pongamos algunos ejemplos: un hecho colectivo fue durante centenares de años en nuestro país el trabajo terrible de los esclavos negros en las minas de oro, de esmeraldas, de sal. Otro hecho de esta misma naturaleza

ha sido aquel que llamamos "abrir tierras" o sea talar montañas y montar pequeñas fincas.

Hechos individuales heroicos son por ejemplo la historia de la Gaitana, que todos nosotros debemos conocer, o la gran travesía de los Andes dirigida por Simón Bolívar para sorprender al ejército español y derrotarlo en las batallas del Pantano de Vargas y de Boyacá. Pero también es un gran hecho individual de la historia la obra de arte del pintor costumbrista del siglo pasado don Ramón Torres Méndez.

A medida que se estudia la historia hay que preguntar cuáles son los hechos colectivos y cuáles son los individuales de cada época. Los hechos colectivos son los más firmes y permanentes y por esa razón son la base de la historia. Los hechos individuales están como montados sobre ellos.

Podemos decir que los grandes hechos colectivos son la sustancia de la historia. Y son también su timón, porque cada vez que ellos cambian cambia la dirección de la historia.

Esto como imagen didáctica de la teoría de la historia, luego venía el esquema de periodización, así:

A partir del siglo XV podemos estudiar los hechos principales de nuestra historia, tanto los hechos colectivos como los hechos individuales. Pero hay varias maneras de estudiarlos. Podemos ir detrás de la historia, siguiendo los hechos sin diferenciarlos, uno tras otro, año tras año. O bien, podemos también emplear otro método. Estudiar primero los grandes hechos colectivos y sus cambios como para echar las bases de la historia. Esto es lo que más nos conviene.

Sin duda el hecho colectivo más importante en cualquier sociedad humana es el trabajo. El trabajo es la

acción del hombre encaminada a aprovecharse de las riquezas naturales como la tierra, los animales y las minas. Esta acción no es nunca desorganizada ni personal, es organizada socialmente y siempre está cambiando. Y nuestro país no es una excepción a la regla.

A lo largo de 500 años las formas del trabajo han variado mucho en nuestro país, y con ellas han variado la historia.

Según la organización del trabajo podemos establecer que la historia de Colombia ha pasado por tres grandes épocas:

Veamos cuáles son:

PRIMERA: La época en que predomina el trabajo de los esclavos indios y negros como fuente de riqueza.

SEGUNDA: La época en que predomina el sistema de trabajo de los artesanos y de los aparceros, colonos o siervos.

TERCERA: La época en que predomina el trabajo de los obreros asalariados.

El texto tenía casi cien páginas pero al lector ahora le basta un botón de muestra. ¿Cómo no llevarlo a la "Meca", cómo no consultarlo al oráculo? y no digo estas expresiones irónicamente o si uso la ironía es en el sentido socrático, con el único ánimo de sacar a la luz la verdad. Era esa nuestra verdad. Así que llevé mi monografía como quien lleva un alma en pena buscando salvarla.

Solicité a la "escuela", por favor, tener audiencia con un camarada especialista en historia latinoamericana y la solución, la verdad sea dicha, no se llevó mucho tiempo. Fue una cita que no puedo olvidar

aún en sus menores detalles a pesar de haber ocurrido hace casi treinta años. Y ello por dos razones, por el suceso mismo, y por el hombre que estaba frente a mí, el "consejero", como lo llamaban. Este era y, si vive aún, debe seguir siendo un espíritu seminarista, seguro, un asceta, de vida estrictamente conventual y sin embargo un espíritu increíblemente crítico y alerta a todo lo nuevo.

El hombre, me habló así: He leído su texto, camarada y me parece que no tiene posibilidades de éxito. Porque usted quiere recortar la historia de su país según un esquema europeo, deslindando o sacando en limpio tres etapas, una del esclavismo, otra del feudalismo y la última, la actual, del capitalismo.

Luego de una pausa, como para estar seguro de que yo lo había oído, añadió.

Pues bien, esto no se puede intentar en ninguna historia en América. Esta es historia europea, desde Atenas y Roma hasta París y Londres.

Luego dio muchas vueltas alrededor del mismo tema, insistiendo en que, nuestros países, las formaciones socioeconómicas jamás se habían despejado en la forma como ocurriera en el Viejo Mundo, a partir de Roma, que siempre habían sido América un complejo de muchas estructuras y conquistas y terminó su discurso con este consejo:

Usted seguramente no conoce, me dijo, un texto de Carlos Marx que se titula "Formaciones Precapitalistas", porque creo que aún no ha sido traducido

al español. Y agregó: Yo podría ayudarle en esto, camarada, podría hacerle la traducción oral en forma que usted tomara notas.

Sencillamente lo que estaba ocurriendo allí, en mi vida, en mi formación, como comunista, era una verdadera revelación. Porque un profesor soviético y, con más veras, recomendado por la Escuela Internacional del PCUS, me explicaba así, sin más ni más, que el manual de "Marxismo Leninismo" sobre "Materialismo Histórico" no nos servía a nosotros, los latinoamericanos, que acá no tenía nada que hacer esa sucesión rigurosa de la historia que, partiendo del "comunismo primitivo" debería concluir, necesariamente, en una sociedad comunista.

Sin embargo allí estaba el "manual". Era el texto de estudio obligatorio en todo el sistema educativo partidario, desde los niveles regionales y nacional hasta esta, la "escuela superior", a la cual acababa de llegar.

No podía creerlo, porque el soviético me está diciendo que el "Marxismo leninismo" era algo similar a la catequización cristiana del siglo XVI: cuando metían en la cabeza del indio un esquema europeo. Un esquema que nada tenía que ver con la historia real de los indígenas.

¿Otra vez el "cielo" ahora con el nombre de "comunismo", traído desde Europa? ¿Otra vez un "catecismo", ahora con el nombre de "manual"? ¿Otra vez la escuela doctrinera de Indias? Me acor-

daba que, según las crónicas, la palabra "cielo" no encontró vocablo equivalente en la lengua muisca y tuvo que ser dejada así, en 1599, así, en bruto, en latín, "cellum" en la traducción al idioma indígena.

Pero no. Nada de escrúpulos. No era la hora. Yo me abstuve de cualquier opinión sobre mis cavilaciones. Porque pensé con razón que cualquier insinuación crítica podía dificultar la posibilidad de próximas reuniones con mi consejero. Tenía desespero por ese texto de Marx.

La "escuela superior", el "Instituto de Ciencias Sociales" del Partido Comunista Soviético, en Moscú, al pie del metro Aeroport, ¿qué oficio hace ahora?

El consejero cumplió, le cumplió al "Partido Comunista Colombiano". Esta era la regularidad. Fue haciendo para mí solo, muy despacio, durante varias sesiones la versión española del texto "Formen" mientras yo taquigrafiaba al pie de la letra.

Más tarde, al regresar al país, después del increíble regalo en mi excursión por el "viejo mundo", hicimos una edición colombiana mimeografiada de este libro de Marx. De pronto la primera en lengua castellana.

Recuerdo que casi me devano los sesos escribiéndole una introducción, porque "Formen" (¿usted ha leído Formen?) es casi poesía a fuer del rigor científico. Escribí una "Introducción" que, después, por milagro, se salió del país y por allí anda, en una

edición mexicana de 1972, también con el extraordinario prólogo de Erick Hobsbawn.

He allí un caso de la solidaridad intelectual que no era extraño encontrar en un soviético.

Tengo que decir ahora, casi con vergüenza, que, pese a esta experiencia, después, con el tiempo, más de una vez, salí a defender ese "catecismo" de la escalera que va desde la sociedad primitiva y el esclavismo hasta el capitalismo y etc. ¿Por qué?

Es difícil explicarlo. Pero lo más grave es que no se trataba de una falacia. Era la "doctrina". Y entonces, si la crítica venía de adentro, así fuera cruel y demoledora, como en la que narro, todo iba bien. Porque los trapos sucios se lavan en casa. Pero si la crítica llegaba de afuera, había que tomar las armas. Y el intelectual con más veras. El profesor, el maestro.

Así fue como me las arreglé una y otra vez para demostrar que ese famoso esquema europeo de la historia era también universal porque era algo así como la belleza platónica: Una suerte de arquetipo hacia el cual tiende todo lo bello. De manera que toda sociedad comunista primitiva debía descomponerse, en primera instancia por la vía de la esclavitud y luego, a partir de la esclavitud, lo natural era ese pequeño mundo enfeudado del taller y la parcela.

Era la secuela de una posición detrás del cerco. Allí siempre le aprieta a uno el dogma al corazón,

porque, por encima de la crítica, por encima del análisis, está "mi gente", mi "grupo", mi partido.

Después de esa edición de Formen me dediqué al estudio del famoso "Modo de Producción Asiático". Por un lado la divulgación del marxismo. Lo más fácil: el esquematismo, buscando racionalizar los manuales, encontrándoles alguna meta–lógica. Por otro lado la crítica, la ciencia.

No era una falacia o una trampa. El problema no era tan sencillo. Y en ello había una tácita complicidad con más de uno entre mis profesores soviéticos. Repito. Para mí fue una verdadera revelación la frialdad con que esa vez, un profesor echaba por la borda, en nuestra primera entrevista, el manual estalinista con todo y su escalera infalible de los cinco estadios clásicos. Pero no comenté nada. No era la hora. Era una complicidad tácita.

Así se mantenía el dogma.

Ahora bien, ¿qué era, qué fue siempre el manual "marxista" de la educación comunista?

Quiero explicarlo ahora, con algún detalle, como lo expliqué tantas veces en mi cátedra disidente en las escuelas del Partido.

Recuerde usted que Carlos Marx es el hombre de la "revolución industrial". Es su ojo más atento. Así como Newton había sido el testigo más penetrante de una revolución precursora, la de los navegantes o de los viajeros. Cada cual su tiempo y su ley o su regularidad. Newton encuentra sus constantes en la física, Marx en la economía. Newton ve el mundo y el hombre en la mecánica, Marx en la historia económica, en una suerte de sub–historia.

Pues bien, entonces el marxismo parte de un núcleo o un nudo que busca generalizar el funcionamiento interior de esa "revolución industrial". Se trata de que la sustitución cualitativa, es decir, estructural, de una tecnología por otra, determina o genera un cambio social también estructural.

Marx establece esta regularidad observando muy atrás de los hechos o sus huellas, muy al fondo, el tránsito del mundo de los talleres y las herramientas manuales al mundo fabril de los autómatas mecanizados o fábricas y su desarrollo en la formación de la sociedad capitalista moderna.

Pero Marx centra todo en el conflicto, todo para él consiste en la *contradicción* viva entre los dos planos, el de la fuerza productiva o apropiación de la naturaleza por el hombre y el otro, el de las relaciones sociales en la producción o sea la consecuente formación del hombre mismo como ser social.

Dice Marx:

"Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes".

Entonces el manual mata la vida, la contradicción y hace la disección del cadáver en la mesa de

un anfiteatro. Primero separa o desarticula los dos planos, el de las "fuerzas productivas" y el de las "relaciones de producción", tomándolas como dos entes aparte, como dos entelequias autónomas diferentes. Luego añade a cada una un largo catálogo de componentes, de tal manera que el estudiante alcance a aburrirse hasta lo irremediable con la tabla o la historia de la primera categoría mucho antes de que le llegue a sus manos la otra.

Así que todo el método consiste en romper los goznes, como quien desarma una bisagra para explicar su funcionamiento en lugar de hacerla funcionar con su puerta o su carga.

Resumiendo, el método era deshacerse de la contradicción, matarle el alma al enunciado marxista. Cambiar su dialéctica esencial por una simple lógica de las formas, por un rosario de definiciones y clasificaciones.

Como en el poema de Neruda:

"...pronto, entre la ropa y el humo, sobre la mesa hundida, como una barajada cantidad queda el alma:

...pero aún mátala y agonízala con papel y con odio..."

He allí lo que era, lo que fue en su esencia el "manual" de "marxismo–leninismo".

Estas cosas nunca se publicaban, pero se decían dentro del partido. Es la escuela de Galileo Galilei, el crítico que se acogía formalmente a la jerarquía para poder mantener su comunicación con los fieles.

Porque de algo siempre nosotros estábamos seguros: que por fuera de la Iglesia no había salvación.

Cualquiera que fuera el vicio o el conflicto o la corrupción del mundo comunista, estábamos seguros de que más allá de sus linderos, en el capitalismo, no estaba la solución.

¡Es un privilegio! me había dicho un secretario del Comité Central aquella primera vez que fui a la Escuela Superior. Pero ese privilegio era diferente para cada cual. Había camaradas que sólo soñaban con hacerse en Moscú su pequeño "harem" blanco. Ya tenían la noticia de esa posibilidad y al llegar hacían el empalme con los que regresaban a Colombia.

Era como en la historia del "mestizaje florido" en la conquista española hace 500 años, como lo cuenta el cronista Pedro Mártir, todo va "según la índole de las mujeres, que les gusta más lo ajeno que lo suyo, de manera que estas indias aman más a los cristianos".

¡Un privilegio!, camarada. En uno de mis cursos en la "escuela" pude descifrar, acompañado de una profesora, la historia de Boris Godunov, que sin duda es una de las mejores claves para entender el conflicto del pueblo ruso. Fue una faena larga: paso a paso recorrimos santuarios, monumentos, iglesias, siguiendo las huellas de ese zar tártaro, asesino del legítimo heredero del trono. Luego la trilogía de Pushkin y por supuesto el museo. Incluso la profe-

sora me obsequió la edición de su primer libro escolar, de lectura, con el drama clásico. Son así los soviéticos. Por fin Musorgski, la ópera en cuatro actos que era para mí el amarre, el vínculo personal con este personaje.

La "escuela superior" era el premio mayor para no pocos militantes. Algunos la calculaban con años de anticipación y cuando lograban ganarla, hacían su curso, regresaban al país y se retiraban del Partido discretamente.

No era sólo el turismo o el amor o la cultura, opciones cada una en su lugar, según el alma de cada cual. Era ante todo "ver para creer". Era la prueba del "socialismo". Por ejemplo una vez, desde mi balcón en el internado veía yo crecer unos barrios moscovitas para obreros. No eran los cinco pisos de los tiempos de Stalin, eran las torres de veinte y más con Brezhnev. Entonces me intrigó un conjunto de estos bloques barriales porque crecían un piso por día frente a mi ventana debido al sistema de ensamblaje y prefabricados en la industria de la edificación, así que solicité por favor una entrevista con la brigada de los constructores. Bueno, es una historia que nunca olvido:

–Camarada, me dijeron, estamos haciendo apartamentos para recién casados. Eso tiene su problema, porque se dispone de muy poca área pero deben ser bien independientes los conjuntos ya que usted

imagina, la intimidad, los ruidos, etc. Además está de por medio la estética a pesar de toda la modestia. Entonces nosotros, como obreros, hacemos asambleas con los usuarios viejos para modificar diseños y corregir errores. Es un trabajo en equipo y debe haber también una relación entre productor y consumidor.

Pero hay algo más. En la brigada, según cuentas, existía el problema de un compañero desmoralizado porque su hijo mayor era un vago y un truán. Se analizaba el caso entonces. No era un conflicto privado del padre de familia, era algo que afectaba al colectivo.

Era el "socialismo real". Nosotros lo veíamos desde la "escuela". Era verdad. Era la verdad.

Pero también veíamos la otra cara de la moneda. Recuerdo que una noche un grupo de colombianos se apresuraba a tomar el metro para acceder al internado a tiempo, después del día feriado de juerga. Entonces fue interceptado por una cuadrilla de atracadores soviéticos que los iban dejando en cueros. Sin embargo la faena tuvo un desenlace inesperado porque un buen paisano nuestro le hundió en el vientre una lezna de zapatería a alguno de los contrincantes.

Era también el "socialismo real". Era la vida. Era sin duda la mejor cátedra de la "escuela superior".

–Camaradas, dije un día, en la vicerrectoría de la "escuela", tengo una profunda preocupación y

voy a contársela a ustedes. Creo que me entienden. Lo hago de todo corazón. El despacho tenía una mesa de entrevistas sobrada, para mucha más gente de la que estaba conmigo, de manera que no era fácil la confianza o la confidencia.

Con todo me arriesgué. Hablé así, palabras más o menos.

–Ahora nos vamos de Moscú, camaradas. Ahora regresa a su patria esta nueva promoción después de realizado el curso. Ustedes lo saben, yo soy exalumno de este Instituto y he estado viniendo acá con mucha frecuencia para colaborar y coordinar los programas. Entonces puedo evaluar y precisar resultados. Y mi conclusión es ésta:

Cuando vuelve un grupo de egresados a Colombia lo posible es que cada estudiante, durante algún tiempo, se dedique a prenderle velas a su altar particular, algo así como al altar de sus dioses tutelares.

Permítanme explicarme más con detalle y con mucho reconocimiento para ustedes. Se trata de que cada comunista en Colombia, si se respeta un poco a sí mismo, tiene su altar.

Me acordaba, al hablar, del altar de un camarada carpintero, en un rincón del mismo taller. Era algunos clásicos, Lenin sobre todo. Las novelas soviéticas de la Segunda Guerra, manuales y manuales de "teoría y táctica", de economía, de filosofía, y un arrume de revistas y periódicos. Del altar de otro

camarada que tenía una perfumería francesa –todas las etiquetas y los sellos y marcas de fábrica en francés–, todo en un tugurio de invasor y el altar allí, en un rincón, el Manifiesto, el primer tomo de "El Capital, las "Obras Escogidas", "Así se templó el acero", la "Biografía de Stalin".

Así que les conté a ellos de los altares en detalle.

Bueno, a veces había que enterrar en el suelo el altar para preservarlo como si fuera un pequeño arsenal de guerra. Entonces se utilizaba papel engrasado. Había que encaletarlo a menudo para salvarlo de la policía. Pero esto lo sacralizaba o lo consagraba mucho más. Los libros que salían de la caleta, cuando pasaba el peligro, eran mucho más verdad, estaban sacralizados.

Entonces, decía yo, ahora, cuando regresen nuestros estudiantes de seguro, al menos los mejores entre ellos, yo lo veo así, lo he vivido, van a prenderle velas al altar del marxismo. De seguro van a sacudir el polvo, van a abrir algunos libros, van a releer con afán y admiración.

La mayor parte no llevan sus notas o apuntes desde Moscú porque son disciplinados. Pero algunos, díscolos, los traen como pueden y entonces comparan y descubren coincidencias.

Sin embargo esas velas no van a estar prendidas muchos días. Sólo el tiempo de la reinserción en la vida militante. El tiempo del reintegro a la actividad partidaria. Entonces viene el vendaval, el alud. No

hay momento, no hay espacio. Nadie alcanza a prenderle más velas al altar.

De pronto en algún curso nacional, en alguna escuela de marxismo pero eso no da para tanto. Es cosa de prender una sola vela al santo, de un pasón.

Los camaradas de la mesa directiva de la "escuela superior" me oían con paciencia. Me conocían y estaban acostumbrados a mis parábolas.

No sé. Algo debió quedarles en el alma, esta vez, a pesar de su sonrisa escéptica, porque en más de una ocasión, posteriormente, me comentaron este discurso.

Pero no había allí exageración. Porque si algo es verdad es esto: la doctrina de los manuales, llamada convencionalmente "Marxismo– Leninismo", no fue nunca más que un ritual o una consagración.

Porque la práctica del partido, su batalla, su accionar diario, a menudo heroico y siempre tenaz y abrumador, tenía otro oráculo u otro maestro: el "sentido común", la lógica natural, empírica, nacida de la dura experiencia de los dirigentes.

Por un lado estaba el altar, el rito, la escuela, los textos sacralizados, por el otro el vendaval, la vida, las grandes batallas.

Nunca fue este marxismo "manual" o sacralizado una "guía para la acción". No podía serlo. Porque, ya lo hemos visto, era un saber sólo para saberlo, todo desarticulado o estático. El famoso

consejo de Comenio, "aprendemos para la vida", poco tenía que ver con él.

Entonces tenía lugar un contrasentido en el Partido: Eran mejores los cuadros viejos, los de los tiempos de Stalin, los "bolcheviques". Porque de alguna manera habían estudiado en los clásicos, en Lenin por ejemplo, y tenían este contagio, tenían la dialéctica; incluso a veces con fuerza o a flor de piel. Mientras las nuevas promociones, los jóvenes eran más "lineosos" como se decía entre nosotros, es decir más metidos en ese divorcio, en esa esquizofrenia entre la teoría y la práctica.

Y nosotros vivíamos esta inmensa tragedia humana y la conocíamos. Pero siempre pensábamos que era superable, que se trataba sólo de deformaciones o desvíos en el gran experimento.

–Es un privilegio, me dijo el camarada, es un verdadero privilegio!

Y en realidad siempre lo fue. No me quejo. En la "escuela superior" aprendí siempre que éramos muchos los disidentes en todos los partidos, que éramos muchos los cómplices, los conflictivos.

Desde el primer día lo aprendí, desde la inolvidable experiencia de Formen.

Eramos muchos los que estábamos preparando la actual catástrofe creadora, la insurrección.

LA IDEA

Para nosotros, los comunistas, era tan clara la idea del socialismo como ver el fondo del pozo cuando el agua está hace tiempo aquietada. Siempre fue así. Creíamos que socialismo era sencillamente pasar los medios de producción de las manos de los ricos a las manos del Estado. Que los bancos, la tierra, las fábricas, se convirtieran de un empujón, de un tajo, sin más rodeos, en propiedades del Estado.

Recuerdo en La Habana cuando miraba emocionado, en 1960, los lotes de "engorde" de la ciudad. Esos grandes bolsones baldíos enclavados entre barrio y barrio, abandonados allí tras su fuga, por los urbanizadores de tiempos de Batista. Cuando los miraba como tales, como pura tierra de vivienda popular, como tierra suelta y liberada, ya sin la carga de la propiedad privada, sin esa mierda, sin esa condena, sin esa lacra.

Durante años y años yo había peleado con mi gente, acá, en Colombia, por morder siquiera los bordes de esa tierra acaparada, congelada, de reserva, invadiendo orillas y haciendo tugurios. Y había observado cómo ese era, al fin de cuentas, un mecanismo más para valorizar terrenos de desecho o enlagunados, que luego había que redimir en beneficio de los propietarios. Redimir con las cuotas periódicas, mientras ellos aseguraban para el futuro grandes franjas intermedias en los mejores sitios, acumulando así plusvalías exorbitantes.

Si el terrateniente vendía el potrero de su antigua hacienda por cien veces su precio original. Si lo vendía ya no por hectáreas sino por metros, simplemente porque allí había llegado la marea invasora del movimiento provivienda, entonces el impuesto a los pobres se llamaba "urbanización pirata". Pero si, en lugar del terrateniente agrario, aparecía el monopolio urbanizador, así fuera él mismo, y ese impuesto se hacía aún más gravoso, sabiendo reservar tierras óptimas y previendo los flujos de la marea invasora, entonces aquello se llamaba "planificación urbana".

Nosotros poníamos el fuego con las peroratas y toda la agitación viviendista y ellos nos cocinaban con él, con ese fuego. Porque al dispersarse las nuevas barriadas tuguriales, dejando los santuarios de valorización, las zonas privilegiadas de futuro, en manos de los "urbanizadores", la gente pagaba

en distancia y desamparo lo que le habían rebajado en tierra o sea que cubría el impuesto de otra manera.

Así que no había reforma que valiera. No había modo de ganar con cuenta gotas.

Por eso, cuando yo miraba ese día en La Habana ya la tierra suelta, desamarrada, ya sin la gangrena de la propiedad terrateniente, cuando veía la tierra popular, redimida por la revolución y libremente planificabl, me parecía que todo era cierto porque era otra vez tierra, como fuera la primera vez, como cuando Dios la echó al mundo.

Nosotros hacíamos las invasiones metódicamente. Adelante iba la brigada de los desarrapados, de los que tenían sólo, como enseñaba el "Manifiesto", "las cadenas para romper". Mejor dicho los que no tenían máquina de coser o nevera y de pronto sólo camas y una mesa, mal que bien. Este grupo era el invasor inaugural, el que aguantaba la pólvora y el palo y el agua una y otra vez hasta que se rendía o lograba consolidar la posición.

No recuerdo bien pero creo que en una ofensiva, en el barrio Asturias de Cali, tuvimos 28 quemas y desalojos por la policía. Pero se aseguró el terreno. Era la vanguardia, el grupo de los escoteros, que tenían sólo una mano atrás y otra adelante. Luego vendrían de relleno los otros, el segundo contingente, ya con la tierra amansada y la marea más tranquila. Vendrían los de las camas, incluso de madera

torneada y con volutas, esos de los espejos de enormes marcos. Vendrían las máquinas de moler y de coser, las estufas.

Sin embargo en nada de esto había utopía. Los viviendistas éramos increíblemente fieles a las reglas capitalistas del juego. Estábamos en lo que estábamos. El segundo contingente pagaba los lotes o sea que funcionaba la valorización allí también, a lo interno. Y la pagaba el último, el tercero, con mayor razón. Hablo de los tenderos y dueños de talleres que llegaban a la hora de repartir premios, al final de la fiesta. Naturalmente que la cuota para éstos era mucho más cara.

Nosotros lo molíamos día a día. Nuestro oficio, al fin de cuentas, no era más que impulsar y generar formas más avanzadas y progresivas de valorización de la tierra.

Y, como es obvio, esa valorización la aprovechábamos nosotros también, a la orilla de la mesa, allí donde caen las migajas. Muchos camaradas se aseguraban hasta dos o tres lotecitos para "más adelante".

–Camarada, yo no he hecho más sino regalar tierra. Hay que ver, en todas las invasiones hago mi "cambuche" y después lo regalo. Fíjese camarada, por cuánto vendí el último lote que tenía y cuánto vale hoy. Lo regalé. Yo no he hecho sino regalar. Por eso yo le digo, camarada, no venda su tierra por ninguna plata, ¡guárdela!

Con el tiempo fuimos aprendiendo a arreglar las cargas. A comprar la tierra antes de invadirla y no después. Esto facilitó la estrategia permitiendo que entraran todos al terreno y ya no por brigadas o sea echando los parias adelante. Se hacía más racional el pago del impuesto. Fue lo que llamamos movimiento pro– vivienda.

Sin embargo aquí no había pecado. Los comunistas nunca creímos que esto fuera una panacea o una solución general. Lo veíamos y lo asumíamos como una escuela de la vida. Como la manera de mostrar metódicamente que aunque se hicieran las cosas con plan y audacia, lo único que se lograba en definitiva, siempre, era arrumar leña a esa hoguera. Aumentar los mecanismos de valorización terrateniente y crear de cantera propietarios privados entre los camaradas o sea azuzar esa hambre de las migajas de que hemos hablado.

Por esta razón, por esta lógica, la idea del socialismo de la ruptura, revolucionario, nos resultaba tan clara, como el agua después de que pasa el torbellino y se asienta el polvo en el fondo. Sólo había una solución: cortar el nudo de un tajo: Que la tierra urbana pasara a manos de la comunidad a través del Estado. Sólo una salida, el "socialismo" por la gracia del Estado.

Por eso en La Habana, cuando vi por primera vez los lotes de engorde, ya como simple tierra, algo así como la primera tierra, como la del edén o

paraíso. Sin "urbanizadores piratas" y sin "planificación urbana", los lotes todos sueltos a la iniciativa popular a través del Estado, del nuevo "Estado revolucionario", sentí el mundo distinto. Me convencí de que todo era verdad, que había una vida nueva.

Recuerdo que era una mañana muy limpia, que la niebla estaba baja y se pegaba a la tierra rescatada como una aureola, dignificándola.

Entonces me provocó llamar a mi amigo. Alfonso Barberena, un antiguo liberal gaitanista, que siempre estuvo sentado a la mesa, discutiendo y departiendo con nosotros los comunistas, para mirar con él el nuevo mundo.

Llamar a Barberena que toda una vida consideró también al movimiento viviendista como modo de congregar y entrenar la gente, de acostumbrarla a ganar pequeñas batallas para hacerse cargo de su propia fuerza, para consolidar el ejército. A Barberena que nunca dudó sobre lo que llamábamos la relación dialéctica reforma – revolución.

Teníamos razón. Todo aquello no había sido en vano.

Pero ya Barberena no estaba. Había muerto prematuramente.

Repito. Por eso la idea o la noción del socialismo era simple y clara. Pasar violentamente a manos del Estado el monopolio de la tierra y otros medios de

producción reorganizando todo de nuevo, de arriba a abajo.

Y luego, lo más importante quizás, cambiar simultáneamente el Estado. Entonces las palabras "demoler", "romper" la vieja máquina del Estado tradicional, nos sonaba en los oídos como les suenan a los evangélicos las trompetas de la venida del Mesías.

Cuba era verdad. No había quedado piedra sobre piedra del antiguo estado batistiano, de la dictadura herodiana de la burguesía.

Recuerdo que, pocos años después de esa experiencia, en uno de los "manuales" de marxismo, que yo también hice y no me pesa, propuse periodizar la historia de Latinoamérica partiendo del 12 de octubre de 1492 hasta el primero de enero de 1959. Creía que de alguna manera, en aquella vieja fecha que ahora cumple 500 años, había empezado una larga conquista blanca y que en la otra, con la epopeya de la Sierra, se iniciaba en América una nueva era de independencia aborigen o mestiza.

Tener una idea muy redonda, muy clara y muy simple sobre el mundo es una tentación muy grande.

Todo era así, simple: pasar a manos del Estado, de un golpe, la tierra, los bancos, los buques, las minas, tal cual. Sin más misterio.

Y esto aparecía más claro en un mundo donde primaba aún el culto a lo macro, ese mundo donde aún nos movíamos entonces. El mundo heredado de

Ford y de Taylor, del milagro de las grandes unidades de producción bajo la éjida de la ingeniería estandard. Todo entonces era el culto a la cadena de producción en grande, con su automatización rígida, en línea o en serie, que convertía al taller en una pieza de museo. Era la plantación mecanizada, gigante, que sacaba del mapa a la parcela o a la huerta. Era el supermercado que desocupaba la tienda.

La experiencia oportuna del hundimiento del Titánic en 1914 nunca fue bien asimilada por nuestro siglo XX y la mitología de lo macro dominaba todavía sin remedio.

Y la revolución inventada por Lenin, el ideal comunista del siglo, se forjó en este culto. Producir más y mejor era racionalizar la cultura de lo macro contra lo micro a través de la propiedad y el poder del Estado, a través de la estadolatría. Pero no cualquier Estado. Por favor. Se trataba del "nuevo Estado", del Estado proletario, de la "dictadura democrática de los obreros y los campesinos" y etcétera.

Recuerdo que, en un encuentro internacional de centros de investigación de partidos comunistas, ya en los años ochentas, el camarada italiano se esforzaba honradamente en la necesidad de discutir un cambio de la "teoría del Estado" de Lenin.

Ya iba largo el debate y de pronto yo encontré la manera de ponerle punto final, porque era insoportable, porque contradecía lo obvio, lo claro, lo evidente, para todos nosotros.

–Camaradas, dije, haciendo un comentario sobre el discurso de una muchacha nica, que hablaba como comunista, pero a nombre del Movimiento Sandinista y que había soslayado la discusión limitándose a explicar el "nuevo poder" y sus contingencias en ese país. –Camaradas, dije, me parece que estamos asistiendo aquí a una nueva división del trabajo entre los partidos comunistas del mundo. Una división peculiar, según la cual, los partidos grandes o desarrollados parece que se encargan de cambiar la "teoría del Estado" mientras los partidos pequeños o en desarrollo, se encargan sólo de cambiar el Estado.

Ni qué hablar de risas y exaltaciones. La brillante intervención lógicamente tuvo un éxito increíble.

No cambiar la teoría, la idea, cambiar el Estado, así, de un tajo, de un golpe. Porque la idea era simple como la hoja de un cuchillo. Nosotros veíamos al nuevo Estado, al Estado popular, como algo muy claro y muy firme. Lo veíamos como una torre bien afirmada a la tierra. Era la torre de la "democracia real" armada tornillo a tornillo, tuerca a tuerca, desde los núcleos de barrio o de fábrica hasta su amarre sucesivo en la ciudad y la región y luego el país entero.

En realidad la "idea" había resultado de los famosos comités obreros de huelga en la Revolución rusa de 1905. O por lo menos, en esos arquetipos, en esos moldes, Lenin había moldeado toda esa colada que

saliera, al rojo vivo de la increíble fragua de la Comuna de París en 1870. Incluso aún de una fragua mucho más ancha, la de las huelgas políticas del "primero de mayo" en todo el mundo, al final del siglo XIX.

Una democracia desde adentro, no delegada, no representativa.

El Comité de huelga gobierna porque viene de la trinchera, de la zona de riesgo. No porque haya sido elegido para gobernar. O mejor, ese comité es designado para gobernar porque está compuesto de líderes o sea que está formado por los que guían o enseñan el camino.

Es el "nuevo poder", el de los "soviets" o consejos populares. Del soviet barrial o fabril al del soviet local, del local al regional y de allí al central. La pirámide lucía esbelta. Es centralista porque es democrática, porque es de adentro. Es el "centralismo democrático".

No hay división de poderes. No hay Montesquieu. Ya no hay necesidad de los juegos de equilibrios entre clases y sectores de clase, propios de la antigua "democracia formal". Ahora anticipamos el camino hacia la "sociedad sin clases" colocando la democracia real en el espacio de la "dictadura" de la mayoría. Es la "dictadura de la democracia popular" como luego nos diría mágicamente Mao Tse Tung.

Dos y dos son cuatro. Eso no tiene discusión. El capitalismo produce dos cosas: el plan económico

y la clase obrera. Se trata de unirlos y esto es socialismo.

Pero algo más:

Si el oligopolio controla producción y mercadeo y comercia con futuros, ¿por qué no racionalizar este proceso y universalizarlo pasando la propiedad del monopolio anarquizado a manos del Estado planificador?

Y en este orden de ideas incluso entraba entre lo "racional" aquello que acelera el proceso mismo. De absorber pronto, al monopolio estatal, todo el resto de microempresas que no había alcanzado a digerir aún el monopolio privado.

Se sabe que cualquier esquema ideal domestica mejor a la gente entre más redondo o lógico parezca.

Recuerdo que en una gira por Alemania Democrática, ya hace tiempo, me parecía tener la impresión viva de ese "nuevo Estado", del Estado proletario. Había algo espontáneo y directo en el trato que daban los obreros de las fábricas a nuestros acompañantes anfitriones que eran gente del gobierno. No había ceremonia entre unos y otros tal y como si fueran de la misma ralea. –¡Se fijó, camarada, se fijó!, le dije un día a mi acompañante, al salir de una planta de producción de plásticos, ¿se fijó usted el trato entre los trabajadores y ese alcalde? ¡No notó por ejemplo cómo ese tipo de los guantes, el que sacaba de la horma los guantes, llegó

hasta el colmo, cómo le chuzaba con el dedo la barriga!

El hecho es que nosotros necesitábamos además tocar con las manos el ideal, el esquema del nuevo Estado y para eso estaban las "prácticas" o sea las visitas planificadas al socialismo real.

Sin embargo, quiero recordarlo ahora, nuestros campesinos, por ejemplo, no idealizaban tanto como nosotros los intelectuales, no eran tan devotos de los esquemas claros. Voy a contar un episodio aleccionador sobre esto.

Ocurrió en Palmira, en el Valle del Cauca. Entonces la violencia estaba dura y yo apenas si me había matriculado en el Partido. Llegamos, en compañía de un miembro del Comité Central, de madrugada a la casa de un compañero viticultor para la llamada "conferencia regional".

–Camarada no vaya a mirar atrás, no sea que se convierta en estatua de sal, me había dicho el ilustre acompañante, ya en las últimas zancadas, antes de alcanzar la entrada clandestina convenida.

No sé por qué no pude olvidar nunca en mi vida esta manera de hacer una recomendación tan obvia en esos trances.

Nosotros no fuimos los primeros en llegar, así que un campesino que estaba a la vela de aprender y saber cosas de boca del dirigente máximo, empezó el interrogatorio sin que mediara más que el saludo.

–Camarada, dígame usted, ¿es verdad eso que dicen, que después de la Revolución toda la tierra va a quedar en manos del gobierno?

–Mire, compañero, le respondió el otro, el importante. Yo le ruego un favor. Me deja desayunar primero y luego nos dedicamos a la teoría.

Y cuando llegó el momento anunciado el campesino, que estaba al acecho, volvió a la carga. Entonces el dirigente le explicó con detalle que esa versión no era cierta, que era parte de la insidia y la campaña anticomunista y que, por el contrario, en el socialismo real, en la URSS, por ejemplo, existían tres formas de propiedad del suelo.

–En primer lugar, camarada, le dijo, usted tendrá derecho a la propiedad de su parcela. Allí podrá ordeñar una vaca si quiere o criar cerdos o sembrar. Esa es cosa suya. En segundo lugar tenemos la propiedad cooperativa. Y sobre esto se extendió abundantemente. –Finalmente existe la propiedad del Estado. ¿O usted no cree que debe haber también, camarada, una propiedad del Estado?

Pero el campesino no respondió la pregunta sino que fue a lo que iba:

–Pero, camarada, le dijo al Secretario General, si yo quiero vender mi finca en esa parcela que usted dice, ¿puedo venderla, dígame sí o no?

–Pero ¿y para qué la va a vender?

–No, es un ejemplo que le pongo, es un caso, camarada.

Porque supongamos que, por ejemplo, hay un "antojado", que se enamoró de mi tierra y me la repaga más de lo que vale y yo puedo comprar una mejor, que tengo ya vista. Es un caso, como le digo, camarada.

Fue cuando el Secretario del Comité Central se vio en un atolladero y trató de eludir el asunto hasta que definitivamente dijo que no, que esa propiedad parcelera no podía venderse.

–Entonces eso me parece más como un arriendo, le dijo el campesino. –Pero, en ese caso, ¿si se paga arriendo? preguntó.

Y cuando el labriego siguió insistiendo y se avivó de que tampoco los cooperativistas podían vender su hacienda o cambiarla por otra o echarle un lote más con las ganancias, entonces dijo así:

–Lo que pasa es que va a resultar cierto lo que me decían a mí. Que toda la tierra, en el socialismo, será del gobierno.

–Pero es que el gobierno va a ser usted mismo, camarada, usted mismo, le dijo el otro, el del Central.

Y no fue más. Recuerdo que, cuando oyó esta última explicación, el campesino comenzó a darle vueltas a su sombrero de paño con las dos manos sin decir palabra.

Ahora escribo sobre lo que pasó. Sobre aquello de lo cual fui actor incansable durante más de 40 años. Doy mi testimonio de ese tiempo, el tiempo del comunismo.

Y, mientras escribo, ahora, llega mi amigo, antiguo conocido, funcionario del Estado "socialista" cubano, de visita en mi país, mi amigo que no piensa exiliarse y me dice que mejor él se hunde con el barco. Llega y me habla todo el tiempo en un lenguaje extraño, me habla siempre de "él", de "éste" –nunca dice su nombre–, nunca pronuncia "Fidel".

Me explica que no hay nada qué hacer, que "él", que "este", que "el hombre" no va a ceder un ápice. Y yo entiendo que de todos modos lo apoya, así, con una obsesión suicida.

–No hay salida, camarada, me explica. No le vamos a vender la isla a los gusanos que se han crecido y se han hecho dueños de Miami. No vamos a repetir lo de Alemania en condiciones mucho más miserables. Claro que están esperando como buitres alrededor de la agonía de esta presa mayor. Claro que piensan comprarla toda como chatarra. Hay mucha chatarra en Cuba, me dice, mucha chatarra. Cuando tuvimos el primero bloqueo, cuando se cortó el abastecimiento de equipo americano, en los años sesentas, todo el parque que había se volvió chatarra. No había una tuerca de repuesto. A menudo hacíamos tuercas de palo. Entonces tuvimos que rehacerlo todo, de otra manera, con los patrones rusos. Ahora estamos en el segundo bloqueo. Ahora es el socialismo el que nos bloquea y no el capitalismo, ahora tenemos la otra chatarra, la del socialismo.

No nombrar a Fidel, nunca, no pronunciar nunca el nombre. ¿Es este acaso un conjuro de la muerte? ¿Un conjuro sin herir, sin herirse él mismo? ¿Es así como actúan ahora millones de cubanos fieles a la Revolución como a un pasado intocable? ¿Un pasado que no cede, que no se va, que los ahoga en toda su grandeza?

–Se va apagando día a día la vela, me dice el hombre. No sólo es el pan lo que se está acabando o el libro o lo demás, es el fuego. Nadie cree.

–¿Qué pasó, camarada?, me pregunta mi amigo.

Y yo pienso, bueno, ¿qué es eso de la historia? ¿Qué tiene que hacer aquí, por ejemplo, el señor Esquilo? ¿Qué tamaño tiene su tragedia de Agamenón o de las Euménides?

Porque frente a este camarada cubano, que está allí conmigo, el camarada que estuvo en la guerra de Angola, que estuvo metido hasta las tetas, bien adentro, en todo ese engranaje del "internacionalismo proletario", frente a él, por mi madre, ¿qué tengo yo para decir? Frente a él ¿qué es lo que yo he perdido o he ganado?

Hablamos largo pero no vale.

Yo le digo mi punto de vista, mi manera de ver las cosas.

En primer lugar le ruego que no siga hablando de "socialismo". Porque el hombre pregunta sin ironía qué quedó de la "primera revolución socialista" en América.

Lo dice, así, mecánicamente. Como alguien que tiene un tic y cuando uno menos piensa, cuando cree que se le ha borrado, vuelve y da el golpe. Hicimos sonar tanto esa sonajera del socialismo, del "socialismo real", marchó el mundo tanto a ese ritmo, que ahora no podemos evitar el eco.

Lo metimos tanto en los diccionarios, en los mapas, en las guías turísticas que ahora, cuando hay que borrarlo, nos cuesta trabajo.

Ciertamente el socialismo no alcanzó a existir nunca sino en la idea, en esa idea simple y redonda que por lo mismo caló tanto entre los hombres.

Ortega y Gasset se asombra precisamente de que en la historia, a menudo, una idea logre domesticar a millones de personas por mucho tiempo.

Nunca conseguimos nosotros aproximar humanamente, amablemente, el proceso productivo de la fábrica o del banco o de la granja misma al obrero soviético o al obrero cubano o al alemán. Que se apropiaran ellos del proceso gozando de esa apropiación. Nunca hubo socialismo. Por el contrario, esa propiedad burocrática de la tierra y los medios de producción, en la cual, al fin de cuentas vino a quedar, la propiedad estatal, quizás estuvo más lejos del obrero, por razón de su sacralización, que la propiedad privada del monopolio capitalista.

No hubo socialismo. Hubo sólo la "idea". El salto por encima de la vida. Un inmenso capital

burocrático siempre buscando lo imposible, cambiar el mercado como orden tentativo y empírico por el "plan" regulador. Pero un plan rígido, que no reprogramaba, que no iba con la vida, que en definitiva no era plan tampoco.

Apenas ahora la microelectrónica contemporánea, con su reprogramación constante, nos está dando la primera idea de lo que será un plan socialista capaz de sustituir gradualmente, como ordenador, al mercado.

Pero yo recuerdo mi profesor de economía en la "escuela superior del Partido", en Moscú, recuerdo cómo casi se sacaba un ojo buscando la fórmula para calcular el valor probable de las mercancías con un ábaco medieval.

Porque el "socialismo" del siglo XX, llevaba sus cuentas en Rusia, o mejor, hacía y operaba el "plan" con esos instrumentos primitivos de cálculo que inventaron los chinos o los egipcios, en los tiempos cuando aún no existía en matemáticas el número cero.

¿Qué pasó?

Ocurrió lo más común en la historia, lo más normal: la paradoja. Nosotros, los comunistas, teníamos dos objetivos supremos, dos divisas. Una el internacionalismo. Nos correspondía curar el mundo de la estrechez, de la mezquindad belicosa del nacionalismo. El "movimiento comunista" era eso, en esencial, una instancia universalista con la idea original de que el proletariado no tiene patria.

La otra divisa nuestra era el socialismo. Era hacer el ajuste de cuentas con el capital, presentarle la alternativa ya, sin rodeos, sin mediaciones.

Entonces ocurrió la paradoja. El movimiento comunista logró hacer, de una parte, en los tres cuartos de siglo que durara, de 1917 a 1991, el mayor aporte histórico, sin duda alguna a favor de la insurgencia, del resurgimiento del nacionalismo, con el nombre de "movimiento de liberación nacional". De otra parte nosotros logramos, en este mismo tiempo que nos tocó en suerte, logramos empujar hacia adelante, dinamizar increíblemente, desarrollar al máximo, el modo de producción capitalista.

Nosotros queríamos saltar por encima de la historia, éramos esencialmente utópicos y entonces la historia nos ponía siempre a la orden del día. Nos obligaba a lo contrario, a apurar las contradicciones para que en el futuro otros quizás puedan volver verdad nuestra utopía. Voy a detenerme ahora en la primera paradoja: la del "nacionalismo comunista":

Recuerdo Bahía Cochinos, cómo lo vivimos en mi pueblo, cómo participamos en la epopeya de Playa Girón.

Al llegar la noticia del desembarco, inicialmente exitoso, de los contrarrevolucionarios, armados por el gobierno norteamericano, nosotros fraguamos un plan. Estaba en Cali entonces, en gira política, el candidato presidencial del liberalismo disidente,

Alfonso López Michelsen. Se trataba de colocarlo al frente de la manifestación. Como era de esperarse el resultado de la estratagema fue excelente. Se logró una manifestación gigantesca. López era, en ese momento, el único político de talla nacional que mantenía las banderas del "frente civil" autor de la derrota de la dictadura militar. Su Movimiento Revolucionario Liberal, que apoyaba la Revolución cubana, era, en ese momento, un factor decisivo en el rescate de la dignidad nacional tan humillada por la violencia y la intervención norteamericana que, como otras, comprometiera el país en la guerra de Corea.

Cuba fue eso, la dignidad nacional en cada país latinoamericano.

La Revolución en Cuba ha sido esta historia y no más. Un impulso, un factor decisivo en la definición contemporánea de las nacionalidades en nuestros países.

No es exagerado decir que la Revolución cubana marca el fin de una larga historia que sigue a la desmembración de los imperios español y portugués en este continente. La historia del expansionismo norteamericano sin barrera y sin castigo posible, la del "destino manifiesto".

Después de Cuba, de Playa Girón, precisamente, acá todo empieza a ser distinto. Como si la ola expansionista, al encontrar por fin un muro, hubiera comenzado a devolverse.

Después de Cuba el eterno invasor empieza a ser invadido. Y en ese contexto, los refugiados cubanos en Florida, a menudo la hez pero a veces la mejor gente, son la punta de ese contragolpe.

A raíz de Cuba todas las modalidades del nacionalismo latinoamericano, de izquierda y de derecha, toman un auge impresionante.

Es la paradoja, el "internacionalismo" con la consigna nacional de "patria o muerte".

Ahora, por ejemplo, me dicen algunos amigos, que han oído el run run de este libro, vienen y me dicen, con sorna, que cómo puedo explicar, que cómo voy a responder aquí esta pregunta: ¿Por qué se acabó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas?

En una palabra me dicen que estoy escribiendo sobre el vacío, sobre la nada, sobre algo que no es, que ya no importa.

Pero no me amilano. Durante muchos años mi oficio fue explicar en las escuelas obreras, nuestra "educación popular de adultos", cómo la URSS era el primer experimento de internacionalismo solidario, en la historia humana.

Entonces era verdad y sigue siéndolo que después de la guerra de intervención de las grandes potencias contra el "poder soviético", de 1918 a 1922, la URSS sólo pierde un poco menos de un millón de kilómetros cuadrados de los 23 millones que heredara del tiempo de los zares.

Pero también era y es verdad que los bolcheviques en el poder, siguiendo la orientación de Lenin, disuelven de hecho el imperio zarista, establecen la soberanía en las nuevas repúblicas y logran, a partir de allí, realizar pactos federativos que conducen al nuevo estado asociado que inicialmente comprende Rusia, Ucrania, Bielorusia, Azarbaijan, Armenia y Georgia, a los cuales se unen otras nueve repúblicas.

En nuestras escuelas analizábamos la profunda lógica popular de este proceso. Se trataba de que los pueblos de todas estas nacionalidades creyeron en la prédica bolchevique, de Lenin y Trostky, según la cual la revolución iniciada en Rusia cubriría el mundo entero en un futuro inmediato, que pronto vendría el poder obrero en Alemania y luego en toda Europa occidental y de allí a América.

Ahora bien, como se sabe, las cosas no ocurrieron así. En lugar de la "revolución mundial ininterrumpida" vino el cerco capitalista a la URSS, luego la segunda guerra mundial y la llamada "coexistencia pacífica" entre los "dos sistemas".

Y con Stalin y el estalinismo se implantó, con centro en Moscú, una nueva forma de opresión nacional, una nueva modalidad de dependencia y desconocimiento real de toda autonomía cultural de los estados asociados en 1922 como "federación de repúblicas independientes". Lo que ocurrió en esencia, después de Lenin, fue que se reconstruyó el imperio de Pedro El Grande.

Sin embargo esta parte de la historia nosotros no la decíamos nunca en los cursos de capacitación obrera y partidaria.

¿Por qué? Había una complicidad de todos nosotros, comunistas, con el crimen y la coartada?

Pienso que esto sería ver la historia demasiado esquemáticamente. Por ejemplo todo mundo sabe que la URSS fue siempre, a su modo y en su tiempo, la catapulta que permitía a los pueblos romper las murallas del colonialismo, asegurando la independencia nacional. Esto aparece ya bien claro en la historia de la segunda postguerra con Cuba y Vietnam.

En realidad nuestro "movimiento comunista internacional" funcionó siempre como un gigantesco complot para "hacer naciones", es decir para disolver imperios en el siglo XX.

Lo que nosotros no podíamos entender era que el más antiguo de todos los imperios, el de Pedro El Grande, vestido de "socialismo", con toda esa inmensa parafernalia que le diera la Revolución de Octubre, se reconstruyera y se mantuviera precisamente como una extraña argucia de la historia para demoler, para pulverizar todos los imperios y abrir paso al más poderoso nacionalismo en el siglo XX, el del Africa, Asia y América Latina, el de Cuba, de Vietnam, de Angola.

No podíamos entender esa maldita dialéctica según la cual la "cárcel de naciones" de los zares rusos, se reconstruyera a nombre del "internaciona-

lismo proletario" como punto de apoyo decisivo para el "movimiento de liberación nacional".

Sojuzgar, oprimir, atropellar por dentro las naciones para empujar por fuera su libertad y su independencia, ese fue nuestro destino en el movimiento comunista.

Y ahora, cuando asistimos a la última etapa del proceso, cuando la ola se devuelve al centro que la impulsó, cuando el "movimiento nacional liberador" ha cumplido su destino también con la URSS. Ahora cuando los dioses y los fantasmas de las culturas bálticas o caucásicas o ucranianas o moldavas, que creíamos sepultados, se alzan vigorosos y saludables. Ahora entendemos todo.

Ahora nos damos cuenta que no es la Unión Soviética, no es el ideal de una comunidad de naciones libres, inaugurado por Lenin en 1922, lo que se destruye.

Entendemos que lo que se desintegra es el viejo imperio ruso, ciertamente el más antiguo de todos. Un imperio desde el siglo XIV y XV anterior al español y al portugués del siglo XVI, al inglés y al holandés desde el siglo XVII y a los otros, menos importantes, el francés, el italiano y el alemán, creados sólo desde el siglo pasado.

De manera que en realidad la pregunta que me hacen los amigos, los que han oído el run run de este libro, ¿Por qué se acabó la URSS? es una pregunta mal hecha.

Debieron preguntarme más bien:

–¿Por qué duró tanto en la historia el imperio de Pedro El Grande?

Y hasta aquí queremos llegar en esa historia terca del "nacionalismo comunista". Esa historia de los comunistas de "patria o muerte", del "movimiento *nacional* liberador" en el llamado entonces Tercer Mundo.

Ahora lo otro. Ahora entramos en el territorio de la segunda paradoja, la del "socialismo" comunista.

Pues bien. Sin duda alguna este mito del "socialismo real" sólo cumplió una misión, a lo largo de su vida. Ser un punto de apoyo para impulsar en el siglo XX el desarrollo inusitado y universal del capitalismo.

Para universalizarlo hasta que la ola se devolvió y lo ahogó a él mismo.

Y ello tuvo lugar de esta manera. Nosotros, los comunistas, nos encargamos siempre de una mentira: convencer al obrero, al empleado, al trabajador, de la existencia del socialismo real, como realidad. Este era un oficio múltiple e inconmensurable. Primero estaba la idea, la idea clara y redonda de que venimos hablando, después el santuario para ir a ver el milagro: las embajadas, las becas, las "prácticas".

Así convencimos al obrero, a millones y millones de obreros, lo convencimos de que él también tenía su espacio propio en el mundo, su ley, su estado, de que existía un sistema de estados prole-

tarios. Y aún más de que ese sistema estaba en constante crecimiento y por lo tanto estaba destinado a dominar el mundo. Y con esta mentira construimos una verdad: la insolencia, la rebeldía, la dignidad del obrero en nuestro tiempo.

Y ahora que vuelvo sobre esto, sobre esta mentira creadora, recuerdo una mañana cuando me despertaron con la noticia de que habíamos triunfado porque en la fábrica La Garantía de Cali fue posible crear el sindicato. Llevábamos más de un año en esta brega. Boletines, mítines, cárcel. Para acceder a la usina había un paso inferior, casi un túnel. Era el sitio estratégico para entregar a la mano los volantes clandestinos. No sé por qué los descuidaba la tropa.

Sin embargo todo había sido inútil. Y, de pronto, ocurre algo providencial. Simplemente un supervisor de obra realiza el milagro. Está revisando el tipo la sala o la sección de control de calidad y viene y se encuentra con una operaria inexperta o distraída, que se había pintado los labios contrariando el reglamento. Se encuentra con el desastre: varias piezas de tela ostensiblemente manchadas. Entonces no puede contenerse, no puede reprimirse y le arranca a manotazos el colorete de los labios a ella, a la obrera.

Para mal de sus culpas. Porque de inmediato otra compañera, incluso una que no figuraba mucho en nuestras cuentas, salta como puede encima de la mesa y, pisando el arrume de tejidos, empieza a

improvisar una perorata. ¡Dios mío!, cómo se contó este discurso después tantas veces en la fábrica.

–¡A una obrera no!, gritaba. ¡A una obrera no se la toca, no se la puede tocar! ¡Usted señor puede echarla o multarla, pero eso no! ¡Miserable, atrevido!

Entonces la sección se paró. Se iniciaba la más tormentosa huelga de esa empresa. Fue una reacción en cadena. La represa había cedido por esa fisura. Era la dignidad del obrero.

Alguna vez teníamos un grupo de mendigos que hacían casi insoportable la entrada a un taller de metal–mecánica. Eran los desechos humanos de una empresa sin ninguna norma de salud ocupacional. Y ocurre que viene la policía a violentarlos para quitarles ese nuevo "puesto de trabajo".

No hubo que hacer más. Eso valió por todos nuestros pacientes esfuerzos. Así se logró el paro y la convención colectiva y luego la seguridad social.

La Revolución de Octubre es eso en la historia, es la dignidad del trabajador. Es todo el itinerario del nuevo derecho, del derecho laboral, del régimen contractual colectivo del trabajo. No es sino seguir el almanaque de los códigos en todos los países del mundo después de Octubre de 1917. El de las ocho horas legales, el del primero de mayo feriado, el de la Organización Internacional del Trabajo.

–¡Usted me dirá que eso no es mucho! Porque lo que nosotros buscábamos era lo otro, lo real, el socialismo.

–Pero, lector amigo, ¿no ocurre lo mismo en la historia? ¿No hay que plantearse siempre lo imposible para hoy, para ya, como la única manera de lograr lo posible?

Por ejemplo la huelga, esta que siempre nos estaba abriendo la rendija de luz para mirar al socialismo del futuro. La huelga de la dignidad obrera. Ella, en definitiva, no fue, al fin de cuentas, sino el motor, el acicate más poderoso, desde toda la larga historia de las ocho horas, para la tecnificación y la productividad del capital. La dinámica de producir más y más barato ciertamente se origina en la libre concurrencia industrial pero sólo adquiere ritmos grandes en el siglo XX en cuanto se desarrolla de verdad el conflicto capital –trabajo.

Y todo ello es obvio. La historia humana necesitaba profundizar su inmenso hallazgo, el de la Revolución Industrial, el de la economía mercantil desarrollada: el capitalismo. Necesitaba sacar de allí todo el partido posible. Y para ello nos empleó a fondo a nosotros, a los comunistas.

Y de pronto fue esa la propuesta teórica principal de Carlos Marx: aquella de que un modo de producción no cede su turno hasta que no agota todas sus posibilidades históricas.

Y nosotros los comunistas éramos consecuentemente el flujo de la propuesta. Los que íbamos cortando amarras para ese desarrollo. De alguna manera teníamos que ser marxistas.

Sin embargo nosotros, en el partido, habíamos tapado, ahogado, el pensamiento de Marx, el pensamiento de la Ilustración, con un montón de manuales de "marxismo–leninismo".

Recuerdo la ocasión en la cual llegara a Colombia, una delegación del Comité Central del "Partido socialista Unificado" y bueno, me visitara también a mí, como encargado del trabajo de "educación de masas" según nuestra jerga.

–Camaradas, por favor, les dije, después de mucho protocolo y mucha uva y agasajo. –Camaradas, perdónenme pero ustedes fueron los que nos metieron en todo este paseo. Ustedes, los alemanes, fueron los de la propuesta inicial, los que inventaron el marxismo. Fueron los que en definitiva dieron principio a esta ideología tan creadora, y tan conflictiva. Entonces, yo les pregunto, ¿por qué ahora, en la época actual, cuando han construido el "socialismo", por qué hoy ustedes no tienen una escuela propia? ¿Por qué hablan de "marxismo–leninismo"? ¿Por qué prácticamente están traduciendo al alemán los manuales soviéticos?

Y entonces saqué a la vista los textos de la "escuela superior" en Moscú y en Berlín e hice comparaciones obvias, sobre todo relativas a la estructura y método de las exposiciones.

Sin duda esta lucha contra los manuales, dentro de los mismos partidos comunistas, era enconada.

No han corrido muchos años después de todas estas cosas.

Ahora vengo a escribir, después de hablar largamente con mi hermano de Cuba y me pregunto, cómo puede él esperar algo de mí, una brújula o una señal. El y ellos que hicieron tan inmensa hazaña, mientras acá nosotros vivíamos siempre un Partido que no hizo otra cosa, durante mucho más de medio siglo, sino instalarse en la puerta de la "revolución" convencido, con la mayor certidumbre, de que ese era su lugar, recibiendo por ello el castigo más duro.

¡El Estado es usted camarada! Y el campesino que nunca conoció la otra frase, la misma frase pero al derecho:

–El Estado soy yo, la de Luis XIV, se quedó pensando, sin creer en absoluto, mientras arremolinaba su sombrero.

Nosotros no teníamos duda: Si el Estado logra ser transparente, si a través de él actúa el obrero, el mismo grupo productor, entonces la propiedad social de los medios de producción, el socialismo, debe plasmarse.

Como en el mito católico de la concepción de la Virgen María, tal cual lo dice la oración: como el rayo del sol pasa por un cristal.

Toda revolución en este siglo, en cualquier parte del mundo. Y las revoluciones son mucha invención y riqueza. Toda revolución utilizaba la violencia para moler la antigua máquina, para quebrar el

poder militar atrincherado en el capital. Era la gran fiesta.

Asistí a ella muchas veces. Siempre me vanagloriaba de haber podido llegar allí a la hora, en ese período inaugural, cuando la revolución era verdad o sea cuando aún estaba desordenada o en montonera. Antes de la "institucionalización", de que comenzara el tiempo de los desfiles imperiales.

Lo vi en Managua. Todo era despelote, la anarquía creadora. La novia se echaba encima el fusil del otro, del soldado. El policía estaba donde no era, fuera de lugar.

Era el carnaval popular. La señal más antigua de la libertad. Era la cultura de la risa.

Lo vi en China en los primeros años. "China 6 a.m." había escrito Manuel Zapata Olivella. Cuando Jorge Zalamea concluía que era mucho más revolución que Octubre –¡Claro, usted maestro hace la comparación a deshoras!, le discutía yo. Pero no le importaba. El período de primavera, la primera estación en toda gran revolución, nos enloquece.

La viví en Cuba. Era el absoluto desorden. Todavía recuerdo bien, los meseros del tiempo de Batista, en los restaurantes turísticos invadidos por el pueblo, no habían alcanzado a quitarse el corbatín y el frac.

Lo viví en Cuba. Antes de que esa inmensa revolución también fuera llamada al "orden". Era el imperio de la risa, la de Pantagruel y Gargantúa.

Me pareció observar o quizás me convenía creer, en todas estas fiestas, que las mujeres reían más o mejor que los hombres. En todo caso eso era probable porque la mujer, en esta ocasión, tiene una razón de más para reír.

Rabelais había aprendido de Aristóteles que el hombre es el único animal que sabe reír. Y la revolución es el hombre.

Pero luego de que la violencia cumpliera su papel demoledor, rompiendo las antiguas cadenas, luego de que forzara la puerta de tanta cárcel, luego, la violencia no paraba, no se detenía, empezaba su institucionalización.

Esto lo viví muchas veces. Lo experimento en pequeño, en el "poder local" guerrillero. Viví el poder abrumador y absolutamente arbitrario de los dueños del "nuevo poder". Y me parecía lógico. El nuevo día, el clima despejado al fin, después de años de oscuridad, surgía enredado en unos hilos invisibles de miedo. Allí va a llegar, llega a la ciudad, al pueblo, a la vereda, el camarada, el guerrillero, el dirigente. El no se equivoca, él conoce los traidores, los colaboracionistas, los que dieron el brazo a torcer. Conoce también a los cómplices pasivos, a los que nunca hicieron nada, a los que no movieron un dedo. El los conoce a todos.

Sin embargo esta dinámica propia de toda revolución. Esta violencia que cumple su oficio bienechor, libertario, pero luego se aposenta, cerrándole

el paso al nuevo derecho, al nuevo "estado de derecho", esto no fue lo más grave en nuestro caso, en la historia del "socialismo real". De pronto, pienso, estos son los viejos "gajes del oficio". Es la historia clásica de Robespierre, del terror jacobino.

Es la violencia que tanto explica Hannah Arendt. Es la que nos muestra Boris Pasternak en su Doctor Shivago. Y creo que el verdadero problema del "socialismo real", en definitiva, fue otro.

El verdadero problema nunca fue entre nosotros la violencia revolucionaria y creadora, que se prolongara más allá de su tiempo o de sus fueros. Pensemos en Cuba, es lo nuestro, es nuestra escuela. Nunca el gran problema fue la arbitrariedad o el desmán o el imperio del nuevo liderazgo. De los vencedores de la Sierra Maestra, ciertamente el "Comandante" en cada región, en cada llegada, era un mito, y había en la rendición de cuentas, había ese hilo del miedo que cruzaba invisiblemente por muchos hogares.

El verdadero problema, el problema real y profundo tiene lugar más adelante y es ya de otra naturaleza.

Se trata del esquema del "socialismo", dos y dos son cuatro. Es el postulado matemático. No inventamos nada. Si el capitalismo ha hecho la tarea: que toda la humanidad se parezca a sí misma, si la ha proletarizado toda y, si además, ha echado los cimientos, las

bases de la planificación, entonces todo está a pedir de boca: hay que unir el partido único al plan único, la dictadura proletaria a la propiedad estatal.

Esta segunda violencia, la del esquema sacralizado, la del esquema que convierte un posible proceso histórico, una hipótesis de trabajo para verificar, en ley o norma o sentencia. Esta suerte de "racionalidad" seca y fría y rígida, que inaugura el estalinismo, va a generar inflexiblemente la nueva violencia, va a matar metódicamente todas las primaveras revolucionarias, va a aguar todas las grandes fiestas de nuestro siglo.

Y ahora yo me pregunto. Ahora, después de todo el cataclismo, ¿cuándo, en qué momento, nos hicimos nosotros a esta idea, a la idea de ese socialismo de bruces, producto de una ruptura, de este socialismo que debía asaltarle el terreno al capitalismo como una alternativa violenta, inevitable? Cuándo se nos atravesó en el camino esta idea tan fácil del Estado propietario único, con su nuevo poder al hombro, como el fusil.

De ninguna manera fue esta la idea de Marx, el discípulo de Hegel, heredero de la Ilustración.

Por el contrario, para Marx la democracia, en lo esencial, no era más que la anarquía gradual y metódicamente organizada. Era el anti–estado. La democracia en definitiva, para este hombre, no fue otra cosa sino ir desmontando paso a paso el Estado o sea ir trasladando gestiones o funciones de poder

a la comunidad. Es decir: un mecanismo autogestionario progresivo.

Todo ello era bien conocido por nosotros. Democracia es cada vez menos Estado. Es "anarcos". Es quitar en este mundo el peso del Estado sobre la gente.

Hegel, el maestro, despeja la contradicción de la sociedad moderna empezando a encontrarle su espacio propio a la sociedad civil. Ese espacio para que la gente camine por su cuenta. Sin tutela del poder político. Para que la gente se controle y corrija entre sí, sin que el Estado le fije normas o pautas.

Y Marx dedica su vida a desentrañar el mecanismo interior de este automovimiento, la autorregulación del mercado capitalista, sus crisis, sus conflictos.

Entonces, yo pregunto, ¿cuándo y cómo se impuso entre nosotros el mito del Estado como panacea? El ídolo del Estado, la estadolatría, de que hablara Antonio Gramsci?

Ese mito, que primero se volvió un crimen y luego simplemente un hueco, el vacío, la miseria sacralizada y repartida.

A MANERA DE EPILOGO

SOCIEDAD HUMANA O HUMANIDAD SOCIAL

Por *Gonzalo Arcila Ramírez*

Hegel, el filósofo de lo nebuloso y poco funcional, súbitamente se volvió actual en los Estados Unidos de América. Esto gracias a la aplicación que un funcionario del Departamento de Estado ha hecho de su filosofía de la historia, con el propósito de hacer inteligibles los acontecimientos que culminaron con la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El funcionario, Francis Fukuyama, sostiene que cuanto sucedió allí no fue otra cosa que la cristalización de la sociedad civil y de su ecuación esencial mercado-democracia.

Efectivamente, el proyecto de Marx condensado en "fragmento", al uso de los presocráticos, en la décima tesis sobre Feuerbach plantea: "el punto de vista del viejo materialismo es la sociedad civil; el punto de vista del nuevo, la sociedad humana o la humanidad social".

Ahora la experiencia del llamado socialismo real que pretendía realizar este punto de vista resultó, sin embargo, llevando a cabo otro, el de la sociedad civil. Así el socialismo se metamorfoseó en su contrario: capitalismo o sociedad civil. Este es el milagro que el viejo topo de la historia ha puesto a circular para dolor de cabeza de los comunistas de todos los países.

Entre los comunistas colombianos, Nicolás Buenaventura, desde la inmediatez de sus vivencias de luchador por el socialismo, ha decidido ponerle a este pesado fardo del proceso histórico de nuestro siglo las alas de la evocación. El resultado es este libro tocado por la cualidad de la levedad que Italo Calvino propuso para la literatura del próximo milenio. Pero Buenaventura, afirmado en la gracia viva de sus recuerdos, va desplegando también la artillería pesada de sus interpretaciones.

Al referirse al movimiento comunista internacional, señala la doble función que cumplía: acelerar la disolución de los imperios coloniales en Asia, Africa y América mientras consolidaba dentro de sí el viejo aparato imperial heredado de la Rusia Zarista. A la pregunta obvia: ¿Por qué se disolvió la Urss? Buenaventura propone otra: ¿Por qué duró tanto en la historia contemporánea el imperio de Pedro el Grande?

Esta pregunta de Buenaventura me sirve de pretexto para proponer algunas consideraciones sobre el momento en el cual el aparato gubernamental del

zarismo, derrotado por la revolución de los bolcheviques en 1917, logró expropiar la revolución y restablecer su vigencia usando la nueva vestidura.

Pasado el gran entusiasmo de la toma del poder y marchitadas las esperanzas de la revolución soviética en los países avanzados del capitalismo en Europa, tales como Francia y Alemania, el nuevo gobierno dirigido por Lenin, se plantea la tarea de reconstruir la economía. La nueva economía política (NEP) fue la orientación trazada para alcanzar el objetivo de la reconstrucción. Se trataba de aprovechar el proceso para acercarse al socialismo utilizando los recursos del capitalismo de Estado.

En un balance que hace Lenin de la revolución en vísperas de su cuarto aniversario, exhorta a los trabajadores en los siguientes términos: "Esforzaos por construir al comienzo sólidos puentes que, en un país de pequeños campesinos lleven al socialismo a través del capitalismo de Estado, no basándoos directamente en el entusiasmo, sino en el interés personal, en la ventaja personal, en la autogestión financiera, valiéndoos del entusiasmo engendrado por la gran revolución. De otro modo no os acercaréis al comunismo, no llevaréis a él a decenas y decenas de millones de hombres. Eso es lo que nos ha enseñado la vida, lo que nos ha enseñado el desarrollo objetivo de la revolución"[1].

---

1. Lenín. Obras Escogidas. Ed. Progreso, Moscú 1969. pág. 678.

A fines de 1921, la salud de Lenin se resquebraja. Sus compromisos públicos se reducen significativamente y desde la posición contemplativa del enfermo percibe un problema que será la preocupación central de sus intervenciones a partir de ese momento.

En noviembre de 1922 Lenin pronuncia su último discurso en público y allí plantea con su acostumbrada franqueza el problema de las relaciones entre los comunistas y el viejo establecimiento zarista. Dice Lenin: "Nuestro aparato sigue siendo el viejo, y nuestra tarea consiste en transformarlo de manera nueva. No podemos transformarlo de golpe, pero necesitamos organizar las cosas de modo que sean bien distribuidos los comunistas de que disponemos. Es preciso que estos comunistas dominen los aparatos a que han sido enviados, y no, como ocurre con frecuencia, que sean esos aparatos los que les dominen a ellos. No hay que ocultarlo y debemos hablar de ello claramente"[2].

Delimitada esta dificultad, llamaba la atención sobre una tendencia profunda de la mentalidad zarista: sacralizar el poder. Decía Lenin: "Estas son las tareas que tenemos y las dificultades con que tropezamos, precisamente en un momento en que hemos emprendido nuestro camino práctico, en que

2. Ibídem, pág. 707.

debíamos acercarnos al socialismo no como a un ícono pintado en colores solemnes"[3].

Pero las disminuidas fuerzas vitales del dirigente de la revolución, lo habían alejado de la lucha política en curso. Desde su posición de enfermo, trataba de neutralizar las maniobras del viejo zarismo camuflado en la burocracia del partido. En sus notas sobre el problema de las nacionalidades, escritas en diciembre de 1922, Lenin denuncia abiertamente lo que está sucediendo a propósito de los llamados a defender la unidad del aparato del Estado y del Partido. "Se dice que era necesaria la unidad del aparato. ¿De dónde han partido estas afirmaciones? No habrá sido de ese mismo aparato ruso que, como indicaba ya en uno de los anteriores números de mi diario, hemos tomado del zarismo, habiéndonos limitado a untarlo ligeramente con los santos óleos soviéticos"[4].

Lenin muere el 21 de enero de 1924. A su muerte Stalin pronuncia una oración "soviética" que busca colocar el peso total de la sacralización de Lenin a favor de la preservación del aparato zarista. Rezó Stalin así:

"Nosotros los comunistas, somos hombres de un temple especial, estamos hechos de una trama espe-

3. Ibídem, pág. 707.
4. Lenín. La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo. Ed. Lenguas extranjeras, Moscú. págs. 280-281.

cial. Somos los que formamos el ejército del gran estratega proletario, el ejército del camarada Lenin. No hay nada más alto que el honor de pertenecer a este ejército. No hay nada superior al título de miembro del Partido cuyo fundador y jefe es el camarada Lenin...

Al dejarnos el camarada Lenin nos legó el deber de mantener en alto y conservar en toda su pureza el gran título de afiliado al Partido. ¡Te juramos, camarada Lenin, que ejecutaremos con honor este mandato!

Al dejarnos el camarada Lenin nos legó el deber de velar por la unidad de nuestro Partido como por las niñas de nuestros ojos. ¡Te juramos, camarada Lenin, que ejecutaremos con honor también este mandato!".

Muchos ciudadanos rusos y de las antiguas repúblicas soviéticas en el fervor de su celebración por la disolución de la antigua URSS, la emprendieron contra la iconografía de Lenin. Esta rabia contra la imagen del jefe de la revolución de octubre, creada por el aparato estatal-burocrático de carácter zarista, es el último triunfo de Lenin sobre sus peores enemigos: la burocracia partidaria y sus jefes quienes lo endiosaron para mantener vivo ese viejo aparato zarista.

Pero la muerte de Lenin promovía otros sentimientos por fuera de la URSS. Por ejemplo en Colombia, Luis Tejada ante la noticia dolorosa publicó su "Oración para que no muera Lenin". ¿Qué se exaltaba de este hombre en la Colombia campesina de 1924? El derecho a rebelarse. "Al soplo de sus labios sinceros, las pequeñas almas, los espíritus humildes, destripados y ennegrecidos por la esclavitud, todos los que no alcanzaron a ser redimidos en Jerusalén, se irguieron entre el lodo, dignificados por la llama santa de la rebelión; el mujik se hizo hombre y se hizo hombre el oprimido proletario de la ciudad; y se vio el espectáculo doloroso y maravilloso de una humanidad envejecida que empieza a mudar de piel"[5].

¿Qué luchas sociales iba a alimentar esta fe en la legitimidad de la rebelión? El texto de Nicolás Buenaventura nos conduce por la historia menuda de la lucha por "desenfeudar" la tierra, por hacer de la tierra rural y urbana una mercancía. Muestra cómo esta labor creadora de capitalismo se hizo, en buena medida y paradójicamente a manos de los comunistas a un costo de vidas sin parangón en América Latina.

La arcaica estructura de la tenencia de la tierra y las formas autoritarias de legitimación que la cultura de la constitución de 1886 reproducía, convirtió cualquier lucha por la tierra en un asunto de vida o muerte. Cada escaramuza aparecía revestida

5. Tejada Luis. Gotas de Tinta. BBC Tomo 26. Colcultura, Bogotá, 1972. págs. 280-281.

de la gravedad de lo genesiaco y lo apocalíptico. La dialéctica de la lucha entre un cosmos cerrado y un desorden agenciado por fuerzas foráneas, le otorgó a la lucha de los militantes comunistas la fuerza de un compromiso en el que estaba la vida en juego.

Pero esta aura de la fiesta heroica no duraba mucho. Luego venía el trabajo de los abogados y de los funcionarios del partido encargados de consolidar el terreno ganado. Es decir, la esfera de la sociedad civil donde el cálculo interesado de los propietarios es el rey absoluto. El desajuste entre el carácter definitivo de cada lucha y lo prosaico del resultado final, es destacado con gracia sin igual por Buenaventura.

En el análisis de los comunistas este segundo momento prosaico se calificaba de proceso de acumulación de fuerzas y era el activo para emprender las nuevas luchas. Así desde la fe en una revolución socialista inevitable que supuestamente se había consumado en la Unión Soviética y en los países del sistema socialista mundial, incluyendo a Cuba en el 60, se iba creando lo contrario, sociedad civil, la ecuación mercado-democracia.

El desplome de la URSS descorrió los velos soviéticos que ocultaban la expropiación que la vieja burocracia zarista había hecho de la revolución de octubre. Los trabajadores hasta ahora pueden comenzar a comprender la racionalidad de lo acontecido. Sólo ahora el horizonte está despejado porque lo fijo y firme ha sido borrado, porque las cristalizaciones del movimiento histórico, como diría Marx, han vuelto a su estado líquido y la confrontación entre el capital y el trabajo tiene hoy unas premisas maduras en las que cada fuerza social asume sus posiciones históricas sin compartir las ilusiones de los primeros enfrentamientos.

La revolución social de los trabajadores proclamada por Marx en el "Manifiesto Comunista", es un movimiento que tiene en el nuevo punto de desarrollo una perspectiva más nítida. Recordemos que Marx hacía descansar su tesis de la caducidad histórica del capitalismo en la verificación de cómo el capitalismo creaba las premisas para la emergencia de una lógica de la producción de riqueza no basada en el tiempo de trabajo sino en el tiempo libre.

Hoy la existencia de fábricas automatizadas en muchos países del capitalismo avanzado, elimina la premisa que hace del tiempo de trabajo la medida de la riqueza. Hacer del tiempo de trabajo la medida de la riqueza es fundar la riqueza en la pobreza. Es una ficción ideológica, en ese orden de ideas, seguir reconociendo la riqueza al modo de una gran acumulación de mercancías como en la economía clásica de Smith y Ricardo. Estamos ya en un momento en que el conocimiento y el objeto bello se han convertido en formas de riqueza. Estos hechos son premisas de un orden nuevo, un orden en el que los hombres puedan acceder "... a la elaboración abso-

luta de sus disposiciones creadoras, sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que convierte en objetivo a esta plenitud total del desarrollo, es decir al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no mediadas por un patrón establecido".(6)

Nicolás Buenaventura con este libro memorioso, hace un aporte a la comprensión de nuestro modo peculiar de constituir el materialismo de la sociedad civil y con ello facilita la necesaria elaboración teórica de los campos de opción que tenemos para contribuir a la realización internacional del nuevo materialismo: el de la sociedad humana o humanidad social.

6 .Marx C. Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política. Ed. Siglo XXI. Buenos Aires 1979. Tomo I. pág. 488.

Es un libro que se lo traga a uno. La historia del país, a través de las historias de un personaje.

Las anécdotas se enlazan y cruzan y van tejiendo de los jirones de la vida de un comunista el tejido de la vida de nuestro país en los últimos tiempos. Todo el saber de Nicolás Buenaventura volcado sobre sí mismo nos hace ver apasionadamente las mismas entrañas de nuestra patria.

Santiago García

Defraudado, como millones de hombres en el mundo, por las interpretaciones del marxismo que se presentaron siempre como perfectas y verdaderas –lo que no las salvó del hundimiento junto a países enteros de los que ahora quedan apenas burbujas, escombros y guerras– Nicolás Buenaventura le cogió miedo a las certezas absolutas. De esas certezas y de la arrogancia con que se impulsaban desde los centros de poder del socialismo internacional, y de la forma subordinada como se asimilaban por los partidos comunistas que no se decidían a matizarlas suficientemente con un valor teórico agregado que las adecuara a las realidades nacionales...

Lisandro Duque Naranjo

¿QUE PASO, CAMARADA? se convertirá sin duda alguna en el libro que pone un toque humano a la reflexión sobre el socialismo y sus posibilidades reales a través de la argumentación llana de un hombre que enseño marxismo-leninismo toda una vida.

Carlos Romero